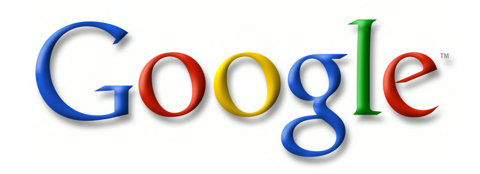
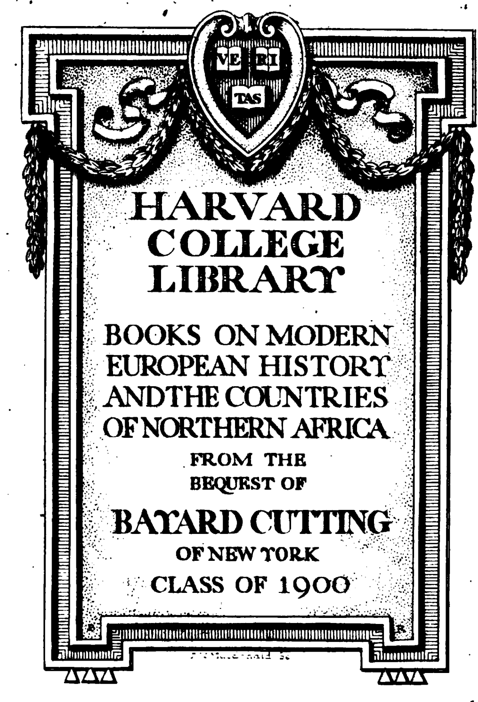



VE RI TAS
HARVARD COLLEGE LIBRARY
BOOKS ON MODERN EUROPEAN HISTORY AND THE COUNTRIES OF NORTHERN AFRICA
FROM THE BEQUEST OF
BAYARD CUTTING
OF NEW YORK
CLASS OF 1900

LA GUERRA EUROPEA

CAUSAS Y PRETEXTOS

Por

ORESTES FERRARA

PROFESOR DE LA FACULTAD DE DERECHO PÚBLICO DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA



D. APPLETON Y COMPAÑIA

NUEVA YORK Y LONDRES

LA GUERRA EUROPEA

LA GUERRA EUROPEA

CAUSAS Y PRETEXTOS

POR

ORESTES FERRARA

Profesor de la Facultad de Derecho Público de la
Universidad de la Habana



NUEVA YORK Y LONDRES
D. APPLETON Y COMPAÑIA
1915

Printed in the United States of America

INDICE

CAP.		PAG.
I.	La Guerra Inevitable	1
II.	El Antecedente de 1870	2
III.	Francia y Rusia	4
IV.	Francia e Inglaterra	8
V.	Rusia e Inglaterra	11
VI.	La Triple Alianza	15
VII.	Italia e Inglaterra y los Acuerdos Mediterráneos	18
VIII.	Los Acuerdos Franco-Japonés y Ruso-Japonés	22
IX.	La Política de Alemania y el "Encerclement"	24
X.	La Finalidad Esperada	33
XI.	Los Intereses Encontrados	38
XII.	Las Aspiraciones Servias y la Enormidad Austriaca	47
XIII.	Los Pretextos y la Acción Violenta	53
XIV.	La Opinión Pública Ante Bellum	61
XV.	El Trabajo de las Cancillerías	70
XVI.	El Conflicto General	84
XVII.	La Violación de la Neutralidad del Luxemburgo	90
XVIII.	Inglaterra y la Violación de la Neutralidad Belga	97
XIX.	El Ultimatum y la Declaración de Guerra Inglesa	118
XX.	La Turquía en el Conflicto	122
XXI.	La Neutralidad Italiana	126
XXII.	La Literatura Germánica y los Actuales Acontecimientos	145
XXIII.	Conclusión	160

de la diplomacia, de los abrazos de los soberanos, del pacifismo imperante, de los problemas internos, de la penuria financiera, del socialismo amenazador y del sindicalismo antipatriota, los armamentos enormes hacian presentir la proximidad de una guerra; y un hecho doloroso pero sin importancia desde el punto de vista internacional, precipitó el ingente conflicto, que nos hace pensar si la civilización es un mito, y si las grandes regresiones del pasado no tuvieron las mismas causas y no siguieron iguales rumbos de los que parece deban servir de futuras indicaciones al mundo europeo.

Por fortuna, la civilización de esta parte del globo se ha extendido a la fértil América, que, más tranquila y serena, con un concepto más alto de la existencia humana, con un espíritu más amplio de la actividad social, espera defender el brillante legado de progreso que la abundante labor de innumerables generaciones nos ha dejado con la obligación de transmitirlo a las que nos sucedan, en una común armonía de bien de los que se han ido y de los que vendrán.

CAPÍTULO II

EL ANTECEDENTE DE 1870

La guerra del 1870 hizo de Alemania y Francia enemigos naturales. La victoria de aquélla fué tan estrepitosa y completa que dejó ofendido el sentimiento público de la otra. Por otra parte, aunque el vencedor creyera lo contrario, el vencido no quedó aniquilado. Bismarck, teutónico sin piedad ni gracia, creyó haber destruído con el tratado de Francfort la integridad del territorio y la riqueza francesa; pero no fué así. La humillación para Francia fué enorme, la pérdida de territorio apreciable, no menos grave el pago de la exhorbitante indemnización de guerra. Thiers pudo dejar caer de sus ojos vidriosos de septuagenario, lágrimas

de dolor, en la noche en que de Versailles volvía a París con Jules Favre después de una entrevista con Bismarck;[1] pero la resurrección era posible y vino más y de los sucesos de fuerza. Mas, la victoria decisiva, pronto de lo esperado. Bismarck no ocultó su equivocación.

Hecho el examen, a distancia, Alemania aceleró su unión, adquirió nuevos territorios, llenóse de laureles, preparó su hegemonía sobre Europa, pero la guerra victoriosa le creó, al propio tiempo, un enemigo implacable, cuya existencia debia dedicarse por completo a preparar su ruina, y le ponía sobre los hombros el peso de una excesiva potencia. Fijándonos en la historia política de Europa en el siglo pasado, nos es fácil ver que el pequeño reino de Prusia desde 1815 seguía una marcha ascencional, que si bien apresuraron Sadowa y Sedan no le fueron estos acontecimientos de sangre, absolutamente necesarios para la unidad del Imperio, que fué concepción napoleónica antes de ser aspiración de los Estados que lo componen. Evidentemente, era una exageración de Bismarck, como irónicamente escribía Prokesch-Osten, creer que la Prusia era el centro del Universo; pero, indiscutiblemente, la creciente debilidad de Austria, cuya política estaba en manos inexpertas, cuyos ejércitos desmentían las glorias pasadas, una vez más, el movimiento, intelectual y científico de 1850, la cuidadosa política prusiana, daban derecho a la Prusia a recoger la herencia de Federico el Grande.

El temperamente personal de Bismarck y los errores, inconcebibles, de la política exterior del segundo Imperio, que hicieron exclamar a Thiers en la famosa discusión de 1867, en el Cuerpo Legislátivo, que Napoleón III era *el verdadero autor de la unidad alemana,* y que hicieron decir al rey Guillermo al Conde de Beust, algo más grave todavía: que Napoleón III *había labrado su ruína desde el* 66 *por no haber atacado al ejército prusiano por las espaldas,* llevaron los acontecimientos que seguían un curso normal por el de los saltos rápidos

[1] S. Hanotaux. Histoire de la France contemporaine. Vol. I.

y de los sucesos de fuerza. Mas, la victoria decisiva, la gloria adquirida con la injuria que pesa sobre la cabeza del enemigo, debía destilar en el ánimo de todo francés el espíritu de la *revanche*, debía imprimir en el ánimo de los otros pueblos un sentimiento de prevención y hasta de temor.

Sedán, en 1870, dejaba un sedimento de odio profundo, de amargura infinita, que Leipzig, en 1813, no había dejado.

CAPÍTULO III

FRANCIA Y RUSIA

Vencida y aislada, Francia debía procurar en primer término establecer sus nuevas instituciones republicanas, reforzar su ejército, reorganizar su finanza. Lo hizo más rápidamente de lo esperado; luego, establecer sus alianzas, y en definitiva, aislar a su terrible enemigo.

El éxito esta demostrado por el momento presente.

Frente a Alemania, ligada a Austria por una hábil política desde Sadowa, y apoyada esta unión en lazos de origen común, y a Italia, que dos veces seguidas había adelantado su unidad gracias a Bismarck; frente a Inglaterra que parecía desinteresarse de los asuntos continentales, entregada a otra magna labor, y por añadidura, considerada cual enemiga hederitaria, la Francia debía dirigir sus miradas hacia Rusia y ofrecerle una alianza ofensiva y defensiva. Esta idea había tenido sus precedentes. La habían sostenido hombres como Chateaubriand y el Duque de Richelieu. Pero los régimenes interiores de los dos paises excluían, junto con los errores del segundo imperio y de la tercera república, toda posibilidad de unión. La guerra de Crimea y la intervención en los asuntos de Polonia no podian servir de lazos a las dos naciones, en cuanto a la intervención de Polonia, el propio Napoleón III debia afirmar que tuvo que estimar muy popular en Francia

la causa polaca para no vacilar en comprometer una de las mejores alianzas del Continente.[1] La nueva forma de gobierno adoptada después de 1871, la grave crisis de la Comuna, la agitación popular francesa a favor de Berezowski que habia disparado contra el Zar en su visita de 1867 a París, la tolerancia que la república, respetuosa de sus leyes, concedía a los nihilistas, no habían podido permitir un acuerdo, una verdadera alianza entre las dos poderosas fuerzas del Oriente y Occidente de Europa. Bismarck, que sabía ser flexible cuando las necesidades lo requerían, como lo había demostrado en sus viajes a Biarritz antes de 1866, para asegurarse de la abstención de Napoleón III en la guerra que proyectaba contra Austria, usaba todas sus artes cerca del Zar y favorecía la idea de la alianza llamada de los tres emperadores. Y esto de seguro no inclinaba a Rusia hacia una tendencia francófila. Añádase la predisposición de los políticos franceses contrarios a Rusia, productos como eran, en mayoría, de una revolución, la actitud de Grévy, la de Floquet, que en 1867, saludó al Zar con el grito de "Viva Polonia", en una visita al Palacio de Justicia, y se verá cuán difícil era tender un puente por encima de Alemania y unir el imperio moscovita con la república francesa.

Pero, la necesidad es superior a la voluntad de los hombres. Rusia pudo prestar a Francia un servicio muy señalado, dando así el primer paso hacia una recíproca simpatía en el campo de los hechos y despertando un agradecimiente que los países difícilmente olvidan. Alemania, en 1875, viendo que su rival se iba refozando poco a poco, que reorganizaba su ejército, cuya limitación definitiva no fué consignada en los preliminares de paz de Versailles, ni en el tratado de Francfort, quiso asaltarla brutalmente; Bismarck amenazó más que nunca; el *Post*, periódico oficioso, habló de guerra abiertamente, los otros periódicos alemanes le siguieron, el mariscal MacMahon recibió aviso de dos altos personajes europeos que la guerra estallaría en la primavera.

[1] *Discurso de la Corona,* de 5 de Noviembre de 1863.

El Zar comprendió que el momento había llegado de no permanecer impasible y dió alientos y esperanzas al Gabinete francés por medio del príncipe Orloff, embajador ruso en París, y directamente al General Le Fló, embajador francés en San Petersburgo; y fué entonces que el príncipe Gortschakoff, comentando palabras del Zar dichas a Le Fló y subrayándolas, daba las primeras ideas de una acción común, caso de que Alemania atacase sin razón a Francia.[1]

Más no era suficiente la buena intención del Zar Alejandro II, ni las manifestaciones de Gortschakoff ni las palabras maculladas de los diplomáticos de la vieja escuela. Era evidente que Francia no podía esperar beneficio de un espíritu quijotesco de intervenciones sentimentales que había dado vida a la politíca exterior del segundo imperio, pués aquel enorme error no sería practicado por otras naciones. Rusia, con todas sus buenas intenciones, en el momento oportuno, no hubiera desenvainado su espada sin un interés, sin un concierto previo que fuese de recíproca utilidad. Bismarck, por otra parte, conocía este egoísmo de la política internacional, y, buen jugador, se apresuraba a ofrecer lo que luego se le podía exigir, y, en efecto, su actitud consistía en dejar a Rusia las manos libres en Oriente, mientras el exigía igual procedimiento en Occidente.

El inquieto deseo de la Francia era explicable; pero los propósitos francófilos de Rusia no pasaban del campo de la palabra; para que esto sucediese fué preciso que una idéntica necesidad uniese a las dos naciones.

El tratado de alianza austro-alemán, que dirigía la política alemana hacia el Oriente, o que por lo menos le impedía desinteresarse de esta cuestión, provocó un estado de necesidad, inteligentemente explotado por los políticos, diplomáticos y financieros franceses, y una alianza de hecho empezó en 1880, la cual fué substituída por una de derecho con la firma puesta a un tratado en forma, en 22 de Agosto de 1891, por Ribot y De Morenheim, en representación de los dos países.

[1] VÉASE HANOTAUX. Histoire de la France Contemporaine. III.

Bismarck había sido despedido el año antes, pués el nuevo emperador no quería andadores. Pero, a pesar que desde su retiro el viejo tigre arañaba a sus sucesores por el acontecimiento, es lo cierto que él mismo no lo hubiera podido evitar, pués desde 1878, fecha del Congreso de Berlín, del cual Rusia salió mal parada, había surgido la necesidad de esta alianza, y estaba ya en el ánimo de todos desde 1888.[1] El equilibrio europeo roto con la guerra del 70 quedaba restablecido y Alemania dejó de ser el árbitro de los destinos de Europa.[2]

En Francia el regocijo fué extraordinario, regocijo que ha continuado, con sólo algunas intermitencias. Fiestas hubo con exageración, al punto que el Conde de Witte, a quien no debían disgustar los agasajos, dijo un día al distinguido publicista francés André Tardieu: "Durante diez años habéis hecho manifestaciones francorusas a propósito de todo y tambien fuera de propósito".

Estas explosiones del sentimiento popular que expresaban lo duro de la pesadilla pasada y la utilidad de una unión que representaba una suprema defensa, han tenido en el curso de veinte y tres años, dos momentos de reserva sospechosa. El primero, cuando sobre los campos de la Manchurria caía la potencia moscovita y se debilitaba su eficacia en Europa. Francia, durante el periodo que siguió, pudo comprobar la importancia de un aliado fuerte, pués volvió a sufrir las impertinencias teutónicas. El segundo, más pasajero durante la última guerra balkánica, en que Francia hizo una política suya, aparte de su aliada, poniendo delante sus intereses orientales, sin pensar que por respetables que estos fuéran, la razón única por parte de Rusia de permanecer en la dúplice debíase a la política del Oriente de Europa, así como en la parte occidental estaba, principalmente, el interés de Francia. En ambos casos se vió vacilar el entusiasmo por el acuerdo entre los dos poderes. Pero los arreglos, las aclaraciones, vinieron pron-

[1] G. Hanotaux. La Politique de l'Equilibre, p. 124.

[2] Véase. "Les questions actuelles de politique étrangere en Europe. La politique exterieure de l'Allemagne," por Tardieu.

to. Rusia empezó la reorganización de su ejército, y el cambio costosísimo, de su material de guerra, y con nuevos bríos, las dos naciones se aprestaron a la defensa común, o más bien, se prepararon para atacar en el momento oportuno a su vigilante rival.

CAPÍTULO IV

FRANCIA E INGLATERRA

El inglés es el enemigo hereditario. Esta era la frase consagrada que hasta ha poco corría sobre los labios de todo francés; esta era la opinión que se tenia de las dos naciones que la Mancha separa. Y en efecto, por mucho que se haya querido explicar, después de la *Entente Cordiale,* que la idea era errónea,[1] es lo cierto que las luchas comerciales habian dado lugar a un contínuo estado de guerra entre las dos naciones. Constituía, en efecto, una herencia ver en lucha constante a los dos países, y en realidad, el pasado debía abonar el porvenir. La guerra de los cien años, terminada en 1453, la de la Liga de Augsbourg del 1688 al 1697, la de la sucesión de España del 1701 al 1713, la de la sucesión de Austria del 1744 al 1748, las de los siete años del 1756 al 1763, la de América del 1778 al 1783, la de 1793 al 1802, la de 1803 al 1815, y todo el periodo de la Restauración de la monarquía de julio, del segundo imperio y de la tercera república, llenos éstos de dificultades y de amenazas, justifican la creencia acerca del enemigo hereditario, que no podían disipar los breves períodos de buena amistad de 1830, de 1840 y de 1872, 74 y 75.

Y el hecho es, por demás, explicable, pués Inglaterra, por su situación geográfica necesita el imperio de los mares para estar segura. Este imperio lo mantuvo luchando contra España y contra Holanda, y lo debía

[1] Ives Guyot. "L'Entente Cordiale au point de vue economique," en *Journal des Economistes,* 15 de Mayo, 1914.

mantener luchando contra Francia, como hoy lo mantiene guerreando contra Alemania. Lord Chatham en 1762, cuando los holandeses y españoles habían perdido ya el dominio de los mares, y la fuerza de Alemania no se dibujaba en el horizonte, dijo en términos inequívocos cual era la política inglesa: "Los Ministros de su Majestad no deben olvidar jamás este gran principio, el principio director de toda nuestra política: la sola cosa que Inglaterra debe temer en el Mundo, es ver que Francia llegue a ser una potencia marítima, comercial y colonial".

Las palabras de Lord Chatham han representado siempre el espíritu público inglés pués la supremacía sobre los mares representa al mismo tiempo la potencia política y la riqueza.

El *enemigo hereditario* aumentaba su aversión a Francia a medida que esta multiplicaba sus adquisiciones coloniales y su fuerza marítima; y la iniciativa del ministro Jules Ferry, lanzando a su país por el terreno de las conquistas, iniciativa que el propio Bismarck favorecía, satisfecho evidentemente de ver tomar a los ejércitos franceses otro rumbo que no fuese el de la frontera del Este, debía agravar la hipótesis histórica de enemistad sin ocaso. Cada adquisición estaba llena de peligros, a pesar de la prudencia francesa que procuraba buscar el buen momento y dar a conocer sus proyectos a Inglaterra, y de ella obtener una cierta aprobación. Así por la Tunisia, cuya conquista o intervención, que en materia africana es la misma cosa, fué casi aconsejada en el Congreso de Berlín por Salisbury a Wadington, primer plenipotenciario francés. Así por el Madagascar, cuya situación de hecho fué reconocida de parte de Inglaterra por el tratado de 5 de Agosto de 1890. Así en el Senegal, Dahomey y Congo, en donde "los intereses franceses se encontraban en lucha sin cesar con los británicos y la paz se estableció con dificultad".[1] Hubo momentos de crisis graves, pro-

[1] Véase E. Lemonon. L'Europe et la politique britannique. París, 1912, p. 87.

ducidas, al parecer, por causas de pequeño alcance, pero cuya verdadera importancia tenía por base toda la política colonial hacia la cual habían dirigido sus miras los gobiernos europeos, principalmente en Africa. "Durante veinte años se asistió a una carrera *au clocher*, especialmente entre Francia e Inglaterra."[1] El Africa fué surcada por geógrafos, exploradores y sobre todo por oficiales encargados de altas misiones. Cada aspiración fué elevada a interés y más tarde a derecho. En esta lucha, entre Francia e Inglaterra, esta última obtuvo el triunfo sin que, por otra parte, pudiese impedir que su rival ocupase en el amplio continente considerado la *res nullius* del derecho político, las tierras de segunda calidad o los países que estuvieran fuera del plan imperial preestablecido. A veces Francia tuvo que sufrir humillaciones, como en el conocido caso de Fachoda, no mas grave que otro, pero más conocido que los demás, por el enorme ruido que principalmente la prensa francesa hizo a su alrededor.

La política exterior de Francia cambió radicalmente en 1898, cuando al eminente Gabriel Hanotaux sucedió M. Delcassé. En momentos oportunos llegaba ese hombre de Estado para apaciguar los ánimos, para aproximarse al Gabinete de Saint James, para dirigir por otros senderos las relaciones internacionales y sacar la Francia de su tradicional política de molestas agresiones, de petulantes reservas y de discusiones sin límites. Delcassé dedicó su esfuerzo a aislar a Alemania, dejándole la sola aliada que la raza y la configuración geográfica necesariamente le reservaban.

El actual estado de cosas es un triunfo de ese Ministro tanto como del rey Eduardo VII.

Inglaterra vió poco a poco a Francia más dispuesta a las transacciones coloniales, y, sobre todo, decidida ya a aceptar sus enormes horizontes imperiales. Desde 1898 se inicia esa política que culmina en el tratado de 8 de Abril de 1904, regulando, podríamos decir liquidando, todas las dificultades coloniales y permitiendo

[1] René Millet. Politique extérieure, 1898-1905, p. 155.

la unión de los dos países. La Francia, al fin, había comprendido que la amistad inglesa en Europa le era mucho más conveniente que alguno que otro de los países africanos o asiáticos; y los nacionalistas que se habían preparado para protestar a la llegada de Eduardo VII en 1903, se dispusieron a aplaudirlo.

El enemigo hereditario se trocaba en amigo sincero; para ello se había necesitado que Alemania adquiriera una potencia marítima y comercial más grande que la de Francia y más peligrosa; y para cambiarlo en aliado se había necesitado que las tropas rusas sufriesen una derrota tras otra en las vastas tierras de la Manchuria.

Hoy los campos de Waterloo, inmutables, ven sin asombro, a un siglo de distancia, los aliados que no son ya los de aquel entonces.

CAPÍTULO V

RUSIA E INGLATERRA

Esta *entente* anglo-francesa encontraba una dificultad verdaderamente grave, sumamente difícil. Rusia aliada de Francia tenía un sin número de razones para estar prevenida contra Inglaterra, y ésta de ella. Toda la cuestión de Asia yérguese entre las dos naciones, y era imposible que estuviesen unidas en Europa, y frente a frente en Asia. La potencia moscovita amenazaba a Inglaterra en el Mediterráneo, en el Golfo Pérsico y en las lejanas Indias. El inmenso imperio asiático que depende de Inglaterra, ya consolidado, podía ser destruído. La actitud de Inglaterra, tradicionalmente, fué de desconfianza hacia Rusia. La Rusia ha sido objeto de una constante lucha por parte de su rival en aquel extenso continente, casi secular, si bien la lucha de influencia puede afirmarse que se desenvolvió desde 1894 a 1907. En Persia a un error de Londres, en este período, sucede una hábil y fecunda política de Rusia.

Las finanzas persas mal administradas se llenan de rublos, mientras los ingleses se niegan a contratar préstamos; en cambio el comercio ruso aumenta contínuamente, y el gobierno persa se obliga a no dar concesiones de ferrocarriles sin el consentimiento de San Petersburgo. Pero no valió la diplomacia a quitar la mala impresión de una guerra desastrosa, y aconteció que desacreditaron a Rusia, en toda el Asia, las derrotas de la Manchuria, muy a propósito explotadas por los ingleses para imponer su influencia con la pérdida del prestigio del adversario.[1] No obstante los vaivenes de la política internacional, en el norte de aquella extensa región dominaban los intereses rusos, mientras en el Golfo pérsico casi exclusivamente la política británica. En el Afganistán la invasión rusa fué detenida por Inglaterra, que determinó los límites de las fronteras rusas, fírmandose entre las dos naciones el tratado de 11 de Marzo de 1895. Rusia se había dirigido hacia el Este, antes de una más definida expansión en el Norte y de una más favorecida en el Sur. La ocupación del Turquestán y el ferrocarril transcaspiano son ejemplos evidentes; y en cuanto al Afganistan, a pesar de manifestar el gobierno de San Petersburgo su desinterés, especialmente con las declaraciones de 1869, de 1874 y 1883, no es menos cierto que esporádicamente había actuado en sentido contrario. Inglaterra ha sostenido siempre sus intereses vigorosamente en este país, hasta aceptar la defensa del mismo por el tratado de 1893 en el caso que fuese agredido por una nación extranjera, tratado evidentemente encaminado a reafirmar el protectorado británico y a excluir a Rusia de toda esfera de influencia.[2] Igual expansión rusa hacia el Thibet, igual influencia inglesa que la detiene.

Los grandes intereses rusos en Asia—podríamos llamarlos apetitos—estaban en contraposición con las ambiciones inglesas. Y así como en el Sur el imperio mos-

[1] L. de St. Victor de St. Blancard. "L'Accord anglo-russe du 31 aout 1907," en *Annales des sciences politiques*.

[2] "L'Accord franco-russe," p. 49.

covita encontraba a Inglaterra pronta a oponerse a sus expansiones territoriales o comerciales, tambien en el Norte, cuando San Petersburgo pretendió retener la Manchuria, mirar fijamente hacia la Corea, tener influencia decisiva sobre la Corte de Pekín y aumentar su comercio considerablemente con el Celeste Imperio, para más tarde considerarlo como una enorme dependencia ruso, Inglaterra lanzó al Japón a defender los intereses de él y los suyos, con cuanto éxito es bien conocido. Satisfecho de entretener a Rusia en otros asuntos que no fuesen los europeos, decía Bismarck: "La Rusia no tiene nada que hacer en Europa pués en ella podra ganar solo el nihilismo y otras enfermedades. Su misión está en Asia. Allí representa la civilización." El viejo lobo conocía la debilidad moscovita y le ponía delante el espectro del nihilismo para que sirviera a sus fines. Una Rusia con tendencias exclusivamente asiáticas significaba para Alemania tener las espaldas cubiertas y las manos libres en el Occidente europeo.

Sin embargo, en Europa, Rusia tenía legítimo derecho a mezclarse en los asuntos balkánicos, a donde la llamaban la comunidad de raza, las relaciones comerciales, la vecindad territorial y la navegación del mar Negro, y tambien más que todo quizás, la aspiración mediterránea. El tratado de Berlín de 1878 impidió a Rusia sacar provecho de sus vistorias y fijar definitivamente su situación en el Sur europeo.

Y después de entonces adormecida por el desengaño, quizás, y ciertamente por su aumentada actividad asiática, dejó correr los asuntos de la turbulenta península para volver a ella más tarde, y encontrarse cambiado radicalmente el estado de las cosas, ya no teniendo Inglaterra en frente; y en cambio ver con dolor que Austria se había establecido poderosamente sobre aquellos pequeños Estados y que Alemania lanzaba todas sus miras codiciosas hacia la Turquía europea y asiática.

En poco tiempo había acontecido, por el propio curso de los hechos, que Austria y Alemania impedian a Ru-

sia de ser prominente en la política balcánica y no Inglaterra y Francia, como en otras épocas no lejanas. La política internacional tiene a menudo estas variaciones. La guerra de Crimea constituía, pués, el pasado, como expresión del pasado es la frase de Bismarck de "no valer la cuestion de Oriente la sólida *charpente* de un soldado pomerano".

El 31 de Agosto de 1907 fué firmado el tratado que dió lugar a la *entente* entre Inglaterra y Rusia, resolviendo todas las custiones pendientes, evitanto las que pudieran presentarse en el futuro. Realmente el tratado Delcassé-Lansdowne ya indicaba el camino de la *entente*. La actitud de Inglaterra de moderación cerca del Japón victorioso la hizo posible; las conversaciones del Conde Cassini y de Sir Arthur Nicholson en Algeciras, al tiempo de la conferencia, la prepararon, y así pudo firmarse, constando de una declaración de orden general, de tres convenciones distintas, relativas a los asuntos de Persia, del Afganistán y del Thibet, y de una declaración relativa al Golfo Pérsico, de Sir. Edward Grey.

Las querellas de tantos años fueron vencidas, y las posibles luchas futuras fueron eliminadas, hasta donde la mente humana pudo preverlas. La necesidad de las cosas se sobrepuso una ves más a la tradición. Entre los dos rivales asiáticos y balkánicos había surgido Alemania; ante la desmedida ambición asiática de Rusia estaban Mukden y Tsushima; ante la preocupación única del gran imperio mundial, sueño de los hombres de Estado ingleses, estaba la creciente marítima del imperio del centro de la Europa, y la *entente* surgió.

Inglaterra, por otra parte, ya podía estar tranquila de que el camino de las Indias no estaba tan expedito.[1]

[1] André Tardieu. La France et les Alliances.

CAPÍTULO VI

LA TRIPLE ALIANZA

Bismarck había ideado la alianza de los tres emperadores. Era esta concepción lógica y digna de aquel gran hombre de Estado, pués con ella hubiera quedado dueño de la situación europea el imperio alemán, siendo este campo de acción, en su concepto, el único importante. Rusia lanzada hacia el Asia hubiera obtenido un apoyo moral de primer orden con la alianza, simplemente moral, porque muy lejos estaba, en aquel entonces, Alemania de poseer una flota y de poder, por consiguiente, por ese medio, dificultar la política asiática de Inglaterra. Austria, vencida, excluída de la communidad germánica, volviendo a ella por medio de un tratado, reconocería la supremacía de Prusía, y aseguraría su política balkánica. Una y otra servirían para mantener la hegemonía alemana sobre toda la Europa continental, y a excluir de la política de esta a Inglaterra. Las conquistas territoriales del tratado de Francfort quedarían consolidadas. Por otra parte, esta alianza de los tres imperios, tendría un magnífico efecto de orden interno haciendo desaparecer las veleidades revolucionarias, que el mundo latino, inquieto y bullicioso, había prendido al sajón y al eslavo.

El deseo de Bismarck tuvo que limitarse a unir a dos emperadores para más tarde constituir la Triple Alianza.

Esta unión concertada en 1879 entre Alemania y Austria, y a la cual se adhirió Italia dos años más tarde, fué consecuencia del genio del Gran Canciller y de la tradicional política de errores de Francia, tradición que Mr. Delcassé ha roto, con el resultado favorable que el presente indica y que el porvenir revelará del todo. Durante algún tiempo Alemania, después de observar las dificultades de unir en una sola política a los tres

grandes imperios, asignando a Rusia el Asia, a Austria los Balkanes, y a Alemania el Occidente, había oscilado entre Austria y Rusia, con mayor tendencia hacia Rusia, pués mientras Austria aparecía caduca, Rusia conquistaba nuevas fuerzas. El deseo del emperador Guillermo I era de abierta preferencia para Rusia; pero la actitud del Zar en 1875 y de su Canciller Gortschakoff, impidiendo que Alemania volviese a atacar a Francia para completar la obra de 1870, considerada ya por el desarrollo francés insuficiente, y la manifiesta hostilidad que como consecuencia adoptó Alemania en el Congreso de Berlín y luego en el Tratado de la misma ciudad de 13 de Julio de 1878, hizo abandonar los propósitos de buena inteligencia a Guillermo I y a Bismarck, en Alemania, y en Rusia a todos los reaccionarios que veían en la unión un freno al nihilismo.

Bismarck manejó enseguida a Austria, y Andrassay decidió aceptar las miras alemanas.[1] Así, el 7 de Octubre de 1879 se firmó el tratado secreto meramente defensivo por virtud del cual si uno de los dos imperios era atacado por Rusia, el otro debía socorrerlo con la totalidad de sus fuerzas; y si la potencia que atacara fuera sostenido por Rusia, tambien debía el imperio no atacado sostener con todas sus fuerzas al otro. En cambio, si uno de los dos era atacado por otra potencia que no fuera la Rusia, el otro debía mantener una neutralidad benévola.

Dos años después Italia entró a formar parte de este concierto. Las causas que llevaron a Italia a entrar en una alianza muy impopular no son todas conocidas. La ocupación de la Tunisia por parte de Francia fué considerada en Italia como una agresión y como indicación de toda una política de violencia y abusos. Pero esta no pudo ser la única y quizás tampoco la principal, pués si bien Italia veía defraudadas sus esperanzas a un territorio sobre el cual pretendía tener un derecho histórico, debido a la repentina ocupación francesa pro-

[1] S. L. Driault. Problemes politiques et sociaux. Paris, 1911, p. 259.

ducto del tratado con el bey de Túnez, otras esperanzas más legítimas debian caer, o por lo menos debian ser indefinidamente aplazadas, pués bajo la mano no ciertamente suave de Austria, la nueva aliada, se encontraban grandes masas de italianos y extensos territorios geográficamente y como histórica y contemporánea aspiración pertenecientes al nuevo reino. Una de las hipótesis que mayor aceptación podría tener de esta alianza es el temor que inspiró Bismarck al acercarse a la Santa Sede despertando serias preocupaciones sobre una reconsideración de la cuestión romana. Lo cierto es que Italia entró a formar parte de la Tríplice y por conducto precisamente de Austria, pues las negociaciones fueron llevadas a cabo por el Conde de Kalnoky, ministro austriaco, y Pascual Estanislao Mancini.

Esta alianza, mientras ha obligado a Italia a gastos mayores de lo que le permitía su potencialidad económica, sin embargo, ha garantizado en los primeros difíciles pasos, la unidad nacional, producto de pocos años y no muy sólidamente formada, en aquél entonces.

La política de la Tríplice ha sido por todo un largo período la política de Alemania. Sólo que más tarde Italia se ha ido emancipando, procurando nuevas *ententes* al margen de la alianza, dando lugar a que Von Bulow exclamase que a Italia se le había permitido una vuelta de vals con Francia y a que Delcassé desde lo alto de la tribuna pudiese asegurar que no había que temer, de parte de Italia, ninguna agresión.

La Tríplice, renovada múltiples veces antes de que expirasen sus periódicos términos, ha quedado siempre una alianza defensiva y como tal superior a la franco-rusa, anglo-francesa y anglo-rusa; pero en los últimos años ha venido a faltar la razón de ser de su existencia en cuanto a Italia, que ha ido recalcando más la letra y olvidando el espíritu de la unión. En cambio los dos imperios centrales se han identificado en una política internacional común, casi precursora, en caso de guerra vistoriosa, de una unión nacional, que ha permitido se afirmase del difunto archiduque Francisco Fernando,

tales eran sus tendencias pangermánicas, que más que austriaco parecía sentirse alemán.[1] Mientras, por un la do Italia mediante acuerdos con las potencias mediterráneas, empezando por la cuestión de Creta, ha ido emancipándose de Berlín, que constituye el alma de la Tríplice, Austria ha ido uniéndose de tal manera a Alemania, que más bien que una alianza en el orden estricto internacional, representa un fenómeno del creciente pangermanismo.

CAPÍTULO VII

ITALIA É INGLATERRA Y LOS ACUERDOS MEDITERRANEOS

Italia había caído en brazos de la Triple Alianza, constituyéndose nación subordinada de Alemania y amiga de Austria por temor a la política francesa y por la habilidad de Bismarck, que supo hacerla ver los peligros de un aislamiento, sobre todo en lo que se refería a la cuestión romana. Mientras Inglaterra permanecía ligada a la Tríplice, aún siendo esta impopular, Italia se hallaba segura y satisfecha. Por un lado sobre tierra firme garantizaban su joven nacionalidad los ejércitos de los dos grandes imperios centrales; por otro Inglaterra mantenía el equilibrio del Mediterráneo, dejando a Italia libertad de acción en el Adriático y el Tirreno, y permitiendo a Francia una cierta hegemonía sobre el Mediterráneo occidental, no llegando a dejar satisfecha sin embargo la aspiración de Gambetta de que fuese "teatro de acción francesa", y ocupando ella, una posición de primer orden en toda la extensión del mar que fué gloria de los fenicios, campo de actividad de los cartagineses y *mare nostrum* de los romanos.

Inglaterra e Italia han conservado una tradicional amistad. Gladstone con su política alta y noble, que

[1] André Chéradame. Octubre 1909. "England, France and Russia," en *The Quarterly Review.*

mientras reconocía las altas aspiraciones del ideal, mantenía su país en contacto con la realidad, habia llenado de satisfacción los ánimos de los patriotas de la península afirmando que el gobierno de los Borbones era, en Nápoles, la negación de Dios. La célebre Expedición de los Mil que salió de Cuarto para desembarcar en Marsala, a las órdenes de Garibaldi, fué afectuosamente mirada por cruceros ingleses. Toda la epopeya italiana, desde la protección de los derrotados, que se saturaban de espíritu británico, hasta los reconocimientos oficiales de una Italia siempre creciente, hizo surgir entre las dos naciones una amistad que acontecimientos aislados no podían destruir. Inglaterra, menos decidida que Francia, sin arriesgar nada, habia favorecido la unidad italiana; Francia, en cambio, habia dado su sangre y su dinero en honor de una causa que lejos de beneficiarla, la dañaba; pero lo había hecho con tantas reservas, como la que dictó el tratado de Villafranca celebrado por Napoleón III sorpendiendo a todos después de una serie de victorias, como el "Jamás" del ministro Rouher, como la agitación católica a favor del poder temporal del Papa, que el beneficio recibido caía ante el doloroso desengaño inesperado.

Inglaterra cuando se decidió a ocupar el Egipto invitó a Italia a acompañarle, y su insistencia fué grande. Pero Italia no estaba preparada para la política colonial, y no comprendió las intervenciones en países extranjeros, ella que por tantos años había sido intervenida. Se ha echado mucha culpa sobre los hombres que renunciaron a este beneficio tan fácilmente ofrecido, pero esto es consecuencia de que los que juzgan no saben apreciar las cosas dentro de los límites del tiempo.

Bismarck tenía en gran cuenta la amistad de Inglaterra. En verdad el viejo hombre de Estado resolvía sus problemas dentro de un círculo estrecho que rompió luego la nación por él formada. Por este aprecio a la potencia británica quizás el ánimo suyo se predispuso a la creación de la unidad italiana, aparte del otro argumento que debía tener mayor fuerza en su alma: la

identidad del problema entre la unidad de la península del sur y de su proyectado imperio central.

Italia favoreció a Inglaterra en su política colonial, le sucedió Kasala para que consolidase su conquista del Sudán, y tuvo siempre en mucha importancia y honor la tradicional alianza inglesa, al punto que en 1896 el Marqués de Rudini, Presidente del Consejo de ministros, pudo exclamar que la alianza inglesa completaba el sistema de alianzas italianas.[1] Las nubes pasajeras de la Tripolitana y de la cuestión del idioma italiano en Malta, que el imperialismo de Chamberlain había soñado cambiar, fueron fácilmente disipadas por la vieja cordial amistad de los dos países.

La entente cordiale de Inglaterra y Francia debía servir de base a una *entente* mediterránea de Francia e Italia. Bismarck había querido mantener separados a los dos países aún sobre este punto; y escribió a Giuseppe Mazzini, en 1866: "El Mediterráneo constituye una herencia difícil de dividirse entre parientes". Estas dos potencias que tantos lazos unían, que tantos recuerdos históricos llevaban a un fín común, sufrieron los consecuencias de una política esclusivista en los dos países, no supieron hasta más tarde darse explicaciones satisfactorias ahogando recelos, y las propias masas populares sintieron la influencia de sus gobiernos abandonándose a actos de hostilidad recíproca.[2]

A Delcassé se debe haberse evitado esta inútil y sorda lucha, y haberse iniciado una época de paz, y de acuerdo, precursora de la actual benévola actitud de Italia, que puede aún cambiarse en máz favorable apoyo en el curso de la guerra.

Un acuerdo entre Italia y Francia fijó la acción de una y otra nación sobre la Tripolitana y Marruecos; y M. Delcassé, precisamente en los días en que la Triple Alianza se renovaba en 1902, podía afirmar desde la tribuna de la Cámara, tan seguro estaba de la disposición de ánimo del pueblo y del goberno italianos, que

[1] E. Lemonon. L'Europe et la politique britanique, p. 189.
[2] A. Billot. La France et l'Italie.

"ni directa, ni indirectamente estaba la política de Italia, por consecuencia de sus alianzas, dirigida contra la Francia. Su política no constituíria en ningún caso una amenaza para nosotros, ni en una forma diplomática, ni en protocolos o estipulaciones militares internacionales; en ningún caso, ni bajo forma alguna, Italia podrá ser el instrumento ni el auxiliar de una agresión contra nuestra nación." [1]

En efecto, Italia mantuvo sus empeños cuando los incidentes de Marruecos dieron a Francia la impresión de ser agredida, los mantúvo aún más en la Conferencia de Algeciras, en que su primer delegado, el Marqués Visconti-Venosta, dió todo su apoyo a Francia, apoyo doblemente útil por tratarse de una potencia de la Triplice y por la autoridad indiscutible del viejo diplomático.[2]

Francia por su parte mantuvo sus compromisos en la guerra italo-turca. Sólo por un momente, la cuestión del vapor *Manouba,* hizo creer en serias dificultades; pero el hecho realmente no tenía importancia; la que tuvo la debió a M. Poincaré, actual presidente de la República, entonces encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores, que no era, ciertamente, de la escuela conciliadora de su antecesor, en aquel departamento, que con tanto cuidado y precaución había preparado el aislamineto germánico.

Pero el acuerdo italo-francés tenía sólidas bases que no pudieron commover tampoco los sentimientos grecófilos fomentados a raíz de la guerra balkánica, que si bien por un momento, como en el caso de la Albania y del Epiro, ha podido unir a Italia con sus aliadas en una acción agresiva, en definitiva todo debía desaparecer por el rencor que inspira una Austria fuerte y amenazadora.

[1] Citado por A. Tardieu en "La France et les Alliances."
[2] A. Tardieu. La Conference d'Algeciras.

CAPÍTULO VIII

LOS ACUERDOS FRANCO-JAPONÉS Y RUSO-JAPONÉS

Inglaterra debía igualmente servir de base a los acuerdos franco-japonés y ruso-japonés. Los hombres de Estado ingleses comprendían que la nación británica no podía defender su enorme imperio si estuviese empeñada en una guerra europea. La creciente fuerza militar y naval japonesa, demostrada con las guerras contra China y contra Rusia, le proporcionaba aún mayor preocupación, pues, por lo menos su imperio asiático podía peligrar, aún en el caso de una guerra victoriosa en Europa. De allí surgió el tratado anglo-japonés de 1905, tratado exclusivamente asiático, por virtud del cual, las dos potencias se defienden recíprocamente los territorios obtenidos y mantienen la integridad de China. El tratado significa que las ocupaciones hechas quedan garantizadas y la China permanece cual territorio de ocupación, exclusivamente para ingleses y japoneses. Este tratado está obteniendo en la hora actual un alcance un poco mayor de aquél que indicaban sus cláusulas conocidas, desde el momento que ha resultado ofensivo contra Alemania, siempre dentro de los límites asiáticos, pués Inglaterra no ha querido sacar de aquel continente al Japón, probablemente para no despertar los recelos futuros de los Estados Unidos de America y no enseñar a los amarillos el camino de Europa.

Más, para Inglaterra hubiera sido de difícil solución el problema de la enemistad ruso-japonesa especialmente, a franco-japonesa tambien, planteado en tiempo de guerra. Es más; su tratado con el Japón no hubiera podido tener una perfecta aplicación en tales casos, porque, aliada en Europa con Rusia y Francia, el Japón no podía ser enemigo de estas en caso de guerra general en Asia. De esta consideración han surgido las *ententes* ruso-japonesa de 30 de Julio 1907, y franco-japonesa

de 10 de Junio de 1907. Parecía difícil que Rusia olvidara tan pronto los efectos de las contínuas derrotas que la acompañaron hasta Mukden, pero Rusia ha dado prueba de sabia política después de su desastrosa campaña, así en el interior como en el exterior, y, por otra parte, el tratado de paz no la humilló, ni abusó de su condición de vencida. El tratado de Portsmouth hizo posible el acuerdo, que bajo la égida de Inglaterra debía hacerse probable.

El 13 de Junio de 1907 se firmó el primer acuerdo entre el Japón y Rusia, y el tratado de orden político, "fortaleciendo las relaciones pacificas, amigables y de buena vecindad, que satisfactoriamente se han restablecido entre Rusio y Japón, para evitar la posibilidad de futuras malas interpretaciones", fué firmado el 30 de Julio de 1907 por el Sr. Iswolsky, Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, y el Sr. Motone, Embajador del Japón en San Petersburgo. En ese tratado se obligan las dos naciones a respetar su integridad territorial y la de la China; y tambien a mantener el llamado sistema de la "puerta abierta" para esta nación.

El acuerdo entre Francia y Japón era más fácil, pués la amistad de ambas era tradicional, amistad que no pudo romper ni siquiera el difícil periodo de la guerra ruso-japonesa, en el cual Francia veía sufrir una derrota tras otra a su aliada, ni las ayudas prestadas a la escuadra de Rodjestwenski en su difícil viaje, por las posesiones francesas, y que por un momento parecían deber ser causa de complicaciones. El convenio fué firmado el 10 de junio de 1907 por el señor Kurino, Embajador del Japon en París, y por M. Pichon, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, y contiene la promesa de mútuo apoyo para mantener la seguridad y paz de los territorios ocupados en el continente asiático por los dos Estados, el mantenimiento de la integridad China y del sistema de la "puerta abierta".

Estos dos tratados aseguraban la paz en el Extremo Oriente, y las tres naciones, Francia, Inglaterra y Rusia, podían fijar mejor sus intereses europeos y man-

tener más solidamente y dentro de un fin común, la triple *entente*.

Alemania había comprendido la importancia de tener un amigo, si no un aliado, en el Extremo Oriente. Múltiples veces intentó establecer lazos de estrechas relaciones. Influenció sobre todo la mentalidad japonesa publicando periódicos en aquel imperio, enviando profesores y militares. Si durante algún tiempo pudo sustraer a la influencia francesa, que había inspirado los primeros pasos de la cultura de aquel pueblo, las clases ilustradas, nunca llegó a atraerse los gobernantes.

Más sutil y más uniforme la diplomacia inglesa no dejó ni un solo momento el campo libre.

CAPÍTULO IX

LA POLITICA DE ALEMANIA Y EL "ENCERCLEMENT"

Mientras estos hechos se iban desenvolviendo y las cosas preparándose para una contienda europea, Alemania se preocupaba de buscar la fuerza necesaria en el momento decisivo, no sólo en ajenos arreglos, y en pactos extraños sino en su propia fuerza, en un formidable ejercito y en una paderosísima marina. El interés en que alguien extraño la apoyaría, se limitaba al Austria, a veces a Italia, y, en los últimos tiempos, a Turquía. En realidad sus miras hacia Turquía tenían una doble finalidad, militar y económica, pués Turquía representaba no solamente una nación de espíritu militar de primer orden dominadora de todo el Yslam sino tambien el camino del Asia, de la Persia, inmediatamente, de las Indias, quizás, más tarde. Las dificultades conque tropezó para construir el ferrocarril de Bagdad a fin de atravesar el Asia otomana hasta el Golfo Pérsico, uniendo con el Mar del Norte, y casi indicando por el curso de aquellas rieles, el camino de la "Más grande

Alemania'', son una prueba de este aserto.[1] Alemania en los últimos catorce años ha dado gran importancia al imperio turco, desgraciadamente para ambos, los más desastrosos de la existencia de éste. En efecto, Turquía en la concepción de los hombres de gobierno de la gran nación, debía servir a una doble misión, balancear las crecientes fuerzas militares rusas y servir de freno a Inglaterra. A los ojos de ellos aparecía evidente que si Rusia podía llevar a sus regimientos los hombres ignorantes y torpes de sus lejanas regiones, Turquía podía poner en movimiento sus poderosas hordas islamiticas. Se trataba únicamente de organización. Dentro de la lógica de las cosas Turquía necesitaba ser aconsejada en su política interna y organizar su ejército para alcanzar gran eficiencia como aliada. Haciendo una y otra cosa podía ser de una utilidad extraordinaria. Por esto se envió al Baron Marschall, la flor de la diplomacia alemana; por esto el mariscal Von der Goltz, que por un momento ha representado en Bélgica el triste papel del Duque de Alba, se ocupó del militarismo turco inspirando tantas simpatías al tiempo de la guerra contra Italia por los consejos que daba desde la Neie Freie Press de Viena a los militares turcos de como debian vencerla. Explotando la codicia de los financieros franceses se le aconsejó al gobierno que hiciera préstamos para mejorar su material de guerra que en gran parte abastecía la casa de Krupp. Turquía quedó definitivamente ligada al carro del imperio germánico.

Los hechos, sin embargo, no coronaron los esfuerzos realizados. En el interior los jóvenes turcos no pudieron, ni supieron, modificar el espíritu de abandono de la raza, ni organizar el Estado sobre mejores bases, en el exterior dos guerras desastrosas fueron la consecuencia de la preparación militar y diplomática. Turquía fué reducida a un mínimum de territorio europeo y le fueron arrancadas dos grandes provincias africanas.

[1] B. Combes de Patris. ''De Berlin à Bagdad,'' en *Revue des sciences politiques,* 15 de Junio, 1914, p. 357.

A pesar de las dos derrotas, sin embargo, ella no ha perdido la fé en su aliada y protectora, ha seguido siendo fiel a los imperios centrales. En los momentos difíciles los ha seguido comprometiendo toda su existencia, jugando su vida nacional sobre una carta sola. Quizás no sea extraño a esta aventura la ambición personal de Enver Pascha ligada a la audacia teutónica que se desplega en potencia grandísima en el terreno que le es favorable y en el ambiente que le acoje bien.

La política del Gran Canciller había sido completamente abandonada.

El Oriente despreciado por Bismarck, llegó a ser objeto de codicia; la política colonial, la mayor preocupación; lo flota, el objeto de todas las solicitudes del Emperador; Francia quedaba en segunda fila, Inglaterra y Rusia venian a reemplazarla en los desvelos de los hombres de Estado y de los tácticos alemanes. La política de Bismarck había cerrado su ciclo; una nueva, más amplia, con las miras en todos los continentos, y no ya solo hacia la Europa occidental, la había sustituido. Después de su victoria Alemania se había dedicado a un trabajo fecundo en el interior, desarrolló su industria, aumentó su comercio y con una tenacidad y orden grandísimos, sacó provechos efectivos de sus éxitos militares. En el exterior la Triple Alianza parecía ser el arca santa en la cual descansara. "Alemania se encerró en la Tríplice como en una plaza fuerte, y vivió bastante apaciblemente. El acuerdo franco-ruso mismo no alteró su quietud. Le pareció divertido que sus rivales naturales se tomasen la pena de garantizarle sus propias conquistas y se obligasen, con terribles juramentos, a quedarse en casa."[1]

El acuerdo franco-italiano, más tarde, sobre cuestiones mediterráneas, deja a Alemania igualmente indiferente; y el Canciller del imperio, Von Bulow, que lo había calificado de "vuelta de vals", hablando con la seriedad que le imponía el cargo, dice: "Nosotros

[1] René Millet. "France, Allemagne, Maroc," en *Revue politique et parlementaire,* Junio, 1907.

nos felicitamos que Francia e Italia, que tienen en el Mediterráneo cada una grandes y serios intereses se hayan puesto de acuerdo sobre ellos''. Con igual tranquilidad, se recibe el acuerdo anglo-francés; en él no se vió la terminación de un conflicto secular que debía servir, ya de acuerdo las dos naciones, para abrir otro contra una tercera, la cual no podía ser más que Alemania, enemiga natural de Francia y ya rival de Inglaterra. El mismo Canciller del imperio, con igual imperturbabilidad, el 12 de Abril de 1904, comentando el tratado firmado pocos días antes, entre Inglaterra y Francia, afirmaba que desde el punto de vista del interés alemán no había nada que objetar a aquel tratado.[1]

En realidad la nación que mantenía una hegemonía sobre Europa, quería, en cuanto a Francia, que el *statu quo* no se alterase y estaba dispuesta a usar todo género de cortesías de buena vecina. A cada desastre, a cada desgracia, a la muerte del General MacMahon, a la de Sadi Carnot, a la del Maréchal Canrobet, a la de Jules Simón, cuando el incendio del *Bazar de la Charité,* cuando el naufragio del vapor *La Bourgegne,* a la muerte de Félix Faure, y en múltiples otros acontecimientos dolorosos, el Kaiser procura ser el primero en enviar su condolencia, en mandar su Embajador, en procurar que se conozcan sus buenos sentimientos de simpatía.[2] El mantenimiento de las cláusulas del tratado de Francfort, que le había dado la frontera deseada, y que había servido para completar y consolidar la unidad, y por otra parte el comercio y la industria siempre creciendo, eran las aspiraciones. Toda dificultad internacional venía a turbar un hecho adquirido, una posición tomada. Por esto el Canciller Bethmann Hollweg pudo exclamar en el Reichstag: ''Yo no quiero volver sobre el pasado más de lo que conviene hacerlo para conocer el porvenir''.

Más este estado de cosas había significado el dominio

[1] A. Tardieu. La France et les Alliances, p. 191.
[2] A. Tardieu. La politique exterieure de l'Allemagne, p. 63.

absoluto en Europa, por parte de Alemania, hasta el tratado de alianza franco-ruso, dominio que había vuelto nuevamente cuando la desastrosa guerra de Manchuria anunció la poca efectividad del ejército ruso. Contra este Francia debía encaminar todos sus actos. Contra esta misma dominación debía dirigir todos sus esfuerzos Inglaterra el día en que Alemania, olvidando los consejos de sus grandes hombres del pasado, entró a formar parte, con vigor nunca igualado, de las naciones marítimas y coloniales.

Las relaciones franco-alemanas, que habían sido el eje de la política europea, tuvieron que ceder en importancia, a las relaciones anglo-alemanas; es más, aquellas quedaron bajo la influencia de estas. Inglaterra veía el aumento considerable del comercio alemán, que, cual concurrente afortunado, entraba en los lejanos, mares sobre los cuales el comercio británico no había tenido rivales, veía aumentar una flota que le impedía tener aquella indiscutible supremacía que le daba la seguridad de su progreso y de su riqueza,[1] veía, sobre todo, comprometido aquel prestigio que para Lord Rosebery constituía la base de la grandeza de Inglaterra.

Inglaterra en un momento difícil comprendió que así como en el pasado la habían amenazado sucesivamente España, Holanda y Francia, en el presente la amenaza procedía de Alemania, y este momento fué el de la guerra del Transval, en la que se puso a dura prueba la potencia británica.[2] Ella comprendió que debía realizar un supremo esfuerzo en la historia, que el momento había llegado de que en una crisis se resolviesen las cuestiones del Mundo, que era preciso determinar de que lado se inclinaba el fiel de la balanza, pués esperar significaría la preparación por parte del adversario. La doctrina de la *splendid isolation* había tenido ya su época.

El reinado de Eduardo VII merece el elegio de haber

[1] RENÉ PINON. "La rivalité de l'Allemagne et de l'Angleterre," en *Revue des deux mondes*, del 1° de Marzo de 1909.
[2] VICTOR BERAND. L'Ouvre d'Edouard VII.

sabido comprender la señal de los tiempos.[1] Después de una tentativa que quedó en la sombra y que se atribuye a Chamberlain, de un acuerdo con Alemania, se dibuja una marcada hostilidad de Inglaterra contra esta nación, que si la historia tuviese que servir únicamente de enseñanza, parecería inconcebible, pués si el Inglés era el enemigo hereditario para Francia, para Prusia era al antiguo aliado, el amigo constante.

La actitud de Alemania tendiente a favorecer el dominio de la Manchuria para Rusia, la cuestión del ferrocarril de Bagdad, sobre el cual reposaban y reposan los sueños expansionistas alemanes, los ataques a Chamberlain, en 1901, en pleno Reichstag, usándose los términos más duros y vulgares, revelaron un estado de hostilidad, e iniciaron la política de prevención y recelos que precede a las grandes crisis.

Por otra parte, Alemania aumentaba su marina, aplicando la frase de Von Bulow: "Cuando uno no está seguro de hacerse amar, debe hacerse temer". Ya en 1897 el Baron Marxchall, Ministro de Relaciones Exteriores, decia: "Nosotros queremos que la espada alemana esté afilada en tierra y en el mar". Y el aumento fué tan considerable que dejó estupefacto a los mismos ingleses que vieron en peligro su política marítima del "two powers standard". Los discursos del Kaiser Guillermo II, que tanto afán ha tenido siempre de discursos y de frases, no eran dichos para pacificar los ánimos.

Desde el año 1901 en que empieza la sorda hostilidad entre estas dos naciones, ya la actitud de Francia es más vigorosa en la política internacional, inspirada por Inglaterra. Actúa Francia en los casos graves con conocimiento de la opinión del Gabinete de Saint James. Y es desde ese mismo año que comienza el aislamiento de Alemania, la política del *encerclement,* cuyo éxito no puede ser más patente, en los momentos actuales. Desde esta época empieza la *revanche,* interrumpida

[1] RENÉ PINON. "France et Allemagne," en *Revue des deux mondes,* fascículo 1º de Abril, 1912, p. 657.

solo por el tono agresivo conque Alemania se dirige a Francia en 1904, y a declinar la hegemonía germánica. El asunto de Marruecos despertó de su tranquilidad a Alemania y le dió la primera nota efectiva de la política del *encerclement*. Es evidente que a Alemania no podía serle grato que Francia se preparase en el Mediterráneo un extenso imperio, para luego llevar en el momento oportuno un ejército colonial aguerrido que sirviese de contrapeso a los contingentes militares de la creciente población alemana y menos que lo hiciera a expensas de sus aspiraciones. A la Algeria, conquistada ya de tiempo antiguo, había visto sumarse la Tunisia, y luego Francia penetraba lenta pero decididamente en Marruecos. Resuelto a no admitir expansión alguna, el Kaiser seguía su política avisando a su vecina de las ideas que le animaban por medio de *boutades* que producían la honda preocupación esperada. En el viaje a Tánger, el Emperador saludó al Sultán del vasto imperio con un discurso en el que insistía destempladamente sobre la cualidad del soberano independiente. "Es el Sultán en su cualidad de soberano independiente que yo visito". "Espero que bajo la soberanía del Sultán, Marruecos libre quedará abierto . . . sin anexión, sobre un pié de igualdad absoluta . . . pués considero al Sultán como soberano completamente libre". Estas declaraciones, estas frases insistentes se hallan en un discurso de menos de setenta palabras. Francia esta vez no se dá por aludida, y aún cuando Delcassé, más radical, no quiso permanecer en el Ministerio de Relaciones Exteriores, sufriendo la prosa imperial, Francia accedió a que se convocase una conferencia, segura como estaba por sus *ententes,* del resultado de la misma.

La conferencia de Algeciras fué un triunfo para Francia; Rusia sirvió con decisión a su aliada; España, con excepción de algunas debilidades del duque de Almodóvar del Río, fué caballerosa y cumplida, bajo la dirección de su Rey, para con los vecinos de más allá de los Pirineos; sir Arthur Nicholson, el plenipotenciario inglés, firme y cortés, sostuvo a su nueva aliada;

Italia, con el Marqués Visconti-Venosta, se prodigaba en privado a favor de Francia, recordando el tratado que abría á Italia el camino a Trípoli, que más tarde a su vez ella debia tan fielmente mantener. Igualmente proceden los Estados Unidos. Alemania, en cambio, lucha, se altera, vuelve sobre sus pasos, hasta el último momento seguida de su fiel Austria, que sin opinión, sin especial interés, sigue la voluntad de su aliada.[1] Alemania había ido a buscar, presentando esta cuestión, "una riposta necesaria" a Francia, como lo dijo más tarde, el Canciller Von Bulow. El resultado fué una contra-riposta.

La conferencia de Algeciras dió a comprender a Alemania su verdadera situación, aún cuando la prensa de aquel país no quiso reconocer la derrota sufrida. La distribución de la flota inglesa, dirigida ya evidentemente contra el imperio del Kaiser, que a su vez, aumentaba la suya considerablemente, las visitas de Eduardo VII a los soberanos mediterráneos, la firaldad del encuentro de Guillermo II y Eduardo VII, confirmaron a Alemania en la idea de que vivía rodeada por un sentimiento de desconfianza y de prevención.

Pronto fué notándose que Italia se separaba más marcadamente de la Tríplice. El pueblo italiano, que ha veinte años se abandonaba a manifestaciones irredentistas a favor de Trieste y Trento, daba mayores muestras de entusiasmo—como, en Noviembre de 1908 y Mayo de 1909—ayudado en esto por los errores de la política interna austriaca. En el irredentismo habían sustituido los hombres de Estado a los jóvenes estudiantes del tiempo en que Guillermo Oberdan ofrecía su rubia cabeza de veinte y dos años al patíbulo austriaco. Por otra parte, Rusia entra en la política italiana y se pone de manifiesto una alianza de simpatía entre los dos países con el viaje del Czar en 1909 a Racconigi, residencia de verano del Rey Victor Manuel III. No hay que olvidar que fué en la corte rusa donde se preparó el matrimonio de amor del actual rey de Italia.

[1] André Tardieu. La Conference de Algeciras.

La actitud brusca de Austria anexándose la Bosnia y la Herzegovina constituyó un golpe para Rusia y para Francia; pero ambas naciones y con ellas Inglaterra comprendieron que debían cerrar aún más sus filas, y prepararse a una guerra que era inevitable. Asi Inglaterra ofreció a Francia en 1908, que pondria á disposicion de esta nacion dos divisiones en el Continente en caso de guerra, las *ententes* pasaban, pués, los límites de su redacción, e iban aún más allá de una guerra defensiva. Los intereses insidiaban las conciencies al punto que ya las palabras no tenían el sentido que a ellas normalmente se les da, sino que parecía debían decir algo distinto, si no contrario a su propia expresión: Guillermo II en una entrevista en el mes de Noviembre de 1908, pretende tranquilizar al pueblo inglés, y este, en cambio, interpreta de una manera opuesta la imperial palabra pués se impresiona profundamente. Así el propio Emperador no cesa de manifestar su deseo de un buen acuerdo con Francia, naturalmente siempre sobre la base del tratado de Francfort, para cuyo mantenimiento el cree que Alemania tiene empeñado su honor y debe perder el último hombre y gastar el último centavo; él lo dice a todo el mundo, altos y bajos personajes, lo dice en 1911 a un Embajador acreditado en Berlin: "Temo por el próximo verano. Estoy cansado de tenderle la mano a Francia, que no desea verla".

Evidentemente esta tranquilidad y amabilidad teutónica no eran pura generosidad.

En los últimos dos años la Triple Alianza, inspirada siempre por la diplomacia alemana, fué tomando alguna mayor consolidación de la que había tenido en tiempo de la guerra italo-turca. Italia que había oído el clamor de la prensa alemana contraria a su empresa en Trípoli, debió sin embargo agradecer a Alemania la posesión temporal de las islas del Mar Egeo; debía agradecerle a Austria el haberse prestado, cuando el conflicto balkánico, a defender en primera línea el *statu quo* del Adriático o por lo menos impedir que lo ocupase en uno de sus lados una potencia que pudiese

llegar a ser fuerte. Francia, en cambio, hechó sobre sus hombros la defensa de la causa griega. Pero pronto Italia, a causa de los pequeños incidentes de Trieste, provocados por el Gobernador Hohenlohe, vuelve a presentarse hóstil a Austria en el Parlamento y en la plaza.

En los años 1912 y 1913 los armamentos fueron aumentados: Alemania elevó su número de soldados a novecientos mil, en tiempo de paz, para que en un solo momento pudiesen correr sobre cualquier frontera; Francia la imitó aumentando, después de violentas discusiones en el Parlamento, el servicio militar a tres años. Rusia continuó con más entusiasmo su nueva organización; Inglaterra dió un formidable impulso a su marina. Igualmente Austria e Italia aumentaron sus ejércitos permanentes y apresuraron sus construcciones navales. Los jefes de Estado Mayor de los ejércitos se visitaron, preparando quizás el ataque, o comunicándose los planes. Ya en 1913 la guerra parecía segura.

El incidente de Sarajevo fué pués un pretexto, y no la verdadera causa.

Alemania no quería que el *encerclement* fuese completo, conocía su fuerza, se sentía preparada. El mantenimiento de su frontera y de sus aspiraciones no ciertamente limitadas le obligaban a combatir otra vez, aunque fuese en guerra ofensiva; el aumento de su poder naval le imponia dar batalla. Era su grandeza, amenazada de la pérdida de su posición en Europa, en otros tiempos absoluta, que la obligaba a ir al ataque supremo y decisivo.

CAPÍTULO X

LA FINALIDAD ESPERADA

Todo estaba previsto, menos aquella parte que según los antiguos queda sobre las rodillas de Júpiter. El plan del ilustre Moltke, era en 1870, en el caso de que otra

potencia hubiese atacado a Prusia por las espaldas, lanzar rápidamente el ejército sobre Francia, obtener aplastantes victorias y luego defenderse del otro beligerante. A distancia de cuarenta años debía mantenerse la misma táctica, especialmente ahora que se contaba con una aliada, como Austria, capaz de tener en jaque a Rusia por largo tiempo, y con otra, como Italia, suficiente para entretener, con su asalto por el Sur, gran parte del ejército francés. Inglaterra, aunque enemiga, no podía ser de gran utilidad por tierra. Y esto si Inglaterra no dejaba a Francia y Rusia batirse solas, conforme las palabras pronunciadas por el Ministro inglés de no estar su nación obligada a prestar ninguna cooperación en caso de guerra.

Los planes alemanes han encontrado las dificultades que el acaso siempre presenta a las previsiones humanas. En primer término Inglaterra estaba dispuesta a la guerra. Un triunfo más de Alemania, no hubiera sido a expensas de Francia, sino de ella. En un opúsculo de Robert Blatchford, socialista inglés muy conocido, se dice: "El problema de la defensa británica es la defensa de Francia". Albión en otros tiempos no hubiera desenvainado su espada por otros, pero Albión, pérfida si se quiere, no lo es contra sus propios intereses. En Inglaterra todos sabían que Alemania iba a hacerles competencia, y con fortuna, sobre los mares, y que una guerra victoriosa haría más daño a Inglaterra que a ninguna otra nación.

La defensa tan enérgica de la neutralidad belga tampoco era esperada. La diplomacia y los estratégicos alemanes creian que Bélgica se limitaría a presentar grandes protestas, a exigir con palabras el mantenimiento de su neutralidad, quizás hubieran sacrificado algunas brigadas para cumplir el tratado en que se obligó a defenderla con las armas. En cambio los soldados belgas han detenido la marcha de un ejército potente, han permitido que la movilización fráncesa se completase y la concentración pudiera hacerse en los mejores puntos de la frontera. Esta resistencia inesperada ha per-

mitido que la bota prusiana tardase algún tiempo en pisar territorio francés; y permite deducir que cada día que pasa sin darse batalla decisiva por este lado, es una derrota alemana, pués los rusos, si es que su ejército no está reducido a la nada, como de seguro no lo estará, puedan avanzar en territorios prusianos, con cuanta alarma por parte de los imperios centrales, es inútil decirlo.

La negativa de Italia a participar en una guerra ofensiva es otro hecho que vino a destruir las previsiones de los diplomáticos y los militares alemanes, especialmente de los militares. En estos últimos años había habido una reconstitución de la Tríplice, como ya se ha dicho. La política de Poincaré y luego de sus ministros de relaciones exteriores, habían destruído diez años de política de apaciguamiento, iniciada por Delcassé. Italia, por su elemento oficial, estaba ligada a la Tríplice, pero nunca el puebli dió su alma a esta alianza. Desde los tiempos que precedieron esta coalición de potencias, el viejo Agostino Depretis, para hacerse perdonar ciertas debilidades necesarias hacia Austria, recordaba que había tomado parte en un complot, en su juventud, para secuestrar al Emperador de Austria.[1] El propio Crispi decía que tenía afecto para Francia, pero la necesidad lo había llevado a unirse a los imperios del centro.

Más, Italia, en la hora actual, al salir de una guerra con Turquía i todavía empeñada en una ruda guerra colonial, hubiera sufrido las mayores consecuencias, por lo menos las más inmediatas, de la presente contienda. Alemania y Austria con pocas costas tienen fácil defensa; Italia, en cambio, hubiera sufrido los efectos de la guerra por mar. Hubiera debido abandonar o perder su reciente colonia de Trípoli, y hubiera sufrido los graves efectos de un estricto bloqueo. El tratado no obligándola, ha servido para que ella jugara una mala partida a sus aliadas, que esperaban su concurso; pero ella ha podido negárselo sin faltar a sus compromises. Ahora no será difícil que Victor Manuel III oiga como

[1] SALVATORE BARZILAI. Vita Parlamentare.

su gran abuelo "el grito de dolor" que le llegue a los italianos irredentos, y, como aquel "no pudo quedar serdo" a tal grito, se vea en la necesidad de desenvainar su espada, no en el sentido que parecían indicar más de veinte años de mútuo apoyo y mútua garantía.

En esta guerra, los primeros acontecimientos indican que una serie de hipótesis planteadas antes no encuentran aplicación. La tendencia pacifista que creíase podía en determinado momento influir sobre los contendientes, ha quedado letra muerta o solamente expresión gráfica de algunos periódicos. La tendencia revolucionaria, la sindicalista, la famosa huelga general, decretada en el mismo momento de la declaración de guerra, han sido arrolladas por la avalancha del patriotismo renovado, más sangriento aún hoy que en siglos pasados. Jaurés, que había llegado a afirmar, con fino espíritu y profunda percepción, que la Triple Alianza era un contrapeso al *chauvinisme* francés, fué muerto a balazos, una de las primeras víctimas de la guerra, en el centro de París. Los socialistas alemanes, en armonía con las palabras que el viejo Bebel pronunció en el Reichstag no ha muchos años, han marchado, probablemente, en primera fila. Los socialeistas franceses han hecho lo mismo, y el viejo Guesde, el ortodoxo del marxismo francés, es Ministro sin cartera.

Este comienzo del siglo XX ha visto más congresos y conferencias por la paz que ningún otro período; ha oido repetir la palabra paz más veces que probablemente todos los siglos en que se extiende la Humanidad civilizada, y asiste hoy a la guerra más sangrienta que se recuerda.

Son estas las contradicciones del destino, las irenías de la suerte.

Alemania, que ya se veía aislada, parece que va aplicando su canto bélico de ponerse por encima de las naciones. Hacía tiempo que ella confiaba en su propia fuerza, que tenía su plan preparado de ataque rápido, como tiene el de resistencia tenaz, cuando el primero debía ser abandonado.

El resultado final de la guerra, sin embargo, no puede ser dudoso. Inglaterra, desde los primeros momentos, se ha adueñado de los mares. La enorme flota mercante que con tanto cuidado y amor había creado Alemania, permanece inactiva en sus propias aguas o en ajenas, amparada por la neutralidad. Sobre el mar libre no cruzan los aires los colores teutónicos. Evidentemente la primera parte del programa británico se ha cumplido, con daño de su enemigo, no solamente futuro, sino presenta. Rusia ha lanzado sus enormes columnas sobre las fronteras de Prusia. Francia batallará entre no mucha, con más acierto sobre el Rhin en 1915 que sobre el Mosa en 1870. La victoria final parece no presentar dudas que beneficiará a los mayores aliados.

De la gran tragedia del 70, sobrevive, de los grandes personajes que en ella fueron actores de gran papel, la Emperatriz Eugenia, la que menos interés debe tener y por lo tanto menor consuelo, en la *revanche*. Española por nacimiento y Emperatriz destronada, madre inconsolable y viuda que esperaba del marido, sobre el cual pesaba un nombre heroíco, inútilmente un gran gesto, ella asistirá al triunfo de la República que la obligó a huir entre tanto luto y tanto dolor. Pensará que esta *revanche* la hubiera podido obtener el hijo que los zulúes sacrificaron. Pero deberá reconocer que estos odiados republicanos han sabido preparar las alianzas y los ejércitos mejor que su marido, que se entregaba en Sedán y que le permitía pronunciar a ella, al anuncio de su rendición, palabras homéricas: "Usted miente señor, usted quiere decir que ha muerto".

La República ha sabido hacer lo que el imperio no supo. El éxito favorable obtenido por Francia es el producto de la decisión constante de quince años de acertada diplomacia. La política de aislamiento iniciada por Delcassé ha dado sus resultados, el mismo Hanotaux podrá congratularse con su afortunado rival y corregir sus últimos escritos.[1]

Una paz honrosa que llenase las pretensiones del ven-

[1] HANOTAUX. "La politique de l'equilibre."

cedor sin humillar al vencido podrá ser duradera; los franceses deberán recordar las palabras de Napoleón III a Bismarck, en la discusión sostenida en Donchery, sobre la rendición de Sedán,[1] solicitando para el mantenimiento de una paz duradera condiciones que tuviesen el sello de generosidad de que dió muestra el Zar Alejandro en 1815.

Ya que los grandes intereses se han confiado al cañón, que esto sea por última vez en bien de otros principios más altos de verdadera civilización y progreso y en honor de la humanidad.

CAPÍTULO XI

LOS INTERESES ENCONTRADOS

Es difícil determinar cuánta parte de razón y cuanta de pretexto hay en los acontecimientos humanos, máxime cuando son dirigidos por una mente elevada y cautelosa. En la guerra de Europa, como en todas las guerras, por cierto, resulta más que nunca aplicable esta verdad, sin que en la hora presente podamos afirmar, todos de acuerdo, cuáles fueron las causas específicas, o cuáles fueron los pretextos que se han aducido para justificar la gran contienda. No es extraño que ésto suceda, pues en conflictos internacionales menos complicados, la verdad se ha podido conocer mucho más tarde, sin que tampoco haya encontrado una opinión concorde. La guerra de 1870, por ejemplo, que recordarla ahora, aun hasta la saciedad y en todos los casos, está justificado por completo, por las relaciones de causa y efecto que tiene con la actual, la guerra de 1870 fué sin duda deseada por Bismarck, puesto que era necesaria a la concepción política de Alemania que el temía, y sin embargo, pareció consecuencia del chauvinismo francés; y el propio Bismarck así lo repetía, muchos

[1] Oeuvres posthumes de Napoleón III.: Le libre de l'Empereur.

otros todavía así lo estiman y, en verdad, al hacer el análisis de aquel período, si bien no se puede excluir la grave aunque patriótica responsabilidad del Gran Canciller, no se pueden negar los errores, debilidades, indelicadezas y vanidades del Emperador, de Olivier, de Grammont, de Benedetti, de la Emperatriz, del partido reaccionario de la Corte, que a pesar del cambio dado por el Imperio en aquellos años dominaba fuertemente.

Es evidente en la crisis actual que había una preparación guerrera basada en intereses bien delineados. Por un lado Alemania, poderosa en el mar, extendiendo su comercio marítimo doquiera, manteniendo una política colonial propia, defendiendo una política balcánica, con Austria, del todo contraria a Rusia; por el otro lado, Rusia amenazada en su prestigio europeo después de haber perdido su prestigio asiático; más allá Inglaterra acechada en su dominio del mar; y Francia velando por la revancha. La guerra debía estallar y múltiples veces el fantasma siniestro apareció en el horizonte. Había acontecido en Europa lo que es preludio de guerra: se habían delineado los intereses y se habían agrupado. La contienda futura constituía para todos una esperanza, y cada uno en el resultado final de ella buscaba la satisfacción de una necesidad sentida. El desarrollo de uno de los grupos o de cada una de las naciones que dominaba cada grupo, representaba un mal para el otro y un peligro. La crisis debía sobrevenir como una consecuencia del tablero internacional. ¿Cuando? ¿Como? Esto no podía saberse. Cada uno deseaba que llegase en el momento más oportuno, en el momento en que su preparación moral y material fuese mayor. Cada uno miraba sus propios intereses y aunque al grado de intensidad de los mismos fuese distinto, nadie llegaba a olvidar los propios por un platónico amor de paz.

Cuales de las potencias hayan sido indirectas provocadoras del conflicto, no es cosa fácil determinarlo. Aparece cierto, sin embargo, que el factor político ha

desempeñado en las causas que provocaron, en substancia, la guerra actual, un papel de segundo órden, y que en cambio el económico ha predominado, aún por encima del de las razas que en cierta parte ha igualmente concurrido. La expansión, como en el campo fisíco, debía en el internacional producir el choque. Inglaterra con su imperialismo mercantil—Chamberlain decía el imperio es el comercio—producto de siglos de constancia y de buenas formas; Alemania con su expansión de catástrofes a que estaba acostumbrada y que el éxito había llenado de prestigio, ya Mirabeau, desde su tiempo afirmaba que la industria nacional de Prusia era la guerra, quería revolucionariamente alcanzar a las otras naciones que por la lentitud del propio esfuerzo habian ocultado en parte la concupiscencia que supone el imperialismo econóimico y que en el caso de ella, precisamente por usar el sistema contrario, aparecía desmedida. Francia, ayudadada por su mágnifica organización financiera e impulsada por su enorme burrocracia, había formado dos imperios, uno asiático y otro africano, la vencida del 1870 había hallado fácilmente lo que la nación victoriosa no había podido encontrar. Hasta Italia, la menor potencia de la Tríplice, la de menor población, de menor comercio y de menor fuerza militar, había sabido conquistarse grandes extensiones africanas y magníficas posiciones mediterráneas. Y así Rusia, cuyo imperialismo político está ligado a su propia existencia, mientras solamente en fecha muy reciente ha surgido la aspiración económica. Y así Austria que para toda conquista colonial necesitaba romper el cerco apretado que la rodeaba, buscando principalmente el camino y el puerto de Salónica.

Todas estas nuevas necesidades las imponía el régimen industrial. Inglaterra que tuvo éste régimen antes que las otras, en alto grado, pudo más fácilmente prepararse. Alemania y Austria, en cambio, llegadas más tarde y habiendo en poco tiempo alcanzado una extraordinaria y maravillosa fuerza de producción, han solicitado lo que puede serles útil en breve transcurso de

pocos años, haciendo evidente por la intensidad del deseo lo que estas naciones diluyeron en su largo período histórico.

Por los hechos externos es muy difícil determinar las verdaderas causas. Si un día el Kaiser ha abierto los brazos a su pariente real inglés o a su imperial pariente ruso, o uno de éstos le ha devuelto el abrazo con mayor efusión; si otro día, usando la frase pintoresca del propio Kaiser, éste ha extendido a Francia su mano, que no la quiso ver, importa poco, pués no son las expresiones de los sentimientos lo que hay que tener en cuenta sino los altos intereses nacionales. Que el Kaiser tendiera la mano a Francia manteniendo firmes las prescripciones del Tratado de Francfort, conque le arrebató dos provincias y le hizo pasar por la más grande humillación de su historia, no pudo por sí solo tener eficacia internacional, y así mismo si a la Corte de Rusia se le recuerdan los vínculos pasados y los lazos de familia, importa poco mientras a los eslavos de los Balcanes se les veja con grave daño del prestigio moscovita. Inútil decir que a la utilitaria Albión las buenas palabras no distraen sus ojos fijos en la enorme escuadra alemana. Y viceversa, Alemania, en plena hegemonía, no pensó en limitar, para dar gusto a sus adversarios, su expansión política, marítima, económica, financiera, y debía amenazar a los rivales que le iba creando su propia grandeza, negándose a todo *statu quo* que para ella significaba obligada y no legítima inferioridad.

Para Inglaterra la actual contienda es una fase de su política secular, la misma que la llevó contra España, Holanda y Francia; que la llevará en lo futuro contra toda potencia que pretenda arrebatarle el predominio de los mares tan necesario a su existencia nacional; que ha encerrado al Japón en Asia y a los Estados Unidos en América, cediendo a ellos, a veces, derechos, otorgándoles, otras veces, protección, y haciéndoles comprender que deben mantenerse en los límites de sus respectivos continentes.

Para Alemania la guerra significa el complemento includible de la concepción política de Guillermo II, pués sin tener las miradas en una acción armada que hubiese dado el reconocimiento de la fuerza a la política de expansión oriental y marítima, todo el esfuerzo de veinte y cuatro años, desde el viaje a Constantinopla de 1890 del propio Kaiser, hasta los actuales días, esfuerzo económico primordialmente, hubiese sido inútil.

Cuando Bismarck fúe enviado a reposar al castillo de Friedrichsruh, pareció esto un *coup de tete* del nuevo Emperador, el acto de un joven al cual pesaba demasiado la incontrastable autoridad de su canciller, significó a otros una necesidad de la política interna, muy pocos notaron, desde entonces, un cambio radical de política extranjera. Bismarck estaba contento del pasado, detrás del cual quería vivir largos años de tranquilidad. Prusia dominaba en Alemania y ésta en Europa, era su serena aspiración y su beatífica realidad; dejaba a los otros poderes las lejanas veleidades coloniales. Guillermo II pensó en otras glorias: el pasado no le pertenecía. Era preciso ser fuerte en mar como en tierra y lanzar los ojos hacia aquel Oriente, teatro de las grandes concupiscencias, era indispensable romper la pared que rodea la raza teutónica, extender la hegemonía de su política; de la Europa Occidental, había que ir a la Oriental, y de allí mirar un poco más alto, aspirar a una mayor autoridad sobre el Mundo. ¿Acaso no se inspiró sobre la tumba de su ilustre antepasado Carlo Magno y pronunció aquel discurso que está imbuído de toda la política medioeval?

La grandeza germánica le dictaba la línea de conducta que debía seguir, le obligaba "a ceñir el cetro de Neptuno al lado de la espada, de Federico el Grande", le abría las puertas de ese Oriente lujurioso que todas las grandes civilizaciones sucesivas han codiciado; en fin, la grandeza germánica, interpretada por la mentalidad teutónica, era la guerra. Estallada ésta, hemos visto con qué ingenuidad hombres de Estado y escritores alemanes se manifiestan: Se nos negaba lo que teníamos de-

recho a exigir, nuestra potencia era superior a lo que teníamos. La política extranjera de Alemania desde 1890 indicaba las ideas hoy abiertamente sustentadas. La marina que se construía, el Ejército que se fortalecía, la organización militar toda mantenida al punto de como si la guerra debiera estallar al siguiente día, según la frase del ex-canciller Von Bulow [1] debían servir no para conservar un favorable statu quo, para evitar las insidias adversarias, sino para presentarse un día u otro sobre el mercado internacional y reclamar una parte del botin que los grandes Estados sopretexto de civilización, acumulan a costa de los pequeños y de los desventurados.

Francia, Rusia y Austria giraban igualmente alrededor de esa política. Francia en nombre del pasado. Ella más que ninguna otra hubiera debido ser partidaria de la guerra. La grandeza del vecino imperio, para otros, representaba un peligro futuro, para ella era una desventura pasada, a la par que un grave riesgo consistente nada menos que en la posibilidad de ser borrada del número de las grandes naciones. Añádase el espíritu fiero del francés, que una historia de glorias ha elevado a un grado más alto del normal, que mordía el freno desde cuarenta y cuatro años anhelando el día en que Sedán fuese vengado, Metz reconquistada, y que las estatuas de las provincias separadas, de la plaza de la Concordia, pudiesen encontrar en las masas populares un tratamiento de realidad, no el entusiasmo de una esperanza. Combatida por dos opuestos sentimientos, la ofensa pasada y el bienestar presente, deseaba con sentimental deseo la guerra y mantenía la paz con las mayores transacciones. Así, cuando los buenos sentimientos del Kaiser se manifestaban hacia la nación, que había debido aceptar los preliminares de Versailles con las lágrimas en los ojos y los gemidos en el alma, se añadía la injuria al dolor, pués la piedad del vencedor humilla al vencido.

Dado el antagonismo, ambos pueblos sabían que cual-

[1] CONDE VON BULLOW. Imperial Germany.

quier conflicto los envolvería armando al uno contra el otro; el destino manifiesto los había puesto frente a frente ineludiblemente, y cada uno conocía cual debía ser la posición que tomaría en lo futuro. Con esta psicología colectiva se comprenderá fácilmente la preparación de la juventud, el estado de ánimo de las masas, la tensión de espíritu de los dos gobiernos.

Tal condición de cosas, que no llegó ni un solo día a atenuarse, fué la causa de las alianzas de la Europa continental; por ella se ligaron Francia y Rusia, y por ella se formó la Triple Alianza.

Rusia, sin embargo, había oscilado en su política internacional, amiga de Francia y leal aliada lo fué siempre desde que firmó el tratado; pero entretenida en otras empresas, llevada por su configuración geográfica hacia el extenso contienente asiático, trataba los asuntos de China, del Tibet, del Turkestán, del Afganistán, y sobretodo de Corea, Manchuria y Persia con enorme cuidado, olvidando un poco los Estados Balcánicos, las poblaciones eslavas de los mismos, su influencia en Turquía. Y ocupada en el Pacífico adormecía su ensueño de potencia meditteránea. La guerra asiática, desastrosa para sus armas, y los tratados anglo-ruso y ruso-japonés limitaron sus aspiraciones asiáticas y ella tuvo que volver a la política europea, con mayor libertad y calma. Al volver con mayor intensidad a ocuparse de asuntos que representan tanta parte de su vida guerrera y diplomática encontraba a su adversaria mejor preparada, con influencia mayor y con más definidas aspiraciones; encontraba a Austria, si bien todavía bajo el cetro de Fracnisco José, eternizándose en la existencia y en el poder para asistir a los dolores todos de una familia y de un gran Estado como si la longevidad fuese una concesión hecha por la desgracia, sometido a la influencia del Archiduque Francisco Fernando, el sucesor del trono, que oponía a las tendencias del viejo emperador, todos los bríos de su caracter belicoso, todo el sistema de una *más grande Austria,* basada no en el desenvolvimiento económico y en el progreso de las ideas,

sino en la gran marina y en el ejército aguerrido. El heredero, en efecto, a pesar de sus divergencias con el Emperador, representaba la verdadera corriente de la opinión pública actuante; todo el Ejército, del cual era el verdadero jefe, le seguío en sus planes; ligado íntimamente al Emperador Guillermo II recibía de reflejo todo el favor de los pangermanistas, y fué considerado como genuine representante del militarismo austriaco y del imperialismo. Este adversario para Rusia debía ser temible por la audacia de su caracter que parecía más que de un Habsburgo, de un Borbón, de cuya casa traía sangre abundante, temperamente y tendencias político-religiosas.[1]

Las continuas dificultades balkánicas no llevan ya el sello temeroso de los pasados años; al contrario, aparecen como hechos inesperados, pues a las resoluciones de los congresos internacionales, o las notas de las cancillerías europeas comunicándose de antemano las decisiones que se querian tomar, en via de exploración, suceden las resoluciones violentas. El caso de Bosnia y Herzegovina, anexadas ante el estupor internacional, es un ejemplo; otro, la expulsión de Montenegro y de Servio, y más tarde de Grecia, de cierta parte del territorio que baña el Tirreno; e igualmente lo son los contínuos retos a acciones guerreras sobre determinadas costas o a anexiones de territorios determinados dictados contra los pequeños Estados balkánicos; todo esto significa un sistema que a la larga debía producir la guerra.

La vuelta de Rusia a una política balkánica intensa no está marcada por éxitos; bien por el contrario, sus humillaciones han sido contínuas, y el resultado no podía dejarse esperar, pués Rusia debía perder, como en efecto perdió, gran parte de su prestigio en aquellas poblaciones de su misma raza y que de ella por tantos años habían esperado ayuda y protección.

La contienda actual estuvo a punto de estallar a fines de 1908, y más especialmente a principios de 1909, por

[1] R. W. Seton Watson. "The Archduke Francis Ferdinand," en *The Contemporary Review*, Agoste, 1914.

causas casi idénticas: por la pugna entre los intereses austriacos y eslavos en los Balkanes. En 7 de Octubre de 1908 el periódico oficial de Viena publicó varios documentos: una proclama del Emperador a las poblaciones de la Bosnia-Herzegovina, una carta a los jefes de Estado de las potencias signatarias del tratado de Berlin, y un rescripto imperial dirigido a los dos Presidentes del Consejo de Ministros austriaco y húngaro. En estes documentos se procedía, por una u otra razón, a anexarse las dos provincias a despecho de los intereses servios y montenegrinos, en contra del prestigio ruso y violando un tratado firmado por múltiples Estados. La noticia llegó sin que nadie sospechara el hecho, que solo después de consumado fué conocido por las potencias. Entonces, como en el incidente que ha provocado la guerra actual, la iniciativa inglesa, apoyada por Francia, se dirigió a que las potencias actuasen de acuerdo en la forma que se determinase para obtener de Austria y de Servia una solución de la cuestión, pero Alemania se opuso. La guerra entre Austria y Rusia, precursora de una más general, pareció a punto de estallar; pero Rusia no estaba preparada, y bajo la influencia de Sir. Edward Grey la cosa se arregló de la mejor manera posible.[1] Ahora, sin embargo, para justificar la actual contienda, y para limitar las responsabilidades austriacas, se ha publicado que Rusia conocía las intenciones de Austria en 1908 y las aprobaba. Realmente los hechos que se sucedieron en aquel entonces, desmienten estas tardías declaraciones.

El Sr. Joaquín de Bartoszewicz justamente dice en "La vie politique dans les deux mondes", año 1909-10, que "ante la revolución turca de 24 de Julio, que vino a cambiar el aspecto de la vieja cuestión de Oriente, como más tarde ante la proclamación de independencia del reino de Bulgaria y la anexión de la Bosnia y de la Herzegovina por parte de Austria-Hungría, Rusia se mantuvo singularmente reservada, visiblemente impo-

[1] ACHILLE VIALLATE. La vie politique dans les deux mondes. Año 1908-1909, p. 312.

tente para imponer sus puntos de vista en estas cuestiones que le tocan sin embargo tan de cerca".

Después de la muerte del Archiduque Francisco Fernando y a causa de ella, Austria debía repetir el acto de violencia tratando en los Balkanes con las pequeñas naciones directamente sin la intervención de Europa, como si la existencia de las mismas y la regla de su conducta, no hubiesen sido siempre impuestas por las grandes potencias, con fortuna diversa, pero sin que se discutiera el derecho. Y hoy Rusia no ha bajado la cabeza como en otros tiempos y ha oido el grito del común orígen; Inglaterra no se ha esforzado tanto como en 1908 y 1909 para impedir el estallido de la contienda, y en la primera ocasión se envolvió en la misma; Alemania se ha mantenido al lado de su fiel aliada; Francia ha seguido el camino que el honor y el interés le indicaban; y así el viejo Emperador Francisco José, conocido por su aversión a la guerra,[1] libre ya de la influencia militarista y guerrera de su sobrino y presunto sucesor, prepara su fosa abriendo tantas otras.

CAPÍTULO XII

LAS ASPIRACIONES SERVIAS Y LA ENORMIDAD AUSTRIACA

La tragedia de Sarajevo es bien conocida. El archiduque Francisco Fernando visitaba esta ciudad en unión de su esposa, la excondesa Sofía Chotik, dama de honor que había sido de la Archiduquesa Isabela y elevada a la dignidad de princesa de Hohenberg, al efectuarse su matrimonio, por el Emperador, cuando un joven servio, Gabrilo Princip, dió muerte a ambos dirigido en su acto por un ciego sentimiento político que le hacía personalizar en el futuro heredero del trono de la monarquía dual, todas las dificultades que su

[1] Demetrius C. Boulger. "The Emperor Who Made War," en *The North American Review, Septiembre,* 1914, p. 368.

patria encontraba para dar libre campo a las ambiciones, no por cierto limitadas, de su pueblo y sus hombres de Estado.

No es esta la primera vez que un jefe de Estado o un heredero, o el jefe de una política o un jefe de familia real ó imperial, pierde su vida bajo el plomo homicida de un fanático; pero, en realidad, como es exagerado atribuir a la nación servia o a su gobierno la responsabilidad del acto, sería poco avisado circunscribirlo en los estrechos límites de una acción individual. Evidentemente Gabrilo Princip, no ha obrado como Caserio, que hambriento llega a la portezuela del coche del presidente Carnot; no es tampoco el acto de Lucchesi que mata a la emperatriz de la misma Austria, pobre alma agitada por tantas desventuras. Culpar a Italia de los actos de estos dos súbditos suyos, hubiera sido injusto a todas luces; culparla por la audacia de Guillermo Oberdank lanzándose sobre los Alpes Julios, hubiera sido erróneo, y en efecto, los respectivos gobiernos nunca intentaron una acusación. Pero en el caso presente, es lo cierto que una organización servia, permitida o tolerada por aquel gobierno, armó el brazo del joven, lo llevó al acto terrible, sin que las almas sensibles de su pais se estremecieson con la fácil neurosis de las colectividades, manifestándose, en cambio, en secreto, una satisfacción general por la muerte del hombre que preparaba la transformación de la monarquía dual en trial, constituyendo un reino eslavo al lado de un reino germánico y otro húngaro, ahogando todas las aspiraciones, y para ser más exacto, las ambiciones servias, que querian poner este pais a la cabeza de un movimiento paneslavista balkánico e impidiendo con esta creación toda razón de intervención rusa, en lo futuro, en nombre de la raza eslava. Princip pertenecía a la Naradna Osbram que tiene hondas raízes en Servia, a ella pertenecen los patriotas ardientes, los héroes que han vuelto de la guerra contra Turquía y contra Bulgaria. Los hombres de Estado que aspiran a que Servia sea potencia adriática veían con buenos ojos la

asociación de fanáticos, como un ejército cauteloso admira su vanguardia atrevida.

Servia había empezado el nuevo estado de cosas balkánicas en la mayor armonía con Austria. Los tiempos del rey Milan, acudiendo al Emperador Francisco José para solventar sus deudas, no están lejos, y sólo a la muerte del rey Alejandro y de la reina Draga en 1903 cambia definitivamente la tendencia del gobierno servio, que austrófilo primero, luego debatiéndose entre esta tendencia y la Rusia, llega bajo la influencia de Paschich, actual presidente del Consejo de Ministros, a ser completamente rusófilo y decidido adversario de Austria. En realidad, dando a las cosas internacionales su justa apreciación, Servia no encontraba en la amistad de Austria ningún beneficio, pués la política de esta era comercial y de influencia mientras la rusa era sentimental y nacionalista.[1] Depender de la una, significaba una sujeción, estar ligada a la otra constituía una defensa. Aunque en el artículo citado C. T. Dumba, Embajador austriaco en Washington, escribe con mucha exactitud sobre la agitación servia contra Austria, haciéndole incómoda aquella vecindad, en cambio al hacer notar el predominio moscovita, al punto que el Embajador ruso en Belgrado representa casi un virrey, pierde, por razón de explicable falta de ecuanimidad, el recto sentido al no comprender la actitud rusófila de Servia, después de la muerte trágica del rey Alejandro, como respondiente a un gobierno más en armonía con los intereses de la nación.

Los reyes Milan y Alejandro, que se sucedieron, nunca representaron la política nacional de Servia, uno y otro, llenos de vicios, y de almas pequeñas, no estuvieron a la altura de su reino, en el cual penetraba vigorosamente un nuevo espíritu de civilización. Los servios que habían estado atados al carro de la monarquía dual, se vieron compelidos en sus deseos expansionistas a contentarse con una realidad que no dejaba ni siquiera

[1] CONSTANTIN THEODOR DUMBA. "Why Austria Is at War with Russia," en *The North American Review*, Sept., 1914, p. 346.

esperanza, y, en verdad, Austria por mil conceptos nación digna de ventura, especialmente por la colaboración que presta al mundo en la esfera de las artes y de las ciencias, no es buena conductora de pueblos, ni hace la felicidad de los que de ella dependen o que estan bajo su esfera de influencia.

Sin que sea de creerse que el Gobierno servio haya favorecido la tragedia de Sarajevo, ni que los asesinos del Archiduque Francisco Fernando y de la Duquesa de Hohenberg hayan sido armados por aquel gobierno, es lo cierto que la causa del triste acontecimiento debe buscarse en toda la agitación patriótica, que, justificada o no, ponía en peligro las relaciones de buena vecindad de los dos países. En Austria es creencia absoluta que el atentado fué preparado en Belgrado, y que elementos oficiales lo habian inspirado. Toda la prensa recogió esta versión, y las injustificadas, o por lo menos exageradas pretensiones austriacas sobre la intervención de los funcionarios de Viena en la investigación del crimen, demuestran que estas creencias llegaban a las altas esferas, en donde no es de suponerse ni la idea preconcebida de una intervención, puesto que el hecho acontecido había sido inesperado, ni la hipótesis de que el dolor, trastornando las mentes directoras de la cosa pública, las llevara a proceder de manera tan anormal.

Esta hipótesis se sostiene igualmente en el Libro Blanco alemán sobre la declaración de guerra de Alemania y Rusia. "Las investigaciones iniciadas (sobre el delito) por las autoridades austro-húngaras han demostrado que el asesinato del archiduque heredero del trono fué tramado, preparado y fomentado en Belgrado, cooperando a él personas en posiciones oficiales y ejecutado con armas provenientes de los depósitos del Estado de Servia".[1]

Separar de los acontecimientos la parte justa de los mismos, de la errónea, no es cosa fácil. Pero es evidente que Austria, bajo la impresión del crimen de Sarajevo

[1] Memoria y Documentos relacionados con la guerra entre Alemania y Rusia. Publicación oficial, p. 1.

y con el cabal conocimiento de la contínua hostilidad servia, quiso aprovechar el momento para destruir o humillar el pequeño Estado fronterizo que en el breve período de seis años había provocado graves conflictos internacionales y que le venía a provocar otro de orden interno de excepcional importancia. De este criterio, de este estado de ánimo, partió el ultimatum que há sido causa última de la guerra actual. En el Libro Blanco alemán se hace una preciosa confesión con cierta ingenuidad sajona: se manifiesta que el gobierno de Berlin conocía las intenciones de Austria y las aprobó y alentó.

En efecto, así se expresa:

"Dadas estas circunstancias, Austria debíó decidir que no era compatible ni con su dignidad ni con la conservación y subsistencia de la monarquía el seguir contemplando pasivamente los eventos que se producían del otro lado de su frontera. El Gobierno I. & R. nos informó de esta su opinión pidiendo la nuestra.

"De todo corazón pudimos manifestar a nuestro aliado nuestra conformidad con su apreciación de los hechos y asegurarle que una acción considerada necesaria por él para poner término al movimiento iniciado en Servia en contra de la subsistencia de la monarquía Austro-Húngara sería aprobada por nosotros. Al hacer esta declaración sabíamos perfectamente que una posible acción armada de Austria-Hungría contra Servia podía provocar hechos de parte de Rusia y envolvernos en una guerra. Pero reconociendo que estaban en juego intereses vitales de Austria-Hungría, no podíamos ni aconsejar a nuestro aliado una condescendencia incompatible con su dignidad, ni negarle nuestra ayuda en estos momentos difíciles".

La actitud asumida por el gobierno de la Confederación en los acontecimientos que siguieron se explica en esta declaración. Es lástima que el Libro Blanco no publique el texto de las notas cambiadas entre Alemania y Austria. ¿Quien sabe si en ellas se encuentre más que una aprobación, una excitación a la monarquía

dual? La memoria justificativa del propio Libro Blanco así lo dá a entender cuando consigna que la actitud de Servia no solamente amenaza directamente a Austria, sino tambien a Alemania, lo que parece decir: Nuestro gobierno debia defenderse para no perecer envuelto en las mallas de una diplomacia más sutil, pero no por esto menos peligrosa, y debía cortar el nudo gordiano obligando a Servia a abandonar de una vez sus aspiraciones de engrandecimiento.

Por los documentos que se conocen, por las declaraciones oficiosas del Gobierno italiano, por algunas manifestaciones que se encuentran en el Libro Blanco inglés sobre la guerra, y por el clamor general de la prensa italiana, aparece evidente que la otra aliada en el pacto de la Tríplice fué sorprendida por los acontecimientos de la misma manera que lo fueron las otras potencias. Esta publicación alemana demuestra que dentro de la Tríplice había una alianza más estrecha que no se extendía a todos los poderes que firmaron el Tratado, y justifica hoy, con documentos oficiales a la vista, la actitud de neutralidad asumida por el reino de Italia. No cabe duda que Italia hubiera, avisada en tiempo, aconsejado mayor prudencia, y hubiera buscado una solución al conflicto, como en otras ocasiones, evitando un acto de violencia por parte de Austria, que no quedará en la historia diplomática de estos tiempos como un ejemplo de perspicacia.

Con todas las atenuantes, con todas las justificaciones, sin negar la actitud molesta de Servia y sus provocaciones constantes, el ultimatum que Austria envió el 23 de Julio a Servia fué un gran error y una provocación.

CAPÍTULO XIII

LOS PRETEXTOS Y LA ACCIÓN VIOLENTA

Bismarck ha dejado dicho: "Aún los Gobiernos más inclinados al sofisma y a la violencia no quieren faltar abiertamente a su palabra, hasta tanto que la fuerza de los intereses predomimantes no entre en juego". Más aun podría decirse: los Gobiernos prefieren realizar los actos más violentos, las acciones más arbitrarias, siempre bajo el ropaje de un alto deber moral o de un ineludible interés nacional. Austria ha abandonado toda preocupación de este género, y, sin la sutileza de la política internacional, sin la suavidad de la diplomacia, bruscamente, planteó un problema a Servia, que representa la acción más audaz de los tiempos presentes, audaz porque desafiaba a Europa que había ejercido una continuada tutela sobre los Estados balcánicos, audaz porque lanzaba un guante a Rusia, audaz, aún más, porque rompía los diques del derecho interno de aquel país, dictando, por encima de la constitución política de aquel pueblo, las órdenes de su voluntad soberana. Por muy preparada que estuviese la opinión pública, la Nota austriaca de 23 de Julio sorprendió a todos; sólo Alemania quedó tranquila, conocedora, como por propia confesión sabemos, de los acontecimientos que se iban a desarrollar.

La Nota del Gobierno imperial y real de Austria al real de Servia exigió en el término de cuarenta y ocho horas una contestación aceptando las siguientes trascendentales medidas: 1ª Suprimir toda publicación que excite al odio o al desprecio de la monarquía austrohúngara y cuya tendencia general va dirigida contra su integridad nacional. 2ª Disolver inmediatamente la asociación *Narodna Odbrana* y toda otra de igual tendencia patriótica, e impedir que pueda continuar con otros nombres y formas. 3ª Eliminar inmediatamente de la

Instrucción Pública todo aquello, hombres y textos, que sirva o pudiera servir a fomentar la propaganda en contra de Austria-Hungría. 4ª Separar del servicio militar y de la administración en general a todos los oficiales y funcionarios culpables de propaganda adversa, y de los cuales se reservaba comunicar los nombres y los hechos, el propio Gobierno reclamante. 5ª *Aceptar la colaboración en Servia de los organismos del Gobierno Austro-Húngaro, para la supresión del movimiento subversivo dirigido contra la integridad de su territorio.* 6ª Abrir una investigación judicial contra los copartícipes del complot que dió como consecuencia el asesinato del príncipe heredero, *en cuya investigación tomarían parte delegados del Gobierno Austro-Húngaro.* 7ª Reducir urgentemente a prisión al Commandante Voijac Tankositch y a Milán Ciganovitch, empleados servios encontrados comprometidos por los resultados de la instrucción seguida, en territorio de la Monarquía Austro-Húngara, contra los autores del delito de Serajevo. 8ª Impedir con eficaces medidas el concurso de las autoridades servias en el tráfico ilícito de armas y explosivos al través de la frontera; y dejar cesantes y castigar severamente a los funcionarios del servicio de la frontera de Schabatz y Loznica, culpables de haber ayudado a los autores del crimen de Serajevo, facilitándoles el paso de la misma. 9ª Dar al Gobierno imperial y real explicaciones sobre la actitud injustificable de altos funcionarios servios que, en Servia y en el extranjero, a pesar de su posición oficial no han dudado, después del crimen de Serajevo, en expresarse públicamente de manera hostil a la monarquía Austro-Húngara. 10ª Dar cuenta sin retraso del cumplimiento de las anteriores medidas.[1]

Estas precisas exigencias, están precedidas por manifestaciones de un orden general. El Gobierno imperial y real acusa al de Servia de tolerancia culpable, y declara que éste fué la causa del crimen de Serajevo, y

[1] Memoria y documentos relacionados con la guerra entre Alemania y Rusia. Publicación oficial alemana; p. 22 y siguientes. Y Libro Blanco Inglés, Doc. núm. 4.

exige que en la primera plana de la Gaceta Oficial se publique una declaración, cuyas palabras indica, en la que se consigna no solamente la condenación de las aspiraciones pan-servias, sino que se confiesa la participación de funcionarios del Estado en los actos dirigidos contra Austria-Hungría.

Esta Nota fué remitida a Servia por conducto del Ministro residente en Belgrado, y al día siguiente se ordenó fuese comunicada a los otros Gobiernos, con aclaraciones sobre las razones que tuvo la Monarquía dual para proceder de manera semejante. Ella consiste en la acusación que se formula contra el Gobierno servio de haber faltado a la obligación que se impuso con la declaración de 31 de Marzo de 1909, cuando reconoció los derechos de Austria-Hungría sobre la Bosnia-Herzegovina, y se comprometió a mantener relaciones de buena vecindad cambiando la política de protesta y de oposición mantenida hasta entonces. Se habla de los ataques del periodismo servio, del espíritu conspirador y sanguinario de los políticos de aquel país, y, naturalmente, de la benevolencia y longanimidad del Gobierno imperial y real. Termina esta Nota a las Potencias manifestando que Austria-Hungría está convencida de que la medida adoptada se halla en pleno acuerdo con los sentimientos de todas las naciones civilizadas, y ofrece para su estudio toda la documentación probatoria de la conspriración servia y de las relaciones de esta conspiración con el crimen de 28 de Junio en que pereció el príncipe herdero de la Corona.

Cuál pudo ser la impresión de la Nota en Servia y en las distintas Cancillerías, especialmente en la rusa, a la cual se envió con intencionada demora, es fácil suponerse. Dejando a un lado las buenas palabras y el sentimiento de dolor que inspiran las víctimas, y aun condenando la actitud ambiciosa de Servia, es lo cierto que la Nota austriaca barrena todos los derechos de un Estado independiente, y tiene toda la forma dura de una provocación. Los límites del derecho internacional se olvidan por completo. Más lógico, más expli-

cable hubiera parecido una intervención armada a fin de vengar una ofensa o poner coto a un estado de cosas que produce daño. Las relaciones internacionales, sin duda por desgracia de la Humanidad, no están reguladas por el fiel de la famosa balanza, pero aun la violencia tiene sus límites. Es cierto que en los últimos años se ha asistido a la formación de imperios coloniales conquistados en forma pirática, pero no es menos cierto que en esos casos el pretexto ha sido puramente de orden internacional, pues a las conveniencias de un determinado país precisaba la ocupación de un territorio, y el acto se realizaba. Hecho deplorable ciertamente, pero que se mantiene admitido en el campo de los intereses internacionales. No así en este presente caso en que se viola el derecho interno de un Estado constitucional con la añadidura de que el hecho acontece en Europa. Con mucha exactitud podía exclamar Sir Edward Grey, en la Nota telegráfica que enviaba a Sir M. de Bunsen, embajador inglés en Viena, el mismo día 24 de Julio: "Yo no he visto nunca antes de ahora un Estado dirigir a otro Estado independiente, un documento de un carácter tan formidable".[1]

Austria pretendía ejercer actos de gobierno en Servia, aunque limitados a forma y tiempo determinados; pretendía concurrir a la administración de justicia, y, virtualmente, condenar ella directamente. Esto destruye la soberanía de un Estado.

La impresión en Servia fué enorme a la llegada de la extraña Nota, y, desde los primeros momentos, aquel Gobierno supo lo que significaba, al punto que preparó el traslado de la capital, desde Belgrado, demasiado comprometida, a Nisch. El primer Ministro, Paskitch, volvió precipitadamente de su viaje electoral, y la Nota austriaca recibió una contestación tranquila, serena, ajustada al derecho de gentes, muy conciliadora y bastante sumisa.

El Gobierno real de Servia empieza por declarar, en

[1] Libro Blanco Inglés. "Correspondence respecting the European Crisis," p. 9.

su Nota, que ha cumplido su declaración de 1909, que las protestas de otros tiempos no se han renovado y que ha hecho grandes sacrificios abandonando legítimas aspiraciones para el mantenimiento de la paz europea; acepta en su totalidad la declaración que en la Gaceta Oficial exige el Gobierno imperial y real de Austria-Hungría sea publicada por el de Servia, pero desea añadir en la parte en que se consigna que es de lamentar que oficiales y funcionarios servios hayan cooperado a la propaganda contra la Monarquía dual, las palabras "según comunicación del Gobierno imperial y real de Austria-Hungría"; y fundamentalmente se declara pronto a cumplir todos los puntos enumerados en la Nota austriaca, exigiendo determinadas pruebas en casos específicos; pero no acepta el número quinto de las pretensiones que se refiere a la investigación judicial por parte de funcionarios de aquel Gobierno. A este propósito, en forma sumisa, la Nota de Servia dice: "El Real Gobierno declara que no se da cuenta exacta del sentido y alcance de esa exigencia del Gobierno Imperial y Real, según la cual el Real Gobierno servio debe comprometerse a admitir que en sus dominios intervengan funcionarios del Gobierno Imperial y Real, pero declara que estaría dispuesto a aceptar toda cooperación que respondiera a los principios del derecho internacional y del procedimiento penal, como también a las relaciones de buena vecindad".[1]

Servia evidentemente quiso evitar la guerra; todo el documento está inspirado en este deseo, y si el tono del cuerpo del mismo no lo indicase así, el final es de ello prueba irrefutable, pues, para impedir que a la Nota se le diese la importancia de un ultimatum y que, por consiguiente, de no satisfacerse al Gobierno de la Monarquía dual, se plantease el *casus belli,* se termina con la siguiente proposición: "El Real Gobierno servio cree que hay interés general en no precipitar la solu-

[1] Memoria y documentos relacionados con la guerra entre Alemania y Rusia. Publicación oficial alemana; p. 26 y siguientes. Y Libro Blanco Inglés. Doc. núm. 39.

ción de este asunto; por eso, en caso que el Gobierno imperial y real no se diera por satisfecho con esta contestación, siempre estará dispuesto a aceptar una solución pacífica, ya sea encomendando la decisión de esta cuestión al Tribunal Internacional de La Haya, ya sea encomendándola a las Grandes Potencias que han cooperado a la redacción de la explicación dada por el Gobierno servio el día 18-31 de Marzo 1909".

En momentos normales, el gobierno más exigente hubiera quedado satisfecho, pero el Gabinete de Ballplatz no se hallaba con la amplitud de espíritu para resolver con tranquilidad o con independencia el camino que debía seguir; no conocemos aún hoy las causas poderosas que lo llevaron por un camino de violencia preestablecido, del cual la Nota de 23 de Julio no fué sino una etapa. Sólo podemos anotar que pocos días después Alemania sigue el mismo procedimiento en cuanto a Rusia, y con la misma violencia le declara la guerra.

El ministro de Austria-Hungría cerca de la Corte de Belgrado se retiró y las relaciones diplomáticas quedaron rotas, lo cual, si bien no constituía un estado de guerra de por sí, como sin embargo lo hubo de entender el Japón en 1904 en análoga ocasión, era el más seguro anuncio de una guerra próxima. Y en efecto el Danubio se tiñe de sangre a los pocos días.

La Nota austriaca y su actitud consiguiente fué interpretada en toda su gravedad por los pueblos y las Cancillerías. El pretexto para una guerra europea, al fin, se había encontrado; muchas veces había sido provocada la contienda, muchas otras había sido evitada; siempre el recíproco temor o el deseo de una mejor preparación, alentado por cada una de las partes, había cambiado el curso de los acontecimientos.

En la actitud de Austria-Hungría hay que hacer notar dos extremos: 1º que consultara la Nota de 23 de Julio con su aliada Alemania, y 2º que no le diera ni siquiera noticia de la misma a su otra aliada, Italia. El hecho es sintomático porque, una de las dos cosas: o el Gobierno de Ballplatz creyó desde el primer momento

que el conflicto era de orden general y apercibió, desde aquellos instantes, la gravedad del mismo, y entonces debía, por lo menos, prevenir a todas las naciones que luego hubieran debido correr en su auxilio y batirse en la mortífera y peligrosa lucha por ella inciada, o entendió que se trataba de una cuestión diplomática entre dos naciones, o a lo más, de un *casus belli* circunscripto, y en este caso, la consulta a Alemania era completamente innecesaria. En realidad, el procedimiento fué sospechoso, y lo parece aún más cuando se piensa que en el Libro Blanco alemán sobre la guerra, se confiesa ingénuamente que Alemania se sentía amenazada con la actitud eslava, temía que se debilitara a Austria-Hungría, y veía con preocupación que se abriera una brecha a la Triple Alianza por aquel lado. Alemania da a entender claramente que la actitud de Austria no solamente fué dictada en interés de la Monarquía dual, sino también en su propio interés, y realmente le faltó poco para confesar que la actitud violenta asumida fué por ella indicada.

Como ya hemos dicho, en Servia se comprendió que Austria quería, o la guerra, o la hegemonía absoluta sobre ella. Por esto al propio tiempo que contestaba, dando las mayores explicaciones y queriendo adaptar las pretensiones austro-húngaras a las exigencias de su derecho interno—lo cual significaba también demorar los acontecimientos—se preparaba para encontrar defensa en el propio esfuerzo y en el ajeno.

La movilización fué decretada a toda prisa, los archivos y las oficinas públicas trasladadas, la Suptchina convocada a Nich. Paskitch, llegado a Belgrado, al mismo tiempo que se prepara a contestar a Austria, se dirige a las Potencias rogándoles defiendan la independencia de Servia, y declara que "si la guerra es inevitable ellos harán la guerra".[1] Y su alteza real, el Príncipe Regente de Servia, se dirige al Emperador de Rusia dán-

[1] Libro Naranjado Ruso: Comunicación del "Chargé d'Affaires" de Rusia en Belgrado al Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia. Doc. núm. 1.

dole cuenta de la actitud austriaca, de las disposiciones de Servia, y le pide auxilio: "Nosotros podemos ser atacados después de la expiración del plazo concedido, por el ejército austro-húngaro que se encuentra sobre nuestra frontera. Nos es imposible defendernos y suplicamos a Vuestra Majestad nos conceda su ayuda lo más pronto posible. La benevolencia de Vuestra Majestad, que se ha manifestado tantas veces a nuestro favor, nos da firme esperanza que esta vez también nuestro llamamiento será oído por el generoso corazón eslavo. En estos difíciles momentos yo interpreto los sentimientos del pueblo servio que suplica a Vuestra Majestad se interese por la suerte del Reino de Servio".[1]

Este pueblo trágico presentía la guerra y con el recuerdo de seculares dominaciones, entreveía una más, quizás definitiva. Un nuevo Kossovo, en cuya batalla la fortuna no acompañó al valor, que lo mantuvo por cinco siglos bajo la dominación otomana, podría dejarlo por otros tantos o más, bajo la de Austria. La obra de reconstitución nacional que había costado tantas lamentaciones de bardos y tanta sangre de guerreros, que había visto las mejores sonrisas y había hecho nacer las más risueñas esperanzas, estaba a punto de derrumbarse. Los dramas de la Corte que tuvieron una finalidad nacional, habían sido inútiles; la última reconquista del reino por parte de los Karageorgevitch, a punto de ser anulada; las victorias del General Putnic, infructuosas; la independencia económica y financiera obtenido con sacrificios enormes frente a la absorbente Austria, efímera; la Liga balcánica, producto del esfuerzo de Paskitch, sueño más que realidad. Todo caía en un solo momento, por un acontecimiento imprevisto, inexplicable. ¡Tantas veces había estado el pequeño reino jugando partidas atrevidas sin correr este riesgo!

La última esperanza no podía buscarla exclusivamente en su propio esfuerzo, como otras veces lo había hecho,

[1] Libro Naranjado Ruso: Telegrama de 24 de Julio de Su Alteza Real el Príncipe Regente de Servia á su Majestad el Emperador. Documento núm. 6.

en los tiempos de Duscian, el héroe antiguo, o en los más recientes de Milos, el héroe moderno. Hoy, Rusia primero, y Europa después, podían solamente salvarla; y el cañón definitivamente decidiría si a Servia fueron útiles los Obrenovich o los Karageorgevitch, los unos apoyándose en Austria, los otros acudiendo a Rusia.

CAPÍTULO XIV

LA OPINION PUBLICA ANTE BELLUM

La opinión europea vió claro, desde los primeros momentos, que el incidente de Servia iba a traer graves consecuencias. La prensa de los distintos países tomó puntos de vista en armonía con los intereses de su nación, y seguramente los respectivos ministros hicieron circular *le mot d'ordre* a los órganos de la opinión. En Francia se asumió ese tono de gravedad de que los franceses gustan mucho, pero en el cual no se mantienen largo tiempo. *Le Temps,* que el 23 y el 24 de Julio se ocupaba tranquilamente de la crisis inglesa por la resistencia de Ulster al *Home Rule* de Irlanda y del proceso de la señora Caillaux, ya en el número del 25, que sale el día anterior por la tarde, trata de la amenaza austrohúngara, y desde los primeros momentos declara que de las diez condiciones hay una que no podría ser admitida sin que Servia destruyera su independencia: la que se refiere a la intervención de Austria en las funciones judiciales de Servia. Y con mejor orientación, en los números del 27 y del 28, atribuye a Alemania todas las consecuencias de una situación difícil, todas las culpas de un estado de guerra, pues que con una sola palabra al oído de los hombres de Ballplatz lo puede evitar.[1] *Le Matin,* a pesar de su extenso servicio de información, desconoce hasta el día 24, no ya las intenciones austria-

[1] *Le Temps* del 27 de Julio: "¿L'Allemagne veut-elle la guerre?" Número del 28: "Du role de l'Allemagne."

cas, sino el mismo estado de nerviosidad precursor de la tempestad, y sólo el día 25 despierta haciéndose eco de la opinión europea, y haciendo notar la baja repentina de los valores en las Bolsas, especialmente de la deuda del Estado francés al tres por ciento, que llegó a un límite mínimum no alcanzado desde treinta y cinco años. Al día siguiente el mismo periódico consigna la noticia, en el artículo de fondo, que el Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Von Jagow, y el Embajador alemán en París, señor de Schoen, han declarado solemnemente que la Nota austriaca no fué consultada con el Gabinete de Berlín. *Le Fígaro,* tan empeñado en aquel momento en el proceso de Madame Caillaux, hace un alto y llama la Francia a la unión, en previsión de la guerra. *Le Gaulois,* periódico reaccionario, exclama: "Sobre las orillas del Sena y en toda la Francia hay un sentimiento idéntico, el de las responsabili-
acontecimientos cualesquiera que ellos sean". Y asi-
dades nacionales, que sabrá estar a la altura de los
mismo toda aquella prensa que tiene una indiscutible importancia política, si bien goza de poca circulación, concurre con su voz al coro general. Así *Le Rappel, Le Radical, La Lanterne.* Sólo entre estos, Jaurès, desde *L'Humanité,* rompe la opinión común de los escritores franceses. Igualmente siguen el coro general los periódicos de gran circulación. *Le Petit Journal* recuerda otra fecha histórica en que Austria con igual violencia provocó otra guerra: "En 1859 el Gabinete de Viena se hallaba frente al Piamonte en la misma situación en que hoy se encuentra frente a Servia, y de la cual pretendió salir por los mismos medios. Después de haber roto con él las relaciones diplomáticas (22 de Marzo 1858) concluyó con enviar a Turín (21 de Abril 1859) una orden perentoria de desarme dentro de tres días, invocando *la longanimidad sin ejemplo de la cual había dado prueba desde tres años en presencia de repetidas provocaciones.* Es la misma actitud exactamente y casi el mismo lenguaje adoptado hoy. Estos procedimientos dieron al traste con las esperanzas que los habían hecho

nacer. Levantaron en Europa una reprobación casi universal. Cavour rechazó el ultimatum en nombre de la dignidad nacional. Napoleón III no dudó más en dejarse llevar a la lucha. Encontrando una gran potencia al lado del adversario que calculaba aplastar, Austria fué vencida en lugar de triunfar y perdió dos provincias.''

El recuerdo histórico tan exacto, no olvidado por el periódico francés, no quedaba, sin duda, en la memoria de los hombres de Estado austriacos, y menos permanecía la dolorosa enseñanza.

En Rusia la impresión pública fué todavía mayor. Los disturbios internos terminaron como por encanto. Y los periódicos, como todos, entendieron que el tiro dirigido a Servia hacía blanco en pleno pecho ruso. En seguida hubo manifestaciones públicas de hostilidad a Austria, que fué preciso reprimir. *La Novoie Wremia,* el periódico oficioso, exclama: ''El Gobierno ruso comprende claramente que el ultimatum está dirigido propiamente a Rusia, y Rusia contestará no solamente con palabras sino con los actos necesarios. Servia no quedara aislada. Si Austria no retira su ultimatum, Rusia no quedará testigo mudo de las violencias cometidas. . . . Nosotros queremos la paz, pero si se nos impone la guerra, la Rusia oficial como todo el pueblo ruso, tomarán parte en ella''. Y al siguiente día el mismo periódico afirma, coincidiendo con la opinïón de la prensa francesa, que la paz está en las manos del Gobierno alemán, que puede mantenerla fácilmente. La *Gaceta de la Bolsa* de San Petersburgo declara que la Rusia de 1914 no es la de 1908. El recuerdo viene muy a propósito, porque el mismo sistema seguido por Austria dejó en 1908 humillada a Rusia y vencida sin haber combatido. Probablemente la misma Austria, y más que Austria, Alemania, conocían que Rusia no era ya la de 1908, pero preferían la Rusia de 1914 a la de 1918. El *Correo de San Petersburgo* va un poco más lejos para excitar el ánimo de sus lectores: ''El ultimatum austro-húngaro prueba que Austria desea la

guerra con Rusia o que no la considera ya una gran potencia". Y en otro número el mismo periódico añade que "la única contestación digna de Rusia es la movilización de los cuerpos de ejército de la frontera austriaca".

No menos agitados que la prensa aparecen los hombres de Estado, los funcionarios todos; y la misma impresión del gran público alcanza a todas las clases sociales. El golpe austriaco va directamente contra Rusia, y la creencia general es que lo que se desea es la guerra o la humillación de Rusia. El mismo día 24 se celebró Consejo de Ministros en el que Sazonoff, ministro de Relaciones Exteriores, dió cuenta de lo acontecido, y el Ministro de la Guerra, General Suchomlinoff, expuso la situación del ejército. La guerra, en Rusia, fué considerada necesaria desde los primeros momentos.

En cambio, de las naciones de la *Triple Entente,* Inglaterra recibió la noticia con menor excitación, más en armonía con su propio carácter. Los que en la hora actual acusan, una vez más, a la "pérfida Albión", de haber querido la guerra en el preciso momento en que vino, después de haber preparado las alianzas, no examinan la tranquilidad de espíritu que animó desde los primeros momentos el público, la prensa y los hombres del Gobierno ingleses. *The Times,* aun haciendo notar el lenguaje usado por Austria-Hungría, manifiesta que la forma es cortés, si bien firme, y juzgando el momento difícil, exclama: "Todos los que aman el mantenimiento de la paz deben esperar ardientemente que Austria-Hungría no ha dicho la última palabra en la Nota dirigida a Servia, y a la cual pide una contestación esta noche". Y el *Morning Post,* desde el primer momento, desea dar a conocer la importancia del conflicto frente a la apatía general, que desentonaba en el coro mundial de preocupación general: "Es indispensable que el pueblo inglés comprenda que la situación es grave en Europa, que a cada momento puede estallar la guerra y que nadie puede decir si ella se podrá localizar. Hay aquí una tendencia a considerar que la suerte de los

Estados Balcánicos no tiene interés para este país. . . . ¿Inglaterra puede contemplar todas las cuestiones europeas con indiferencia y negarse a tomar responsabilidad alguna, o debe ella decidirse a desempeñar la parte que la Historia le ha reservado? Este es el problema que planteamos sin indicar la contestación. . . .'' Los otros periódicos se mantienen en la misma tendencia, que es la que asume el Foreign-Office desde el primer momento, y que con la mejor intención y con la mayor prudencia desenvuelve, como veremos, Sir Edward Grey. Es muy cierto que el sagaz ministro formaba parte de aquellos que creían, como lo decía el *Morning Post,* que los asuntos balcánicos no intresaban a Inglaterra.

En los países de la Triple Alianza, la opinión no es menos agresiva, aunque en otro sentido, con excepción de Italia. Esta nación empieza a tener sus dudas desde el primer momento. Como el Gobierno tiene perplejidades frente a un conflicto que no había previsto, asimismo le acontece a la opinión pública. Algunos periódicos, especialmente los más conservadores y los clericales, como *Il Corriere d'Italia* y el *Popolo Romano,* encuentran que Austria tiene gran parte de razón, que realmente la tendencia servia constituye una continuada ofensa a los lazos de buena vecindad; otros como el *Messagero,* la *Vittoria,* la *Tribuna,* liberales o nacionalistas, consideran excesiva la Nota austriaca. Hay que hacer notar que Italia estaba prevenida en contra de Servia, cuyas exageradas pretensiones de expansión amenazaban sus intereses adriáticos. El Adriático ha sido considerado en aquella nación como un lago propio, especialmente cuando Austria no podía tener aspiraciones de potencia naval; en siglos de mayor gloria fué campo de acción más directo de la República veneciana, en cuyo antiguo esplendor marítimo sueña el renacimiento nacional italiano. Por otra parte, en un campo menos sentimental, la cercanía de la costa opuesta constituye un peligro real, e Italia no puede ver con buenos ojos que Servia pretenda bulliciosamente ensanchar sus confines, especialmente por el lado occidental que la lleva

al mar, pretensión que ya tuvo como consecuencia de sus victorias sobre Turquía y Bulgaria, y que junto con Austria, Italia, desplegando contra ella toda su acción diplomática, evitó que se viese realizada.

Pero en Berlín y Viena la opinión pública fué casi unánime a favor de la actitud asumida por el Gabinete de Ballplatz. En Viena tal parecía que la Nota había servido para dar una satisfacción al ansioso público; y en Berlín se vió, desde aquel primer momento, que la actitud austriaca servía a sus planes. El coro de alegría de la prensa, la voz iracunda de algunos de sus órganos pregonando la guerra o la humillación, con vigoroso espíritu teutónico, tuvo al principio alguna disonancia, pero muy pronto, a medida que los acontecimientos avanzaban, hubo una uniforme *communis opinio,* sin duda bajo la influencia y debido al consejo del Wilhelmstrasse y del Ballplatz.

La *Neues Wiener Tageblatt* pone el dilema: "O la Servia consentirá de buen grado [*sic*] a renunciar a sus ensueños y a la táctica con la cual persigue su realización, o la obligaremos a ello. Nosotros estamos decididos a conservar la integridad de lo que poseemos y a no dejarnos separar del mar por la ambición de un pequeño vecino. Si Austria no obliga a la idea pan-servia a abdicar, tendrá ella misma que abdicar".

El *Fremdenblatt,* periódico que refleja en un todo la opinión gubernamental, va más lejos que la *Neues Wiener Tageblatt,* y quita todo dilema para dejar solo una de sus partes: la guerra. "La guerra es una palabra dura y que uno se decide difícilmente a pronunciar cuando siente su responsabilidad, pero esta vez era indispensablemente necesaria. . . . No sabemos si al último momento, cuando nuestros soldados se preparen a pasar la frontera, nuestro vecino sea más razonable. La guerra no existe todavía, pero nosotros nos preparamos para ella. Estamos en un punto en que no puede haber mediación, ni arbitraje. No se trata de llevar a nuestros mortales enemigos ante un Tribunal de Justicia, sino de convencerlos ante el Tribunal de la Historian

que ellos no tienen razón, y que no es al ideal panservio sino a nuestra monarquía que pertenece el porvenir, que no es él el más fuerte, sino el vigor que mantiene unida desde siglos a Austria-Hungría''.

Las palabras del *Fremdenblatt* son virtualmente las que pronuncia en Budapest el Conde Tisza, Presidente del Consejo de Ministros de Hungría, Gabinete este que no tiene la responsabilidad de los negocios extranjeros, desde la tribuna de la Cámara: ''Nadie nos puede dirigir el reproche de buscar la guerra. Yo puedo decir más aún, que nosotros hemos ido hasta los extremos límites de la paciencia (vivas aprobaciones); convencidos que nuestra acción es exigida por los intereses vitales de la nación húngara, soportaremos por ello, todas las consecuencias. (Ruidosos aplausos en todos los bancos)''. El Conde Andrassy, jefe de la oposición, olvidando diferencias de principios y hasta rencores, tan abundantes en la bulliciosa política húngara, se asocia al criterio de que la actitud de Servia es intolerable y llama a los húngaros a la concordia para cumplir con su deber.[1] La Cámara, como en idénticas situaciones críticas en que las resoluciones se dejan al Ejecutivo, suspende sus sesiones.

Sólo el *Arbeiter Zeitung*, órgano socialista, en su número de 24 de Julio, manifiesta que se quiere abusar de un débil vecino obligándolo a rebelarse contra injustas exigencias para luego echar sobre sus hombros todas las responsabilidades de una guerra.

Como consecuencia de la propaganda de los periódicos y de la preparación militar surge la agitación de la plaza. En Viena se empieza gritando ''Abajo Servia'' y se termina con ''Abajo Rusia'', términos correlativos en el sutil instinto de las masas populares, y se va a aplaudir frente a la Embajada alemana y a cantar la *Wacht am Rhein* y otros himnos. El olfato popular se revela también en este segundo acto comprendiendo que había llegado el tiempo en que debíase demostrar

[1] Sesión de 24 de Julio de 1914, de la Cámara de diputados de Hungría.

las grandes pretensiones de los famosos cantos germanos.

En Berlín, en los primeros momentos, la prensa no tiene una orientación fija, pero pasada la primera impresión, la encuentra fácilmente. La *Gaceta de Voss,* periódico liberal y de gran importancia, el mismo día 24, al tener conocimiento de la Nota austriaca, se ve obligado a comentar: "No se puede negar que cada párrafo de esta Nota es un atentado a los derechos soberanos del Estado servio. Nosotros creemos inverosímil que Servia se doblegue a tales condiciones". Pero al día siguiente, sobre la noticia de que Rusia pedía una prolongación del tiempo fijado para aconsejar a Servia la aceptación de gran parte de los extremos de la Nota, hecho que en circunstancias normales no debía ser considerado como una exageración, singularmente por quien entendía que estaban fuera del derecho internacional las pretensiones austriacas, así se expresa: "El día de ayer nos ha traído la más grave de las noticias. Rusia pide a Austria retroceder de un paso. Austria no puede aceptar una condición que permitiría a Servia parapetarse, de alguna manera, detrás de una muralla diplomática".

No puede haber contradicción más evidente. Pero en seguida callan el *Post* y la *Gaceta de Rhin y de Westphalia,* para dejar paso a otros periódicos de opinión muy definida y para que tome la situación en sus manos el partido militar, tan fuerte en Berlín, apoyado formidablemente por todo el ejército, y cuyo primer miembro es, nada menos, el heredero del trono. Si el *Post* dice, creyendo lo que era opinión general desde el primer momento, que a Alemania no se le había consultado previamente la Nota enviada, que "cuando no se piden consejos a los aliados en asuntos tan graves no hay derecho a esperar su ayuda", inmediatamente la *Berliner Lokal Anzeiger,* periódico oficioso, contesta que "el pueblo alemán se siente aliviado viendo que, al fin, la situación en los Balcanes se va aclarando", y que este mismo pueblo "felicita a su aliada por la varonil

decisión tomada y le dará pruebas de su fidelidad y de su simpatía en el curso de las horas graves que probablemente tendrá que atravesar''. Idénticamente se expresa el popular *Berliner Tageblatt*: ''Lo Nota austrohúngara no deja lugar a negociaciones diplomáticas. A pesar del deseo de todo el mundo civilizado de mantener la paz, hay que reconocer que Austria no podía proceder de distinta manera. *Ella puede contar con el apoyo de sus aliados''.* La *Gaceta de la Cruz,* periódico ultra-conservador, con mayor precisión le indica a Austria que Alemania combatirá a su lado: ''El pueblo alemán está pronto a cumplir los deberes a que le obliga la alianza. Es bueno que se sepa en el extranjero que el pueblo alemán no vacilará un solo instante en marchar espalda con espalda con su aliado austriaco''. Y la *Ultimas Noticias de Berlín,* tomando ya el asunto por su propia cuenta, descartando la cuestión de la aliada, sale con la siguiente filosófica observación, el día 25: ''Si debemos tener una guerra europea, es más ventajoso para nosotros que sea este año y no en 1917. En esa fecha Rusia habrá terminado su reforma militar y Francia habrá llenado las lagunas señaladas por el senador Humbert''. El periódico de la capital de la Confederación hace referencia a las críticas de este senador francés sobre la organización militar de su país; pero olvida que cuando ellas se hicieron la prensa alemana manifestó que se trataba sólo de un pretexto para aumentar los preparativos bélicos.

Más peligrosos para el pueblo eran los comunicados semioficiosos, ora procedentes de un alto funcionario militar, ya de algún alto empleado civil; más excitantes las noticias bursátiles; y bajo estas influencias las masas recorrían las calles al canto del himno que es toda una esperanza: *Deutschland über Alles,* y que, como tal esperanza, es más sentida que la más bella realidad.

Este estado de ánimo general preparaba la acción de la diplomacia. Rusia sobremanera irritada; Austria dispuesta a las peores consecuencias; Alemania preparada a defenderla y a hacer suya aquella causa; Francia

enardecida y preocupada; Italia sorprendida y deseosa de no ser arrastrada por conveniencias ajenas a tomar posiciones contrarias al interés nacional; Inglaterra con la esperanza de impedir el conflicto y con la seguridad de que si estallase, no podría mantenerse en aquel estado de *splendid isolation,* del cual había salido consciente y voluntariamente; sólo un gran esfuerzo colectivo, sólo la buena voluntad de todos hubiera impedido la guerra, ya difícil de evitar después de la Nota austriaca. Pero la buena voluntad únicamente existía en los menos interesados en la lucha entre germanos y eslavos.

CAPÍTULO XV

EL TRABAJO DE LAS CANCILLERIAS

La opinión pública manejada por la prensa era, a su vez, producto de las combinaciones de las cancillerías, que cada una tenía su punto de vista estudiado y su procedimiento bien trazado. La situación política interna de los distintos países era muy peculiar al estallar el conflicto. Sólo Austria y Alemania se hallaban sin problemas difíciles que resolver. En Inglaterra la cuestión de Irlanda asumía proporciones cada vez más alarmantes, fracasando precisamente en aquellos días el último esfuerzo hecho para llegar a una solución mediante la convocatoria de la Conferencia de los *leaders* de los Partidos.[1] La lucha de Ulster iba a empezar con mayor violencia sin que pudieran medirse sus consecuencias.

En Francia el proceso Caillaux, en pleno desarrollo el juicio oral, agitaba los espíritus al punto que no pocos creían en un retorno de períodos tan difíciles como los de la revisión del proceso Dreyfus y del bulangismo. La sentimentalidad francesa ha dado innumerables pruebas en la Historia de que pequeñas causas, apoderán-

[1] *The Times,* del 25 de Julio de 1914.

dose del espíritu público, han producido grandes efectos.

En Rusia, como lo indicaba un periódico alemán [1], se entraba en un nuevo estado de huelgas, que hacía prever la vuelta de las peligrosas agitaciones de 1905, que tuvieron una forma completamente revolucionaria ensangrentando las calles de las grandes ciudades del imperio. Y en Italia no solamente no se habían curado las llagas de un violento movimiento obrero que tuvo por teatro principal la rebelde Romaña, sino que se preparaba una nueva huelga de los empleados de los ferrocarriles que ya habían sostenido algunas, a breve distancia, con la consiguiente paralización de la vida comercial del reino. Un escritor de gran seriedad científica como lo es el señor Paul Leroy-Beaulieu, acusa a Alemania de haber buscado estas condiciones favorables del momento: "Habían, en Rusia, estallado algunos desórdenes que, como siempre, fueron exagerados en el extranjero; la Gran Bretaña se hallaba en circunstancias difíciles a causa del antagonismo existente en Irlanda, entre una provincia en mayoría protestante y las otras tres provincias en mayoría católicas; en Francia, la mayoría muy débil por cierto, constituída en el Palacio Borbón (Cámara de diputados) por la unión de los socialistas y radicales-socialistas unificados, había aparecido a los ojos de los extranjeros, poco al corriente de nuestra política, más que a los observadores serios franceses, indicar una disminución de las tendencias militares y del espíritu de sacrificio; por otra parte, las declaraciones del señor Humbert en el Senado, sobre supuestas deficiencias de nuestro armamento y de nuestra preparación general para la guerra, eran interpretadas en el extranjero con visible exageración, como indicios seguros de la debilidad de nuestro ejército; este conjunto de hechos pareció proporcionar a la Prusia, al acecho desde hace mucho tiempo, la ocasión ardientemente deseada". [2]

[1] "Ultimas Noticias de Berlín," del 25 de Julio de 1914.

[2] *L'Economiste Français,* año 42, vol. 2°, núm. 32, del 3 de Agosto de 1914. "La Guerre," p. 201.

Fuera de estas perturbaciones había además un estado de cosas poco propicio a una rápida aventura guerrera: el Presidente de la República francesa, Sr. Raymond Poincaré, se encontraba, acompañado del Presidente del Consejo de ministros, Sr. Viviani, en Rusia, cantando himnos a la alianza de los dos pueblos; el Kaiser, en sus favoritas excursiones marítimas; los embajadores casi todos lejos de sus residencias, especialmente los ministros acreditados cerca de la Corte de Belgrado no estaban en sus puestos: el de Rusia se había muerto, el de Francia estaba enfermo.

Es difícil afirmar, con la imparcialidad debida, que Austria fuese inducida por todas estas favorables condiciones al golpe de mano contra Servia. Hasta el presente no conocemos la correspondencia que mantuvo esta nación con sus plenipotenciarios; sin duda con el tiempo podrá llegarse a conocer algo que dicho hoy sería aventurado.

No debe considerarse indicación segura el estado político interno, especialmente de las naciones de la *Triple Entente,* para deducir que Austria aprovechase esta ocasión, porque ya desde algunos años aquellas han venido sufriendo estas crisis en sus respectivos períodos de transformación, pues Inglaterra, antes de las dificultades del *Home Rule* había tenido la no menos grave de las medidas fiscales; Rusia, las agitaciones terroristas; Francia, la agitación anti-militarista, etc. etc.

Un punto previo, de la mayor importancia en el examen de la actuación diplomática de las actuales potencias beligerantes, es saber cómo fué consultada a Berlín la famosa Nota austriaca y hasta qué punto influyó el Gobierno de Berlín en la actuación austriaca. Hoy ya sabemos que la Nota fué conocida en Berlín y que el consejo dado fué favorable, por lo que se explica la actuación posterior de Alemania poco preocupada de los importantes acontecimientos que se avecinaban al punto de no querer actuar cerca del Gabinete de Ballplatz, en donde todo consejo de prudencia de la aliada, hubiera hallado eco favorable. No puede ponerse en

duda que en Berlín se conocía la actitud que Austria iba a asumir y las graves consecuencias de la misma, porque ésto ha sido paladinamente confesado por Alemania en el párrafo de la memoria oficial que ha publicado y que hemos reproducido más arriba. El consejo de proceder violentamente contra Servia fué dado conscientemente: "Al hacer esta declaración sabíamos perfectamente que una posible acción armada de Austria-Hungría contra Servia podía provocar hechos por parte de Rusia y envolvernos en una guerra".[1] No puede tampoco dudarse por los términos de la publicación oficial a la cual nos referimos, que la consulta fué hecha al Gobierno alemán y no al emperador Guillermo, y sólo debemos suponer que las manifestaciones[2] del Ministro de Relaciones Exteriores Von Jagow y del Embajador en París, Sr. de Schoen, afirmando, en los primeros momentos, que desconocían la Nota austriaca, fueron debidas a que no se quería dejar entender que se había preparado el incidente para provocar la guerra, y, por el contrario, dado el punto de vista sostenido luego, durante las breves negociaciones, hasta el primero de agosto, por la diplomacia alemana, se quería reducir la importancia de la cuestión planteada y localizar el conflicto a Austria y Servia. Mal se hubiera podido defender el criterio de la localización de la lucha si se hubiese sabido que Austria, consciente de la importancia del caso, lo había consultado previamente a su aliada; y mucho menos si en aquel primer momento se hubiese conocido la verdadera actitud del Imperio alemán y las proporciones que daba al conflicto, cuya importancia ha fijado después en las siguientes palabras oficiales:

"Si a Servia se le hubiese permitido por más tiempo el poner en peligro la subsistencia de la monarquía austro-húngara con la ayuda de Rusia y de Francia, la consecuencia habría sido el paulatino desmorona-

[1] Memoria y documentos relacionados con la guerra entre Alemania y Rusia. Publicación oficial, p. 5.

[2] *Le Matin,* del 26 de Julio de 1914.

miento de Austria, y la reducción de toda la raza eslava bajo el cetro de Rusia, lo que a su vez habría hecho insostenible la posición de la raza germánica en el centro de Europa.[1]

Idénticas razones debe suponerse que fueron las que indujeron al Embajador de Alemania, Príncipe Lichnowsky, en Londres, a declarar a Sir Edward Grey que el "Gobierno alemán no había sido informado del texto de la Nota austriaca",[2] aun cuando en este caso la falsa afirmación asume una importancia mayor, porque la manifestación tiene todo un carácter oficial de considerable importancia.

El Dr. E. J. Dillon afirma que el Kaiser tuvo en sus manos el borrador de la Nota y que, habiéndolo leído, hizo indicaciones acentuado su tono, lo cual fué aceptado por Austria.[3] Este conocido publicista que se hallaba en el Continente europeo durante la crisis, en representación del *Daily Telegraph,* y cuya seriedad informativa es conocida, asegura que ésto no es una suposición o una deducción, sino un conocimiento exacto del hecho, que él tiene.

La intervención alemana en la cuestión, aconsejando a Austria hasta el extremo de modificar su Nota, como lo indica la información del Dr. Dillon, de ser ésta exacta, o hasta el punto de considerar el asunto como cosa propia, como en publicación oficial lo afirma el Gobierno alemán, puede explicarse por el desequilibrio de las fuerzas del Oriente europeo, producto de la última guerra balcánica. Alemania había realizado grandes esfuerzos para atraerse a Turquía dentro de su esfera de influencia: toda la magnífica acción desplegada por Von Marshall durante largos años, toda la labor militar de tácticos alemanes, entre ellos Von der Goltz, había tenido por resultado la doble derrota turca en Africa

[1] Memoria y documentos relacionados con la guerra entre Alemania y Rusia. Publicación oficial, p. 5.

[2] Libro Naranjado Ruso. Doc. núm. 20.

[3] Dr. E. J. Dillon. "Causes of the European War," en *The Contemporary Review.* Septiembre, 1914, p. 319.

por Italia, en Europa por la Liga Balcánica. La compensación que Alemania había buscado en una *entente* con Turquía, a la creciente fuerza rusa, se estaba neutralizando por la disminución de la potencia turca, ya sólo con un pie en Europa, por el aumento del espíritu militar servio y por la poderosa influencia francesa en Grecia, que vencía los propios deseos del rey de esta Nación. La balanza europea se había inclinado hacia la *Triple Entente* con los resultados de las guerras últimas y era preciso levantar las suertes de la Triple Alianza, restablecer el equilibrio, cuando no la supremacía.

Alemania en materia diplomática no ha dado buena prueba en las tranquilas preparaciones y en la sutil ocupación de posiciones nuevas; ella en cambio es la nación de los grandes golpes, de las violentas amenazas, de los movimientos bruscos.

En la vida internacional como en la privada cada organismo ejerce su juego favorito.

Las relaciones del Ministro ruso en Belgrado con el Gabinete servio, desde el comienzo de la nueva monarquía, han sido de las más íntimas siempre, y, como hemos referido, según la afirmación de C. T. Dumba, ex ministro austriaco en aquél pais, parecía un virrey en Belgrado. Así no extrañará que el propio día 23 el Encargado de Negocios, señor Strandtman, que tenía la regencia de la Legación rusa, por la muerte del Ministro, comunicara a su Ministro de Relaciones Exteriores, que Patchou, Ministro de Hacienda de Servia, en ausencia de Pasekitch, que se hallaba en una *tournée* electoral, le había dado a conocer el contenido de la Nota austriaca recibida a las seis de aquella misma tarde y le manifestara la no aceptación por parte de Servia de las demandas de Austria y le pidiera la ayuda de Rusia.[1]

Servia había acertado esperando el apoyo de la gran nación eslava, pues así como las palabras del príncipe regente encontraron eco en el corazón del Zar, las de

[1] Libro Naranjado ruso. Documentos núms. 1 y 6.

Patchou hallaron favorable acogida en el ánimo de Sazonoff. Ya no era el caso de 1908-1909, en cuya fecha hubo de asistir Rusia a la humillación completa de Servia y a la ruina de su propio prestigio.

Sazonoff se dirige inmediatamente el Encargado de Negocios ruso en Viena, pues también en esta residencia faltaba el Embajador, debido a la estación, para solicitar una prolongación del período del ultimatum a fin de que las potencias, a las cuales fué comunicado, pudieran, si lo creyesen justo, aconsejar a Servia la aceptación de algunas de las demandas de Austria-Hungría.[1] Y esta petición la pone en conocimiento simultáneo de los gobiernos de Inglaterra,[2] Francia, Italia y Servia. Pero mientras se esfuerza en obtener una demora del ultimatum, no oculta la importancia del momento y su gravedad, pues reune el Consejo de Ministros y da a la publicidad un comunicado oficial para indicar la preocupación en alto grado del Gobierno Imperial y que el conflicto austro-servio no podía serle indiferente a Rusia.[3]

La demora, en el plazo de 48 horas concedido a Servia para contestar, pareció necesaria a otras naciones menos interesadas en el conflicto; necesaria demora si es que se quería llegar a una solución armónica. Es evidente que ni Rusia, ni las otras potencias, pretendían la extensión de las cuarenta y ocho horas con el simple deseo de que fuese satisfecha Austria, en todas sus demandas, unas horas más tarde; ni para que se le burlase por completo, y, en el mayor tiempo concedido, prepararse más fácilmente para la próxima guerra. No hay razones para suponer este segundo malicioso extremo, como sería poco avisado creer en el primero.

Lo que parece evidente por los hechos, y lógico en el campo de las ideas es que frente a la violencia del caso lo que todos deseaban era un mayor período de tiempo, más adecuado para estudiar la grave y fulminante si-

[1] Libro Naranjado ruso. Documento núm. 4.

[2] Libro Blanco Inglés. Documento núm. 13.

[3] *Le Temps* de 25 de Julio, 1914. Y Libro Naranjado ruso. Documento núm. 10.

tuación europea. Rusia, no quería la humillación de Servia, quizás la quería en menor grado del que pudiera aceptarla la misma Servia, porque si esta nación podía, a su propia disculpa, hacer notar la diferencia de los poderíos militares entre Austria y ella, esta razón no le era permitido presentarla a Rusia sin abdicar del puesto de gran potencia; Rusia no quería en lo absoluto la humillación servia que hubiera representado su propia humillación; pero Rusia, no puede dudarse de ésto, por todos los esfuerzos realizados, se hubiera alegrado de encontrar una vía de salida como le acontece a todo aquel que se ve comprometido inesperadamente, pues, aun el más provocador de los Estados, en esto parecido a los hombres, desea luchar en el momento escogido por él, y sobre todo en un momento por él previamente conocido.

A Sir Edward Grey se le presenta el problema en la misma forma que a Sazonoff, en cuanto se refiere a la solución de momento. Es más, Sir Edward Grey, aun antes de conocer la Nota de Austria a Servia, al saber del Conde Mensdorff, Embajador de Austria-Hungría en Londres, en fecha 23 de Julio, que iba a enviarse una Nota por su Gobierno al de Servia, en cuya Nota se daba un límite de 48 horas para contestar, hace reflexiones sobre el hecho de parecer tal cosa un ultimatum.[1] Es evidente que la lógica de las cosas y los antecedentes políticos eran contrarios a un ultimatum de tal género, pues si Austria había creído necesario enviar copia de la Nota a otras Potencias, si la declaración servia de 1909 se había obtenido por la mediación de las potencias, y estas habían siempre intervenido en todos los asuntos balcánicos, constituyendo sobre aquellos Estados un protectorado colectivo, era justo que las respectivas cancillerías, que recibiesen copia de la Nota, tuviesen tiempo de estudiarla para contestar y sobre todo para actuar. Añádase que con marcado interés y poca buena forma, Austria hace llegar a San Petersburgo el texto de la

[1] Libro Blanco Inglés. "Correspondence respecting the European Crisis." Documento núm. 2.

Nota con gran demora, dejando así a este Gobierno, no cuarenta y ocho, sino treinta y una horas para su acción.[1] Y aun puede decirse más, mientras a Inglaterra, por el Embajador alemán y por el austriaco, se le deja comprender la gravedad de la situación, siempre en la esperanza, que en Alemania, como luego veremos, llegó a los mayores límites de seguridad, de que aquélla no tomaría parte en el posible conflicto europeo, a Rusia, en cambio, se le mantiene en el más oscuro misterio, cuando conocido era de todos el interés que el imperio moscovita tomaba en los asuntos servios, todos los antiguos lazos de raza y todos los nuevos creados por la monarquía de los Karageorgevich.

Sir Edward Grey, después de insistir en la demora presentó el problema de manera que se hubiera podido llegar a una solución, a saber, propuso la mediación de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, para resolver los puntos inherentes al mismo.[2] Pero inmediatamente Alemania, a la petición de mediación, contestó planteando la cuestión sobre otro terreno. "No es posible citar a nuestro aliado, en su conflicto con Servia, ante un Tribunal europeo". El Canciller se expresó del modo siguiente en telegrama al Embajador alemán en Londres: Alemania ante todo desea localizar la lucha, lo cual significa que Austria debe tener las manos libres contra Servia, que Rusia no puede realizar ningún acto de hostilidad contra Austria, ni siquiera movilizar en parte sus tropas, porque en este caso ella no abandonaría a su aliada. Tales palabras significaban la guerra europea, querida evidentemente, toda vez que no se presentaba solución ninguna y se encerraba el procedimiento en un círculo de hierro cuya única salida debía ser la que dolorosamente se encontró.

Alemania más tarde quiso tomar la proposición del Ministro inglés Sir Edward Grey, en un sentido completamente distinto a su propósito, y aceptó la mediación

[1] DILLON. Art. cit. p. 462.

[2] Libro Blanco Inglés. Documentos núms. 10 y 11, y Libro Blanco alemán. Documentos núms. 12 y 13.

para un posible conflicto austro-ruso, pero no para la cuestión austro-servia, distinción ésta que no había hecho Grey, y que, en buena lógica, no podía hacerse. Rusia no tenía ningún conflicto con Austria, excepto el que hiciera surgir el austro-servio; resolver uno sin el otro, representaba algo, a todas luces, imposible, y por grandes que sean los recursos de la diplomacia y las habilidades que a ella se suponen, el planteamiento del asunto en estos términos resultaba una burla desprovista de toda gracia. Es cierto que Grey había manifestado desde el principio que el conflicto austro-servio no le interesaba, pero es igualmente cierto que había declarado que le preocupaba por sus consecuencias, en cuyo caso se vería obligado a actuar, y ésto en buen lenguaje significa: si todos están contentos de lo que Austria hace con Servia, nosotros, que no tenemos intereses balcánicos directos, callamos; pero si alguna de las grandes potencias interviene, nosotros actuaremos en el incidente. Y en efecto, es el propio Ministro, quien, aun después de transcurrido el plazo del ultimatum, pide que no se lleven a efecto las operaciones militares para dar tiempo a un arreglo, basándose para ésto en la declaración del Embajador de Austria que le había manifestado que la expiración del ultimatum y la retirada del plenipotenciario austriaco en Belgrado, no significaba la guerra.

Las dos formas de entender el conflicto estaban, pues, frente a frente. Por una parte, Alemania y Austria, que querían localizar la contienda para que Austria tuviese fácilmente acción sobre Servia con menoscabo de los intereses rusos principalmente, de los de la Triple Entente, después, y para que, otra vez, los Estados balcánicos viniesen a representar un punto de apoyo de la Triple Alianza, y no un peligro como lo eran a la sazón. Por la otra, todas las potencias, animadas por el deseo de demorar el asunto en busca de una solución todavía desconocida, entre ellas una de la Tríplice, Italia, que sorprendida por la inesperada cuestión, procuraba principalmente impedir que estallase la guerra europea que

para ella acontecería fuera de tiempo y de lugar, no estando bien definido su interés, llevaron en seguido sus esfuerzos cerca de Alemania para obtener una extensión del plazo de cuarenta y ocho horas, luego actuaron para que no se hiciera la declaración de guerra y que se aceptase una mediación. Primera ante todas Inglaterra, que incesantemente trabajó, con la autoridad de su prestigio marítimo y diplomático, por la relativa independencia de sus relaciones exteriores, para el mantenimiento de la paz, dándose cuenta desde el comienzo de la gravedad de los acontecimientos.

La declaración de guerra que siguió al ultimatum de Austria a Servia, dió al traste con toda posible solución. La suerte había sido echada. Así lo entendió Rusia e igualmente Alemania, y los pasos posteriormente dados no tuvieron más importancia que la de mantener las buenas formas, y, sobre todo, rehuir las responsabilidades más directas de la catástrofe que se acercaba.

Alemania manifestó que estaba dispuesta a aceptar una mediación entre Austria y Rusia para localizar la guerra, y, después que ésta fué declarada, manifestó que efectivamente algunas pretensiones de la Nota austriaca, cuya consulta previa a Alemania fué confesada, no podían ser aceptadas fácilmente por Servia.[1] Rusia, por su parte, ya no tenía dudas sobre su conducta. La movilización ordenada precedentemente en Austria era indicio seguro de la lucha inmediata. Nada podían los telegramas de los dos emperadores. Los hechos debían actuar más que las palabras.

Gran ruido se ha hecho sobre quien movilizara primero, de las grandes potencias, sin que ésto en realidad tenga importancia alguna, pues la movilización fué consecuencia de las actitudes diplomáticas de los respectivos países. Ante todo, es evidente que Rusia consideraba que debia aceptar la guerra como una necesidad que le imponía su prestigio, pues ella ni la quería, ni estaba preparada, como los acontecimientos posteriores

[1] Libro Blanco Inglés. Documento núm. 46.

lo han demostrado. Durante el curso de las negociaciones Sazonoff comprende fácilmente, como por otra parte lo comprenden igualmente en Roma, en París y en Londres, que todo está en manos del Gabinete de Berlín; si en esta ciudad se quiere la paz, ésta se mantendrá, si no, la conflagración europea estallará terriblemente. Este mismo Ministro se dirige a su Embajador en Londres, Conde Benckendorff, en fecha 28, en el mismo día de la declaración de Austria a Servia, y se lamenta que en Berlín no se hubiese actuado desde los comienzos de la crisis.[1] Y más tarde, en el mismo día, el propio Sazonoff se dirige al mismo Embajador pidiendo como necesaria la acción de Inglaterra cerca de Austria para que esta nación no aplaste a Servia haciendo imposible toda solución pacífica;[2] se dirige igualmente a todos los Embajadores para que insistan cerca de sus gobiernos aún después de la declaración de guerra; y no cambia en seguir esta tendencia a pesar de la comunicación de Shebeko, Embajador ruso en Viena, que le manifiesta que el Gobierno de la Monarquía dual no está dispuesto a entrar en un cambio de ideas directo con el gobierno imperial moscovita.

Es cierto que el gobierno alemán repetía sus buenos propósitos, pero no más que propósitos, pues ninguna solución práctica encontraba viabilidad alguna cerca de él. La teória germánica era: manos libres a Austria contra Servia, imposibilitar la acción rusa ante la ruina de su prestigio balcánico, que significaba ruina de su prestigio europeo, como dos lustros antes había perdido el asiático, y luego, esto acontecido, demostración a Rusia del mayor afecto. Un hecho que acusa las miras del Gobierno de Berlín, lo da el que el 28 no se hubiese publicado por ninguna Agencia, ni ningún periódico, la contestación de Servia, harto conciliadora, a la nota austriaca, en el Territorio de la Confederación, que hubiera disminuído los ímpetus guerreros del pueblo. En

[1] Libro Blanco Inglés. Documento núm. 54, y Libro Naranjado ruso. Documento núm. 43.
[2] Libro Naranjado ruso. Documento núm. 48.

esto, Alemania seguía su sistema, el mismo que había puesto en práctica en 1870: enardecer al pueblo para tener luego buenos y entusiastas soldados.

El día 29 de Julio ya los futuros beligerantes saben que estarán frente a frente. Rusia avisa a Francia y Alemania a Rusia.[1] Esta busca un supremo recurso para evitar en aquel último momento la guerra y envía a Berlín la declaración siguiente: "Si Austria, reconociendo que la cuestión Austro-Servia ha asumido el carácter de una cuestión europea, se declara dispuesta a eliminar de su ultimatum los puntos que constituyen un atentado a los derechos soberanos de Servia, Rusia se obliga a cesar en sus preparativos militares". Pero Alemania sin consultar a Austria declara esta proposición inaceptable.[2] Gabriel Hanôtaux, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, asegura que Austria estaba dispuesta a aceptar esta iniciativa rusa en los siguientes términos: "Yo estoy en posición de afirmar— y traeré la prueba, si hubiese necesidad de lo que indico, si ella no se encontrase en la publicación de un libro amarillo francés, esperado con impaciencia—que Austria-Hungría en esta fecha (cuando Rusia propuso suspender sus preparativos militares el 31 de Julio) presa, sin duda, de vacilaciones en presencia de los acontecimientos, de los cuales preveía las consecuencias terribles, se decía pronta a dar su adhesión a esta iniciativa rusa que presentaba una vía de salida honorable para todos".[3] Sazonoff modifica todavía su fórmula de avenencia para hacerla aceptable, pero en Berlín el Ministro de Relaciones Exteriores rompe los *pourparlés* con el Embajador ruso. Esto acontecía el día 30. El 31, Sazonoff insiste cerca de Grey indicándole que la única vía de salida se halla en Londres.[3]

Pero ya no había vía de salida.

[1] Libro Naranjado ruso. Documento núm. 58.
[2] Libro Naranjado ruso. Documentos núms. 60 y 63.
[3] G. Hanotaux. Les responsabilités allemandes. *Le Fígaro* del 26 de Sept., 1914.
[4] Libro Naranjado Ruso. Documento núm. 63.

Alemania, que no había querido actuar debidamente cerca de Austria, en cambio, quería prevenir toda acción de Rusia, imposibilitar la necesaria actitud que ella debía asumir. Pretendió ver una agresión en lo que era natural consecuencia de múltiples concausas, se creyó agredida porque Rusia se preparaba, fué investigando la movilización rusa, sin ver que ella preparaba la propia con mayor inteligencia y ahinco, y sobre todo con mayor eficacia, pues, dados los medios alemanes y la organización de su ejército, su *proclamación del estado de guerra* valía más que una orden de movilización rusa.[1] Y con violencia teutónica lanza contra Rusia una especie de Ultimatum pidiendo dentro de doce horas la suspensión de toda medida militar,[2] y envía a San Petersburgo la declaración de guerra para que sea entregada en el caso en que no se diera satisfacción a su exigencia a las 5 p. m. del 1º de Agosto. En efecto la declaración fué presentada y comenzó el estado de guerra.

Es extraño que Bethman Hollweg, Gran Canciller del Imperio, estadista apreciado por la rectitud de sus propósitos, espíritu amplio y claro, contrario a todo *chauvinisme* o patriotería, pacifista consciente en el sentido de que los beneficios de la paz vivificaban el espíritu de su nación, haya sido el llamado a *aceptar el desafío de Rusia,* según la frase del documento alemán, declarando la guerra, y a hacerlo para que toda la obra de cuarenta años cayese en ruina.

La Historia tiene sus revelaciones inconscientes de las cuales hay que tomar nota: la primera declaración de guerra lanzada por una gran potencia á una gran potencia en el incidente que pareció provocado por Austria, fué enviada por Alemania.

¡Cómo, las fuerzas internas y ocultas involuntariamente, brotan a la superficie!

[1] Libro Blanco alemán. Anexo núm. 11.
[2] Libro Blanco alemán. Anexo núm. 24.

CAPÍTULO XVI

EL CONFLICTO GENERAL

La declaración de guerra, precedida por el subitáneo ultimatum, de Alemania a Rusia, cuando precisamente volvían a alentarse esperanzas de paz, dió inicio al conflicto general. Ya Alemania, que atacaba a Rusia, no podía hablar de localización de la contienda, y esta teoría, por ella sostenida en el caso de Servia, combatida en el campo diplomático por Rusia, era echada por el suelo en la realidad de los hechos, por ella misma producidos. Alemania conocía el tratado de la Dúplice, y, por tanto, las obligaciones que ligaban a Francia con Rusia: la guerra general, pues, había estallado. Ya en este camino, convenía adelantarse a los acontecimientos, y hubiera sido mala política esperarlos. La actitud de Alemania cerca de Francia, está, pués, justificada, y, como dirían los teóricos de los principios del siglo pasado, estaba en el órden natural de las cosas.

Francia durante las negociaciones había procedido con tacto, y, oyendo las indicaciones del Gobierno de Wilhelmstrasse, había aconsejado la mayor prudencia, y al lado de Inglaterra y de Italia, había hecho todos los esfuerzos para mantener la paz. Aquella nación todavía herida por la humillación de ha cuarenta y cuatro años, deseaba la guerra, cuando de ella se hablaba en un campo abstracto, cuando los himnos patrióticos o los discursos le hacían vivir los días del pasado dolor; pero prefería la paz y por ella laboraba, cuando algún peligro presentábase. La Alsacia y la Lorena, separadas de la nación, constituían dos constantes llamamientos bélicos; Sedán y Metz, dos recuerdos que pedían revancha; pero el pueblo francés había prosperado tanto sin la Alsacia y la Lorena, había crecido en el mundo industrial y financiero con tanto vigor después de las dos grandes derrotas, que, si no el velo del

olvido, por lo menos un interno deseo de paz había ocupado los ánimos de todos. A la sociedad militarista y aristocrática de los tiempos monárquicos, y especialmente napoleónicos, había sucedido, en el gobierno de la cosa pública, la gran masa burguesa de los pequeños comerciantes, de los pequeños industriales, de los agricultores, de los modestos rentistas,—en Francia, en más elevada esfera y disfrutante de mayor bienestar que en otros países—apacible de por sí misma, poco propicia a las aventuras, deseosa de la gloria que no se traduce en peligros, amante de su propia riqueza con sentimiento ávido que aspira solo a lo inmutable. Y en esta tendencia pacifista, a la burguesía media había seguido la clase alta, la de los grandes financieros, de los comerciantes afortunados. El cambio que en cuarenta años había habido en la economía privada había hecho perder la dirección de la parte más eficaz de la opinión pública a la aristocracia que encontraba gloria y fortuna en el arte de la guerra, para darle a hombres de negocio que en la industria, en el comercio, en el préstamo, encontraban la única forma, pacífica y tranquila de aumentar su bienestar. En este camino, y por estos intereses de beatífica tranquilidad, los poseedores de grandes fortunas se hicieron pacifistas en el exterior y radicales socialistas en el interior.

Solamente así puede explicarse la conducta de tantos gobiernos franceses procediendo, por largos años, ante las *boutades* alemanas, con transigencia; solamente así puede apreciarse la conducta seguida ante el conflicto provocado por la Nota austro-servia.

Alemania tuvo, sin embargo, un momento en que intentó hacer infructuoso el tratado de alianza que liga a Francia con Rusia; ella procuró hacer actuar a aquella cerca de la segunda, en la esperanza de que, no siguiendo esta sus consejos, le diera pretexto para no marchar a su lado. Iswolsky, embajador ruso en Francia, entrado inmediatamente en Paris, porque él tambien, habiendo considerado la tranquilidad europea absoluta, había abandonado el lugar de su residencia,

lo oye de labios del Ministro de Justicia Bienvenue Martin, encargado, ad interim, del Ministerio de Relaciones Exteriores, que había comprendido el juego, y así lo comunica a San Petersburgo.[1] Por lo tanto, Francia, no dejándose llevar a una acción solidaria con Alemania, como pretendía el Embajador Baron de Schoen, en la acción diplomática precursora, indiscutiblemente, de un caso de guerra, alejaba el única pretexto que hubiera podido tener para romper la alianza, y decidía unir su acción a la de Rusia si llegara el momento bélico; y el día 29 de Julio, a su llegada a Paris, Viviani, Presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores, así lo manifiesta a Iswolsky, y al propio de Schoen, para que Alemania no cayese en el error.[2] En San Petersburgo, el Embajador francés hacía las mismas manifestaciones, con mayor precisión, afirmando a Sazonoff que Rusia podía contar con el apoyo de su aliada.

Esta acción común no podía dejar de suceder. Rusia y Francia, ligadas por una alianza estricta, unidas por tantas necesidades de defensa, al punto que no pocos sacrificios monetarios había la una hecho a favor de la otra, hubieran ido a un suicidio seguro separándose en aquel momento difícil. El caso, además, parecía haber preparado los ánimos para una más estrecha unión, pués el Presidente de la República, Raymond Poincaré, y el Presidente del Consejo, René Viviani, llegaban precisamente de Rusia, teniendo fresco en sus memorias los brindis pronunciados, los agasajos recibidos, las promesas de mútuo apoyo y recíproca defensa que se habían hecho en nombre de sus respectivos países. En esta visita, los dos gobiernos comprendieron que debían dar a conocer una vez más sus acuerdos, especialmente en cuanto a la grave cuestión oriental, tanto más necesario en cuanto que podían surgir dudas, pués en los años precedentes, Francia no había sostenido a su aliada en sus intereses, alegando tener ella otros, propios,

[1] Libro Naranjado Ruso. Documento núm. 35.
[2] Libro Naranjado Ruso. Documento núm. 55 y Libro Amarillo Francés. Documento núm. 101.

contrarios a los de Rusia, en aquel Oriente europeo, por lo que, Viviani y Sazonoff, en sus respectivas representaciones, el 24 de Julio dan a la publicidad una comunicación oficial muy neta y precisa: "La visita que el Presidente de la República francesa acaba de hacer a su Majestad el Emperador de Rusia, ha ofrecido a los dos gobiernos amigos y aliados la ocasión de palpar la perfecta identidad de sus puntos de vista sobre los diversos problemas que el cuidado de la paz general y del equilibrio europeo plantea ante las potencias, especialmente en Oriente," [1]

No obstante todas estas razones y estos antecedentes conocidos por Alemania; no obstante el tratado de Alianza de la Dúplice, Alemania dió los últimos pasos, el día de la declaración de guerra contra Rusia, cerca del Gobierno Francés, y el Embajador fué encargado de conocer cual sería su actitud, por lo que, cumpliendo el encargo, este pudo contestar el mismo día primero de Agosto, de una manera muy precisa, que no daba lugar a dudas, que Francia seguiría a su aliada. En efecto el Baron de Schoen así se produce en telegrama a su Gobierno: "A mis repetidas preguntas claras y precisas, si Francia permanecería neutral en el caso de una guerra entre Alemania y Rusia, me declaró el Presidente del Consejo de Ministros, que Francia procedería de acuerdo con sus intereses." [2] Desde que esta declaración llegó a Berlin, la guerra contra Francia fué decidida; la demora hasta el tres de Agosto fué debida probablemente a que ninguna de las dos partes, por los compromisos internacionales y por cierta preocupación de formalismo moral, quería hacer la declaración de guerra; y los dos Embajadores, Jules Cambon en Berlin y de Schoen en Paris, seguían visitando los Ministerios de Relaciones Exteriores.[3]

[1] *Le Temps.* 25 de Julio de 1914.

[2] Libro Blanco Alemán. Libro Amarillo Francés. Documento núm. 125.

[3] PAUL LEROY BAULIEU. "La Guerre," en *L'Economiste Français.*

El día primero de Agosto los Ministros franceses se reunían bajo la presidencia del Presidente de la República, asistiendo a la reunión el General Joffre. La movilización ya estaba en marcha y se dictaron las medidas económicas necesarias para una guerra. Alemania movilizaba igualmente sobre las dos fronteras y el Kaiser podía anunciar al pueblo que desenvainaba la espada para combatir "al enemigo que nos cerca mientras vivíamos pacíficamente en el verdadero sentido de la palabra".

El día dos, Alemania viola el primer tratado, el que garantiza la neutralidad del Luxemburgo, celebrado en Londres en 1867, penetrando en el territorio de este pais con trenes blindados, a pesar de las protestas del gobierno del Gran Ducado; en el mismo día penetra, igualmente por distintos puntos, en territorio francés, sin haber habido declaración de guerra alguna. Pero al siguiente día, es de Schoen quien protesta alegando que los franceses han violado el territorio alemán, a cuya afirmación da la más enérgica desmentida el Presidente del Consejo de Ministros de Francia. De una manera u otra, poco importan estos incidentes de frontera a los cuales, en el momento, se les dá grande e inmerecida importancia. Parece que Alemania, en realidad, se preparaba contra Francia con mayor rapidez, y que así fuera, parece probado por la violación del Luxemburgo, cuyas manifestaciones no pueden ser sospechadas de parcialidad francófila. Pero, repetimos, estas cuestiones resultan nimias después que han pasado, cuando los acontecimientos pueden tener un examen de conjunto. Era evidente que lanzada la declaración de guerra contra Rusia, Francia iba a apoyar a su aliada y Alemania debía batirse en las dos fronteras. La corrección excesiva en tiempo de guerra no resulta de buen tono. A Alemania interesaba mucho una acción rápida, pués ella en esta ocasión, tenía los mismos planes que hipotéticamente había preparado en 1870 para el caso de un ataque en dos fronteras, a saber, batirse contra Francia para obtener una rápida victoria decisiva

para luego llevar todas las fuerzas contra el otro enemigo. Toda acción desplegada por Alemania en la frontera francesa respondía a una necesidad y su demora en declarar la guerra a su antigua adversaria puede ser explicada solo por el deseo de no aparecer agresora ante los ojos de Inglaterra, en cuya neutralidad se tenía esperanza, y de Italia, cuyo apoyo se creía casi seguro.

Cuando de Schoen, un poco aparatosamente, se condujo al palacio del Quay d'Orsay para declarar la guerra el día tres de Agosto a las 5 y 45 de la tarde, después de haber tenido preparados todos los bagajes de la Legación, los franceses sabían que la hora del gran duelo había sonado, y que el éxito, la victoria era una perentoria necesidad de la gran nación latina.

Francia fué llevada a la guerra en un momento en que hacía los mayores esfuerzos para mantener la paz. Toda su actitud hasta los últimos instantes en que de Schoen un poco conturbado hace, sin ninguna animosidad, sin ninguna causa, la declaración de guerra, fué contraria a que el conflicto estallara. Con mucha exactitud podía decir el guarda sellos de Francia Mr. Bienvenue Martin, que en los comienzos de la cuestión había ocupado *ad interim* la presidencia del Consejo y el Ministerio de Relaciones Exteriores, que "no se le puede imputar (a Francia) acto, gesto, ni palabra alguna que no haya sido pacífica y conciliadora".[1] Y tambien, si no con la misma seguridad, por lo menos con cierto derecho en cuanto se refiere al Gabinete en el poder y en aquel momento, podía decir en la misma sesión el Sr. René Viviani, Presidente del Consejo de Ministros: "Alemania no tiene nada que reprocharnos. Nosotros hemos hecho en obsequio de la paz, un sacrificio sin precedentes, llevando medio siglo, silenciosos, en nuestros flancos, la herida por ella abierta".

Mientras tanto el Embajador de Austria se paseaba aún por las calles de San Petersburgo, como el de Fran-

[1] Sesión del 4 de Agosto de 1914 del Senado de la República francesa.

cia por las de Viena y recíprocamente. Desde el ultimatum tan brusco lanzado por el Gobierno del Kaiser, Austria, que parecía dispuesta en el último momento a un arreglo, quedó en un segundo plano. Pero el día seis, Austria-Hungría declara la guerra a Rusia, el once el Embajador francés pide sus pasaportes al Cobierno de Ballplatz, o séa después de que Alemania se hallaba en estado de guerra con cuatro naciones, después de la violación de la neutralidad del Luxemburgo, después de la violación de la neutralidad belga, después de la intervención británica en el conflicto, o séa después de que el trágico problema estaba planteado en sus términos definitivos.

CAPÍTULO XVII

LA VIOLACIÓN DE LA NEUTRALIDAD DEL LUXEMBURGO

El primer acto que no puede ponerse en el activo del imperio alemán, es la violación de la neutralidad del Luxemburgo, acto que no ha tenido la resonancia de la de Bélgica, por razones de orden político, pero no morales, porque la primera como la segunda tienen la misma importancia en este campo. Se trata siempre, en uno como en otro, de la violación de un Tratado, y en el caso del Luxemburgo de violación más injustificada porque, como veremos, la neutralidad del Luxemburgo, fué deseada por Prusia la mayor interesada y la que desplegó mayor actividad en la redacción del Tratado y mayor interés tuvo en su adopción. Pero hay todavía más, la violación del territorio neutral el día dos de Agosto constituye ya una agresión contra Francia, antes de que Alemania le declarase la guerra y desvirtúa las quejas que Schoen a nombre de su Gobierno presentara al gobierno francés afirmando que por parte de los franceses se habían realizado ataques en el territorio alemán. Alemania violando el territorio del Luxemburgo revela toda su política guerrera de sorpresa, de

acción rápida, de irrespetuosidad a lo único que el Derecho Internacional moderno ha conquistado para la civilización después de tantos siglos. Y más condenable aún, en cuanto que ni siquiera una sombra de justificación, ni una larva de razón se ha podido aducir. En los mismos días en que el hecho acontece, el Ministro Plenipotenciario alemán en el Luxemburgo manifiesta que no es ni siquiera discutible esta neutralidad, y que no será violada por Alemania.[1] Esta declaración hecha en el momento en que la guerra era ya segura, pone un dilema muy doloroso en ambas soluciones para el imperio germánico: ó en él existen dos poderes desligados, el diplomático y el militar, o se procedía con completa mala fó.

Inglaterra y Francia creyeron que debían desinteresarse de la suerte del pequeño Estado. No lo creyó así la primera on cuanto a Bélgica. La razón se halla en este cheque de intereses que constituye por desgracia toda la vida internacional moderna, y que esta contienda a la cual asistimos nos ha revelado una vez más.

La neutralidad permanente del Luxemburgo fué especialmente creada, como neutralidad de un Estado independiente, por el Tratado de Londres de 11 de Mayo de 1867, aún cuando su antecedente más importante se encuentra en el Tratado que creó la neutralidad Belga de 1839. Este pais, después que cesó el Ducado de Borgoña de existir, fué diferentes veces sometido a la dominación de Austria, España y Francia, siendo de aquellas regiones que la situación geográfica o el curso de los acontecimientos ponen en el camino de los grandes conflictos y por ende de los grandes dolores.

El Tratado de Londres fué una solución que evitó la guerra ó mejor dicho, que aplazó la guerra entre la Confederación del Norte de Alemania y Francia. Napoleón III quizo comprar este territorio tratando secretamente su cesión por una cantidad determinada, lo cual hubiera podido obtener en buen derecho, pués

[1] Libro Amarillo Francés. Libro Blanco Inglés. Documento núm.

ya el Luxemburgo había dejado de pertenecer a la communidad germánica desde el punto de vista político. Pero a los intereses de Prusia esto no convenía. Y el secreto fué pronto conocido, pués el propio Gran-Duque mientras trataba con Napoleón dió conocimiento del hecho al Ministro de Prusia en la Haya reproduciéndole el contenido de la carta que recibiera del Emperador de los franceses.[1] El propio Gran-duque al comunicarlo a Prusia, sin embargo, se manifiesta dispuesto a acceder siempre que Prusia apruebe la cesión.

Bismarck que consideraba no ser aquel el momento de dejar a Francia una victoria diplomática, ni una posición militar, y que probablemente no deseaba entonces la guerra, usó su táctica maravillosa, mezcla de audacia y de reticencia que sabía emplear en los casos difíciles, y se dejó interrogar en el Parlamento por dos veces. Este autócrata por instinto, sabía usar las instituciones democráticas, para sus propios fines. Al contestar a las interrogaciones, una de Carlowitz, primera, y otra de Benningsen después, maniobró de manera hábil, no dió a Francia motivo para un casus-belli y al propio tiempo dió claramente a entender que la cesión del Luxemburgo, sin el consentimiento de Prusia, no era posible. Al Embajador francés de Benedetti dejó comprender que le era imposible favorecer el proyecto, no porque no lo quisiera, sino porque la diplomacia francesa habiendo procedido erróneamente, le había obligado a hacer declaraciones prematuras que habían creado una opinión pública contraria. El dos de Abril de 1867, Benedetti se dirige en los siguientes términos al Ministro de Negocios Extranjeros de su pais: "He vuelto a ver a Bismarck. El se queja de las dificultades ante las cuales se encuentra y parece hacernos culpa del paso dado por el Rey de los Países Bajos, dirigiéndose oficialmente al Rey de Prusia antes de haber conversado con el Gabinete de Berlin. Las comunicaciones prematuras no dejan al Gobierno prusiano toda su

[1] E. Servais. La neutralité du Luxembourg, p. 78.

libertad''. Bismarck tomaba esta actitud porque era la más conveniente, y se quejaba de que se hubiese hablado con el Rey de Prusia antes de tratar con el Gabinete de Berlin, que era él y nada más que él, porque temía una debilidad de su Rey y Señor, como siempre la temió.

Los actos posteriores demuestran cuan lejos estaba él de tener la intención de acceder a los planes de Napoleón III. En efecto cuando el Granduque resuelve definitivamente romper las tratos de la venta, el se siente satisfecho y contento; y luego se dirige a las potencias para obtener una conferencia internacional en Londres, y evitar la guerra.

En Londres, sin embargo, el Gobierno se desinteresaba del Luxemburgo y de su neutralidad, como ha acontecido luego tambien y en los presentes días, y no se quería una dificultad más, ni se quería asumir, por no tener interés alguno en el asunto, una responsabilidad para lo futuro. A las instancias de Prusia, Stanley, el Ministro de Relaciones Exteriores inglés, daba una débil contestación y en un telegrama al Embajador Lord Cowley decía el 27 de Abril: ''Para que cosa buena, reunir una conferencia hasta tanto que la Prusia no se haya decidido a pronunciarse sobre la fortaleza (que posée) del Luxemburgo, o, por lo menos, hasta tanto que Francia no haya manifestado que se someterá a las decisiones de la misma''. Pero la conferencia fué convocada y en ella se acordó la neutralidad expresándose claramente su alcance en este artículo segundo: ''El granducado del Luxemburgo, en los límites determinados por el Acto anejo a los Tratados de 13 de Abril de 1839, bajo la garantía de las Cortes de Francia, de la Gran Bretaña, de Prusia y de Rusia formará un Estado neutro perpetuamente. Estará obligado a respetar esta misma neutralidad hacia todos los otros Estados. Las Altas Potencias contratantes se obligan a respetar el principio de la neutralidad estipulada por el presente artículo. Este artículo está y demorará bajo la sanción de la garantía colectiva de las Potencias firman-

tes del presente Tratado con excepción de Bélgica que es ella misma un Estado Neutral''.

El proyecto no contenía la última parte que trata de la sanción de la garantía colectiva, por lo tanto terminaba con las palabras "el principio de la neutralidad estipulada por el presente artículo''. La última parte fué propuesta y defendida como condición *sine qua non* (es increible pero cierto) por el plenipotenciario prusiano Conde de Bernstorff. Será útil reproducir el acta de la sesión de la conferencia en que fué aprobado el artículo y la enmienda para que se vea la actitud distinta asumida por los representantes de Prusia de un lado y de Francia y de Inglaterra, especialmente de ésta última, del otro lado.

"Sobre el artículo segundo el Conde de Bernstorff propone la enmienda siguiente añadiendo al final del artículo estas palabras: "Este principio (la neutralidad) está y quedará bajo la garantía de las Potencias que firman el presente Tratado con excepción de Bélgica que ella misma es neutral''. El Sr. Baron de Brunow dice que está autorizado por su Corte a servir completamente al principio de dar a la neutralidad del Luxemburgo la garantía colectiva—Espera que este principio será admitido como la mejor prenda que se pueda ofrecer a la paz de Europa.

El Conde de Apponyi declara que su gobierno igualmente ha aceptado la neutralidad garantida del Luxemburgo. El Príncipe de la Tour d'Auvergne declara que no tiene instrucciones relativas a la cuestión de la garantía colectiva; pero él se siente obligado a convenir que esta garantía ha sido presentada hasta aquí como el cumplimiento de la neutralidad del Gran Ducado del Luxemburgo, y aún cuando, en los hechos, la obligación que toman las potencias de respetar la neutralidad del Luxemburgo tenga en un momento dado un valor casi igual a la garantía formal, no sabría negar que el Sr. Ambajador de Prusia tenga fundamento en sus observaciones.

El Sr. Van de Weyer que tampoco tiene especiales

instrucciones sobre este punto emite la opinión que en un amplio espíritu de conciliación, se puede considerar que la garantía de la neutralidad arroja del conjunto de los tratados de 1839. Lord Stanley declara que prefiere el artículo 2 como existe en el proyecto de Tratado, el mismo artículo completado con la enmienda del Sr. Bernstorff. Debe sin embargo hacer constar que la gran mayoría de los plenipotencíarios apoya la idea indicada por el Sr. Plenipotenciario de Prusia. En estas circumstancias él dará cuenta a los miembros del Gabinete de la Reina de la proposición que ha sido hecha, y espera poder informar a la conferencia en la próxima semana la decisión que se tomará".[1]

Posteriormente Inglaterra accediendo a la voluntad de las Potencias y para mantener la paz en Europa, accedió a la garantía aprobándose definitivamente el artículo con la enmienda.

La Historia tiene grandes contrastes, y a veces grandes ironías. Es Prusia, pués, que desea no solamente la neutralidad del Luxemburgo, sino que no satisfecha de la declaración hecha en el tratado, que como muy bien indicaba el plenipotenciario francés supone la defensa de las cláusulas del mismo, pide la garantía de las Potencias signatarias poniendo bajo la defensa común aquel derecho. Lo cual venía a constituir algo más de lo deseado, pués la defensa de la neutralidad llegaba a ser tan obligatoria que una de las Potencias podía obligar a las otras a entrar en una acción armada en defensa del pacto estatuído.

Inglaterra comprendió la importancia de la cláusula y la aceptó, a nuestro entender, cuando vió que los otros poderes proponiéndola Prusia y aceptándola todos, no presentían la verdadera dificultad del día de mañana, y sin duda hubo de cerciorarse de ello en las conversaciones particulares que forman el programa más elaborado de estas conferencias.

Bismarck en realidad jugó a Francia una de sus múltiples malas partidas, y el hecho ha sido por él mismo

[1] Reproducida en Servais. Obra citada páginas 163-165.

declarado. Maurice Busch en el libro sobre Bismarck le atribuye las siguientes palabras, que son propias de la mentalidad y del estilo del canciller. "La opinión pública estaba en ese tiempo del todo favorable a nosotros (Prusia) en toda Alemania, si nosotros hubiéramos querido la guerra sobre la cuestión del Luxemburgo; el derecho sin embargo no estaba de nuestro lado, yo no lo he confesado nunca públicamente, hoy lo puedo decir: después de la disolución de la Confederación alemana, el Rey Granduque era una soberano y podía hacer lo que quería. Que él hubiera querido vender por dinero su pais, era una villanía, pero estaba en su derecho". Bismarck olvidaba, lo que en referencia a la fortaleza ocupada, en el Luxemburgo, había ya dicho, y muy públicamente, contestando a observaciones hechas por Augusto Bebel a un discurso de la Corona.[1] Si estos precedentes no bastaran para probar que la neutralidad del Luxemburgo, en la forma que fué dictada, es principalmente obra de Prusia, lo cual agrava el hecho de haber sido hoy por ella misma violada, está el criterio sustentado, sobre los deberes del Luxemburgo de defender su neutralidad con las armas en la mano, por esta misma Prusia, durante la guerra del 1870. Bismarck el día 3 de Diciembre de aquel año, desde Versailles, envió un telegrama al Gobierno del Gran Ducado del Luxemburgo haciéndole responsable de las violaciones de su neutralidad. Y el reproche y la amenaza eran injustos, pués por el propio tratado de 11 de Mayo se le prohibía al Gran Ducado tener un ejército, la única fuerza que podía tener era la necesaria para mantener el orden, luego toda defensa de la neutralidad contra los beligerantes por parte del Luxemburgo era completamente imposible. Y el antecedente viene a demonstrar en cuanta importancia y en que alto grado apreciaba y entendía esta neutralidad la misma nación que en 1914 ocupó facilmente los ferrocarriles para esos militares, atravesó las fronteras y se estableció como

[1] Sesión del 24 de Septiembre de 1867, del Parlamento de la Confederación Alemania.

en su propia casa o con más derechos y con menos prevenciones de si estuviese en su propio territorio.

En realidad es un caso evidente de menos precio de principios de orden, de deberes adquiridos, que prepara el ánimo al otro atentado que ha constituído la invasión en el territorio belga.

CAPÍTULO XVIII

INGLATERRA Y LA VIOLACIÓN DE LA NEUTRALIDAD BELGA

La guerra no hubiera alcanzado las proporciones actuales sin la declaración de guerra anglo-germánica, por lo menos, si se quiere ser prudentes en la afirmación, no las hubiera tomado tan pronto. El momento culminante de la contienda en su parte inicial, ha sido la violación de la neutralidad belga que trajo como consecuencia envolver a Inglaterra en el conflicto.

Los escritores alemanes dudan de la sinceridad inglesa al fijar como causa de esta intervención la defensa de los tratados de 1839, y afirman que Inglaterra quería de todos modos asaltar a Alemania en un momento difícil para hacer buena, en el campo de batalla, la obra diplomática suya de aislamiento de esta nación; y que una y otra acción, la diplomática y la guerrera son consecuencia del desarrollo comercial germánico que luchaba victoriosamente contra los ingleses en todos los mercados del mundo.[1] Los ingleses alegan la necesaria defensa de los principios del derecho internacional sin los cuales no sería posible buscar soluciones y mantener acuerdos, sostienen que la opinión inglesa no hubiera consentido en ningún caso que se hubiera pasado sobre las ruinas belgas para llegar a Francia, sin obli-

[1] "BERNHARD DERNBURG, ex Ministro de las Colonias de Alemania—Germany and England." *The Saturday Evening Post* de 21 de Noviembre de 1914.

gar al gobierno a una intervención armada, y que esto decidio la guerra.

No nos es fácil saber si Inglaterra hubiera entrado en la lucha en todos los casos esperando el momento preciso, o si fiel a su pasado, hubiera buscado con un mínimo esfuerzo las mayores ventajas. Todas las afirmaciones que se hicieran sobre este punto, serian meras hipótesis que los actos prudentes del Gabinete de Saint James no abonan. Evidentemente, de esta conflagración, Inglaterra debía esperar la solución de su problema moderno. En lucha con la poderosa rival, que, paso a paso, iba acercándose a su poderío naval, quitándole una hegemonía que es indispensable a su propia existencia, no podía dejar pasar este conflicto sin hallar la manera de resolver sus dificultades. Pero cual hubiera sido la forma, cual el momento son cosas que se desconocen aún, o que nunca podrán ser conocidas, porque, es probable que el sentido práctico de los hombres de estado ingleses no les haya hecho preparar plan alguno, dejándoles vigilar atentamente los acontecimientos y aprovechar el lado favorable que ofreciesen. Una deducción que puede hacerse con exactitud, es que Inglaterra fué a la guerra en un momento en que no la deseaba y después de haber querido cautelosamente evitar todo compromiso, toda obligación.

No es el caso de repetir los esfuerzos de Sir Edward Grey para evitar la guerra Austro-Servia y el punto de vista de desintereses del conflicto balcánico por el sostenido, ni la mediación propuesta, ni la posterior actitud cuando Alemania lanzó el ultimatum, primero, y la declaración de guerra, después, en contra de Rusia, que estos hechos de por sí solos demonstrarían la voluntad pacifista de aquel momento del Gobierno Liberal Inglés. Basta para quitar todo resíduo de duda la contestación del propio Grey a Paul Cambon, Embajador francés en Londres, cuando este le pedía una declaración a favor de Francia, caso de estallar el conflicto, alegando que la propia declaración podía evitarlo; contestación completamente negativa en la cual se hace cons-

tar que Inglaterra no se considera obligada a sostener los intereses de ninguna nación.[1] Este hecho acontecía el 29 de Julio; y la misma pregunta sobre el respeto de la neutralidad belga dirigida a Alemania y a Francia es una prueba más, por lo menos, de que Inglaterra no quería entrar en el conflicto en aquel momento, pués de otra manera, hubiera dejado correr los acontecimientos sin procurar de prevenir aquellos que le hubieran facilitado la justificación de su intervención armada.[2]

La declaración hecha a Cambon se repetía tambien en alta voz, pués en el Parlamento, dando cuenta de la actitud del Gabinete, el Ministro de Relaciones Exteriores decía que Inglaterra no tenía compromisos con Potencia alguna y que seguiría los dictados de la opinión pública.[3] Y todavía más evidente aparece la inexistencia de una política definida de intervención en la guerra cuando se piensa que inmediatamente de anunciado el conflicto salieron del Gabinete Lord Morley, John Burns y Trevelyan, no seguramente, los dos primeros, de los menos influyentes: Lord Morley, cargado de años y de prestigios, representante del viejo liberalismo, y John Burns la expresión más genuína del grupo del *Liberal Labour Party,* o séa la representación de las dos tendencias más extremas del Gabinete Liberal.

Los hechos posteriores han demostrado como Inglaterra al igual que Francia y Rusia, no tenían la preparación militar suficiente, ni en hombres, ni en material de guerra, y que han debido irse preparando en los momentos difíciles de la misma acción.

Un punto sobre el cual no quedan dudas, aunque se hayan querido presentar al último momento, es que la violación de la neutralidad belga constituye un gran crimen. La afirmación de que no está en vigor el Tratado de 1839, presentada después de la condenación universal de un acto que echa por el suelo una de las pocas

[1] Libro Blanco Inglés.
[2] Libro Blanco Alemán. Libro Blanco Inglés.
[3] Sesión de la Cámara de los Comunes—3 de Agosto de 1914.

conquistas del Derecho Internacional, a saber, el respeto a la fé jurada, es cosa que no merece los honores de la discusión, a pesar de los ilustres aunque audaces sostenedores.[1] A nadie se le habrá presentado en serio semejante duda. El Tratado de 1839, no solamente aparecía ante los ojos del Gobierno de Berlin como algo que debía respetarse por Alemania, sinó tambien por las demás naciones, y que, caso de violación, ella estaba obligada a hacer respetar. El Secretario de Relaciones Exteriores Von Jakow, no alegó nunca tal duda; al contrario, expresó las razones de alta conveniencia que había tenido el Estado Mayor alemán en lanzar por aquel camino sus ejércitos contra Francia. Cuando Sir. W. E. Goschen, Embajador inglés, se dirigió el mismo 4 de Agosto, día de la declaración do guerra, por dos veces al Ministro de Relaciones Exteriores, éste le manifestaba que no podía repétarse la neutralidad belga por la necesidad de avanzar sobre Francia por el camino más rápido y más fácil, a fín de dar un golpe decisivo lo más pronto posible, pués era cuestión de vida o muerte para ellos adelantarse al envío por parte de Rusia de grandes fuerzas, siendo para Alemania una de sus mayores ventajas, la rapidez de la acción; y por la noche, añade como resúmen, y ante la amenaza de la declaración de guerra, ya formulada por Inglaterra, que era cuestión de la salvación del Imperio enviar las tropas por territorio belga.[2]

Tampoco el canciller Bethmann Hollweg había adelantado, en defensa del *fait accompli,* tal hipótesis de la caducidad del Tratado de 1839. Ni en el momento de mayor excitación, cuando pronunció las famosas palabras "solo por un pedazo de papel Inglaterra va a la guerra", que han tenido tanta resonancia,[3] alegó tal defensa, por el contrario, llamaba la neutralidad simple

[1] DERNBURG: trabajo citado, y Bernard Shaw y algunos escritores alemanes de valía y renombre.

[2] Despatch from His Majesty's Ambassador at Berlin regarding the rupture of Diplomatic Relations with the German Government. Londres, Agosto, 1914.

[3] DR. DILLON. The Scrap of Paper.

palabra que en tiempo de guerra muy a menudo no había sido considerada, no había tenido valor alguno.

Lo cierto es que el Tratado existe en pleno vigor, y todo argumento contrario cae por su propia base.

La neutralidad belga fué producto de una necesidad histórica. Bélgica había sido tierra de concupiscencia por parte de la nación que en los sucesivos períodos históricos había dominado; sobre sus campos se han librado famosas batallas; Holanda, España, la casa de Austria, Francia se han disputado su posesión; Inglaterra ha tenido sus ojos sobre aquella parte del Continente, aún en los tiempos en que despreocupábase de la política del mismo; todo indicaba que era útil a la paz europea neutralizar aquel campo de discordias, y con cuanta dificultad se llegara a ello, estan llenos los anales políticos y las correspondencias internacionales de muchos siglos.

Cuando en 1830 Bélgica se separó de Holanda declarando, el cuatro de Octubre, el Gobierno Provisional reunido en Bruselas, que se había constituído un Estado independiente, las potencias convocaron sus plenipotenciarios en Londres, a instancia de Guillermo Rey de los Países Bajos, y dictaron el protocolo de la separación de los dos países,[1] y ya en este primer documento en que surge la personalidad belga, en la Base Quinta, se estatuyó que Bélgica constituirá un Estado perpétuamente neutral y que las cinco potencias que firmaron el protocolo garantizaran esta neutralidad perpétua.

Este convenio no fué aceptado, por el momento, por Bélgica, pero más tarde, en 9 de Julio de 1831, su Congreso Nacional votó los preliminares de la paz, cuyo artículo nueve corresponde, en cuanto al principio de la neutralidad, exactamente a la Base Quinta del Protocolo de Londres. Y el catorce de Diciembre del mismo año se firmó el tratado llamado de las fortalezas, al cual concurrieron Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia por una parte, y por la otra, Bélgica, acordándose en él la

[1] Protocolo de 20 de Diciembre de 1830 acordado por los plenipotenciarios.

demolición de algunas fortalezas y el mantenimiento de otras, en virtud de los cambios acontecidos en lo que concierne a este pais "a su independencia política, así como a su neutralidad perpétua que le está garantizada".[1] Francia no concurrió a la estipulación de esta Tratado, y Bélgica no aceptó algunas de sus cláusulas. Todos estos precedentes obtuvieron una fórmula definitiva en los Tratados de 1839, que vinieron a solucionar el conflicto todavía pendiente entre Bélgica y Holanda, y a determinar más firmemente el principio de la neutralidad permanente de Bélgica. Los tratados son tres, y entre ellos relacionados. En el primero, Bélgica no es parte contratante; concurren de una parte Holanda y de la otra Inglaterra, Francia, Prusia, Rusia y Austria, y se reconoce la disolución de la pasada unión de Bélgica y Holanda, y se consigna que los pactos contenidos en el Tratado que contemporáneamente se celebraba entre Bélgica y Holanda se considerasen con la misma fuerza y valor de como si formasen parte de este mismo. En el segundo son partes los dos países interesados, Bélgica y Holanda; es un tratado de paz y amistad, y en su artículo séptimo se consigna el principio de la neutralidad. En el tercero concurren Bélgica de una parte y los mencionados cinco países de la otra, y la base principal del mismo es el reconocimiento de la independencia y neutralidad belga, y la obligación de defender esta neutralidad por parte de las grandes potencias. Estos tres Tratados virtualmente constituyen uno solo, y su subdivisión fué debida a mera fórmula a fín de facilitar la labor diplomática y evitar la reprodución de las dificultades de 1830 y 1831. Prueba evidente lo es que en dos de los Tratados se reproducen las cláusulas de los otros, significándose que tienen fuerza y vigor como si fuesen cláusulas de aquel mismo Tratado.

Discutir esta validéz es cosa que puede ser tolerada en

[1] Tratado de 14 de Diciembre de 1831 entre Inglaterra, Prusia, Austria, Rusia y Bélgica, encabezamineto y artículos 1, 4 y 6. Reprodución en "L'Etat Neutre a titre Permanent" por Emmanuel Descamp.

el campo de la propaganda popular y justificada por la excitación de los sentimientos patrióticos, pero no cuando se hace el examen imparcial de los hechos.

Por escritores favorables a la actitud asumida por Alemania invadiendo a Bélgica, se ha afirmado que el Tratado de garantía de 1839, no constituye un sólido reconocimiento de la neutralidad belga, especialmente en casos en que van envueltos graves intereses internacionales, y para dar un precedente y reforzar la tesis, se alega que en 1870, Inglaterra creyó necesario concertar un nuevo Tratado siendo Gladstone Primer Ministro. En efecto, al estallar la guerra entre Francia y Prusia, Inglaterra inició, como ha acontecido en los comienzos de la presente, conversaciones para conocer las intenciones de los beligerantes, y estas cristalizaron en los Tratados de 9 de Abril y 11 de Abril del mismo año de 1870; el primero entre Inglaterra y Prusia, y el segundo entre Francia e Inglaterra. Los dos Tratados son idénticos y constan solamente de cuatro artículos. En el primero, Francia o Prusia en sus respectivos casos, manifiestan su firme determinación de respetar la neutralidad de Bélgica mientras ella sea respetada por el otro beligerante, e Inglaterra se obliga a cooperar con el poder que respetase la dicha neutralidad con sus fuerzas de mar y tierra a que esta se mantuviese para entonces y para después. En el segundo, los dos beligerantes se obligan, cada uno, como ya queda dicho, en diferente Tratado, a concurrir con sus fuerzas al mantenimiento de dicha neutralidad y a entenderse con Inglaterra sobre las medidas necesarias. En el tercer artículo se consigna un principio que desvirtúa la tesis erróneamente sostenida, cuyo principio, sin duda, no se ha tenido en cuenta por los beligerantes propagandistas del imperio alemán, de cuyo patriotismo acentuado, sería grave error hacerles culpa, aún en el momento en que alteran los hechos al ponerlo ante los ojos del gran público que no puede examinar cuidadosamente las cuestiones debatidas, y que es útil para el conocimiento del problema, reproducir íntegro: "Este

Tratado obligará las Altas Partes contratantes por la duración de la presente guerra entre la Francia y la Confederación de Alemania del Norte o Confederación del Norte de Alemania, y por doce meses después de la rectificación de todo Tratado de paz de estas dos partes; y, *al expirar este término, la independencia y neutralidad de Bélgica, por lo que concierne a las respectivas Altas Partes contratantes, continuarán basadas como antes en el artículo primero del Tratado de las cinco Naciones, de 19 de Abril de 1839".* El último artículo habla de las ratificaciones, y no importa al caso.

No cabe duda de que este doble Tratado no derogó, no podía hacerlo, el de 1839, ni pueden discutirse los términos del mismo, porque son tan claros y evidentes, que nunca podrían ser mejorados, en estos dos sentidos, por documento diplomático alguno Tampoco puede alegarse que si bien el Tratado de 1870 no modifica el de 1839, lo interpreta, sin embargo, en el sentido que llegado el casus belli es preciso una estipulación nueva para dar fuerza a lo anterior. Este criterio, de triunfar, llevará el arte de la diplomacia al grupo de las ciencias especulativas y las relaciones entre los Estados al campo de la abstracta doctrina.

La creación de un Estado neutro y el Tratado que garantiza su neutralidad, son hechos meramente positivos, la aceptación del mismo una promesa de cumplimiento, no solamente de omisión, sino en caso necesario de acción. Cuando Prusia firmaba en 1839 con cuatro Potencias más el Tratado famoso, no realizaba un acto inútil, sino ofrecía, sobre su fé de nación civil, respetar ella las cláusulas de la neutralidad y tener derecho a obligar a otros a que la respetasen. Y todo esto, precisamente no en tiempos de paz, sino en el único momento en que surge con más eficacia el concepto de nación neutral, porque neutralidad y guerra son términos correlativos. Suponer que un nuevo Tratado debe preceder a todo conflicto internacional, es negarle eficacia al primero, es como ya hemos dicho, llevar al arsenal

de los hierros viejos lo que es una prescripción internacional completamente en vigor.

Es fácil comprender como sin un examen cuidadoso del problema se haya podido caer en el error. *Prima facie* puede pensarse que si en 1870, cuando las dos naciones que hoy contienden, batallaron, fué necesaria una nueva obligación, en 1914 hubiera sido preciso hacer algo en idéntica o parecida forma para que los beligerantes respetasen lo que en aquel entonces respetaron.

Este lógico razonamiento cae pronto por su base. Un Tratado de neutralidad no excluye un Tratado de garantía de la misma, al contrario, es el que mayor homenaje le rinde. La forma y la manera de mantener la neutralidad belga no fué del todo prevista y no podía serlo. Bélgica por su parte y las potencias que firmaron el documento se obligaron a mantener esta neutralidad, pero no podían entonces preveer los múltiples casos que el porvenir preparaba y prefijar la solución. Esta aplicación del pacto se dejaba al momento preciso, al momento oportuno. Por consiguiente, en 1870 Inglaterra buscó la forma de garantizar las cláusulas del Tratado de 19 de Abril de 1839, y Francia y Prusia se la dieron con los dos Tratados de 9 y 11 de Abril de 1870, obligándose a acudir con las armas en defensa de lo que precedentemente habían pactado. Los dos Tratados posteriores, pués, no constituyen otra cosa, sino convenciones para el mantenimiento de una estipulación precedente, a fín de que la fuerza esté al servicio del derecho, si es que otra fuerza quiere violar este derecho.

Que así sea, todo lo indica, la letra de los pactos y las obligaciones asumidas; pero es que así ha sido y fué interpretado. El Baron d'Anethan, en el Parlamente belga, le da en aquel entonces la siguiente exacta interpretación: "Los Tratados idénticos y separados concluídos por Inglaterra con las dos Potencias en guerra, no crean ni modifican las obligaciones que resultan del Tratado de 1839; ellos regulan, por un caso determi-

nado, el modo práctico de ejecución de estas obligaciones; ellos no debilitan en nada las obligaciones de las otras potencias garantes, y su texto da fé; ellos dejan íntegra para el porvenir el caracter obligatorio del Tratado anterior con todas sus consecuencias''.[1]

Emmanuel Descamp discurre ampliamente sobre esta cuestión cuando era simplemente especulativa y, no obstante, como si se hubiesen previsto las actuales objeciones así se expresa con gran precisión: ''La verdad es que los Actos de 1870 constituyen convenciones temporales de reglamentación de la garantía, de la misma naturaleza de las convenciones de 1831 que nosotros hemos citado. Y es absurdo interpretarlos como Actos que tienen por objeto revivir una garantía supuesta o caducada, como de torcer contra la validez de una ley, los reglamentos que sirven para su ejecución.[2] Charles De Woeste opina algo más, a nuestro entender con menos penetración que Emmanuel Descamp, a saber, que las dos convenciones de 1870 son inútiles, pués ellas no constituían sino la aplicación en caso necesario de los Tratados de 1839.[3] Es conveniente insistir en que estas e idénticas manifestaciones preceden de largos años la guerra actual y son emitidas en un campo puramente científico, y no animadas por un espíritu de parte o por una necesidad de defensa.

Es que la neutralidad belga ha encontrado quien la discutiera solamente después de violada. En Alemania, Francia e Inglaterra, que son las más interesadas, nadie la puso en tela de juicio. Para Alemania no es preciso hablar de antecedentes hasta, no la declaración, sino la confesión del canciller Bethmann Hollweg hecha ante el Parlamento alemán.

Bastan las palabras dichas en otros tiempos por el Gran Canciller, que Bélgica no tendrá nada que temer de una Alemania fuerte y su garantía de neutralidad gana con ello.

[1] Sesión del Parlamento belga de 16 de Agosto de 1870.
[2] Emmanuel Descamp. Obra citada, páginas 166-167.
[3] Charles de Woeste. Le neutralité belge, p. 56.

Bastan las propias defensas presentadas para explicar el caso, pués, en todas ellas palpita, no un espíritu de justicia, sino un estado de necesidad, que es de apreciarse, pero que no exime de las responsabilidades en el campo político. Estado de necesidad que aplicado en sus últimas consecuencias, vendría a echar por el suelo toda buena relación social, todas las conquistas de la civilización, que, precisamente, constituyen límites que el derecho ajeno fija a nuestras conveniencia, poniendo un interés colectivo, mediato o inmediato, por encima de la necesidad nuestra. Criterio que en el caso actual se traduce en la feliz expresión de Lloyd George: Si Alemania viola los Tratados por que esta es su conveniencia, debemos probarle que su conveniencia está en respetar los Tratados. Bastan las manifestaciones del Canciller Bethmann Hollweg a Bélgica en 1911, cuando las publicaciones de los periódicos sobre que Alemania en caso de guerra contra Francia, violaría la neutralidad belga, le dictaban una precisa desmentida declarando que no tenía Alemania intención alguna de violar esta neutralidad; y las del Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Won Takow, en 1913, ante la Comisión de Presupuestos del Reichstag, que interpelado por un miembro del partido Social Democrático, contestó: "la neutralidad belga está determinada por convenios internacionales y Alemania está decidida a respetar esos convenios".[1]

En Francia, a través de los múltiples cambios políticos, a través de las numerosas revoluciones del siglo pasado, la neutralidad belga nunca fué discutida. La monarquía de los Orleans la respetó coma si fuese obra suya, y en realidad la revolución belga de 1830 fué una consecuencia de la que llevó a los Orleans al trono de Francia. La República del 1848, que pretendió reanudar la política del 1793 llevando las ideas de libertad a las otras naciones, por boca de Lamartine, que fué su primer Ministro de Relaciones Exteriores, se dirige al Embajador belga, Príncipe de Ligne, y le manifiesta sus

[1] Libro Gris Belga. Documento núm. 12.

respetos a los Tratados, y que Francia no había cambiado sino de régimen interno. Caído Lamartine, a pesar de los temores que se tuvieron, su sucesor hizo manifestaciones idénticas. El segundo imperio no modificó de política, a pesar de las tendencias manifiestamente germanófilas del Rey belga. La cuestión del Tratado secreto franco-prusiano, que tanto alarmó a Bélgica, y con razón, fué realmente un acto engañoso de la política de Bismarck, el cual usó, en esta ocasión, como en tantas otras, al Embajador de Francia, de Benedetti, para sus fines. Que no haya sido más que esto lo demuestra el hecho que Bismarck no dió paso alguno después de tener en sus manos el famoso proyecto, que guardó cautelosamente para más tarde hacerlo público al estallar las hostilidades entre Francia y Prusia, obteniendo el resultado apetecido, pués, la liga de las potencias neutrales iniciada por Inglaterra, y que dejó a Alemania las manos libres contra Francia, fué una consecuencia de esta publicación.[2] El proyecto escrito de puño y letra de Benedetti, sobre papel oficial de la Legación, constituía una grave indicación que el nombre de Napoleón avaloraba notablemente.

El acto principal del segundo imperio, a este respeto, es su actitud en 1870.

Es lo cierto que Napoleón III al dar a conocer al Rey Leopoldo de Bélgica la declaración de guerra de 1870, le envía la manifestación solemne de respetar la neutralidad, y el 16 de Julio confirma aquella manifestación por la vía diplomática.[1] Bélgica, entonces como ahora, y a pesar de las declaraciones recibidas, a pesar de los tratados que los beligerantes habían celebrado con Inglaterra, se preparó militarmente para defender su territorio de toda violación, total o parcial. Ella sabía muy bien como lo ha sabido ahora, que puede existir y desarrollarse mientras esta neutralidad sea efectiva, o por lo menos, mientras ella demuestra saberla defender

[1] HENRY WELSCHINGER. La neutralité de belge. *Revue des deux mondes,* Septiembre 1° de 1914, p. 9.
[2] HENRY WELSCHINGER. Artículo citado, p. 10.

con todo el vigor de su potencia creciente, con todo el valor que la Historia y el Testimonio de César, le reconocen. Parece seguro el hecho que el General Wimpffen, el vencido de Sedán, había proyectado su entrada en Bélgica para sustraerse de la derrota, pero el confin estaba guardado muy bien y el ejército belga dificultaba la empresa.[1]

La tercera República ha procedido mejor aún que los sucesivos poderes y tambien en momentos en que creíase que Bélgica se inclinaba hacia Alemania; en momentos en que veíase al Rey Leopoldo en sospechosas relaciones con el vecino Imperio; en los tristes días en que aparecían las supuestas revelaciones, en las cuales creía fácilmente el gran público; cuando las fortificaciones belgas que se erigían, parecían dirigidas contra Francia y no en defensa de una invasión alemana.[2] Hubo un periodo, del 1887 al 1895, que en Francia se suponía que Bélgica no solamente dejaría pasar un ejército invasor en su rápida marcha sobre Paris, sino que juntaría sus fuerzas a las del Imperio alemán. Y más tarde, en vísperas de esta guerra, los hombres de Estado de la República conocían las intenciones alemanas, sabían que el Kaiser había indicado al Rey Alberto que ya él había abandonado el partido de la paz y tambien tenían noticias de las palabras de Von Moltke, el Jefe de Estado Mayor del ejército alemán, de que era preciso pasar por Bélgica en caso de guerra.[3]

Durante cuarenta y cuatro años y a pesar de las sospechas y del conocimiento de hechos ciertos, los sucesivos gobiernos franceses no han adoptado más actitud que la que le obligaban los Tratados y la fé de la nación empeñada solemnemente.

Inglaterra por su parte no solo no ha dudado un mo-

[1] Declaración del General Chazal ante la Comisión Militar de 1871.

[2] *Nouvelle Revue* de 1 de Julio, 1 de Octubre de 1888, y otros más en el siguiente año.

[3] *Bibliothèque universelle et Revue de Suisse*—més de Diciembre.

mento de la existencia de la obligación en virtud del convenio de los cinco Estados, sino que desde 1839 se hizo el campeón de esta neutralidad.

Lord Parmelston, en el 1848 habiendo Lamartine abandonado la cartera de Negocios Extranjeros del Gobierno francés, temiendo las, agitaciones demagogicas fomentadas por las mismos hombres del Gobierno, afirmaba que "los potencias no tenían solamente el derecho sino el deber de garantizar la independencia belga, cuyo deber consistía en ayudar por todos los medios la parte lesionada por la agresión de una de las potencias, y de conservar o de hacerle devolver, la posesión territorial determinada por los Tratados". Y yendo más allá, tomó el empeño formal de dar el apoyo más decidido en caso necesario. Gladstone, más tarde, no tiene lenguaje distinto; es más, llevando el asunto del campo jurídico al moral, como era su sistema, declara que la violación de la neutralidad belga "sería la perpetración del crímen más odioso que hubiera nunca manchado las páginas de la Historia".[1] El Conde Russell en la Cámara de los Lores formula en el mismo 1870, con un poco de empirismo, la obligación juridica de la Gran Bretaña: "Nuestras obligaciones para con este Reino (Bélgica) son de las más sagradas; nosotros hemos aceptado estas obligaciones conjuntamente con otros Estados o separadamente de ellos. Nosotros no podemos escojer entre múltiples soluciones; no tenemos que seguir más que una sola vía y esta vía es la del honor. Estamos obligados a defender a Bélgica. Los miembros del Gobierno Inglés declaran pública y explicitamente que ellos entienden respetar nuestros Tratados, cumplir lealmente sus obligaciones y no deshonrar el nombre de Inglaterra". Lord Salisbury se ha acercado más al lenguaje del hombre de Estado y ha podido decir con justicia, no del todo precisa, pero cuya falta de precisión está justificada: "La independencia de Bélgica es extremadamente importante a las potencias europeas, y ellas estan ligadas con pactos altamente favorables a la

[1] Emmanuel Descamp. Obra citada.

independencia de este pais.[1] Si Salisbury hubiera añadido "Y vitalmente necesaria a Inglaterra" hubíera dicho toda la verdad histórica.

Es extraño que el Canciller Bethmann Hollweg no haya comprendido la esencia y por ende la razón de ser del pedazo de papel, como el lo llamó, de los Tratados de 1839; que pretendan no comprenderlo los polemistas posteriores puede pasar; pero que el llamado a dirigir los asuntos del más potente imperio, dominador por largos años de la política continental, no los comprendiera es inexplicable. Es inexplicable que el pais, en el cual se ha tenido una previsión absoluta de los menores acontecimientos, que ha podido conocer en el campo militar todas las debilidades de los adversarios, sus fuerzas, sus movimientos, sus vías de comunicación, sus fortalezas, sus ciudades, sus habitantes y la fortuna de estos, todo con maravillosa precisión, no haya conocido en el campo diplomático la importancia real que Inglaterra daba a los Tratados de 1839, cuando al más ligero historiador no se lo oculta. Es evidente que hay dos Alemanias, una de los militares, admirable, perfecta en su género, otra diplomática, completamente negativa.

El pedazo de papel (Scrap of paper) del Canciller del Imperio,[2] tenía su razón de ser; en el 1839 al ser redactado fué como consecuencia de toda la historia precedente, y después de entonces venían a ser una preciosa conquista que no debía abandonarse, conquista no discutida en largos años, sino siempre respetada, aún en las más difíciles crisis.

Toda la política extranjera Inglesa se debate sobre las costas que la rodean de tan cerca, cuando ella no es política colonial. Son ellas campo de lucha constante, allí se forma el espíritu audaz y constante del inglés; allí está a el teatro de largas guerras y de conquistas continentales.

[1] Sesión de 17 de Julio de 1891 en la Cámara de los Lores de Inglaterra.

[2] Comunicación del embajador Inglés á Sir Edward Grey. Sobre la declaración de guerra.

Véase lo que en época no influída por los acontecimientos de hoy día, decía un eminente escritor inglés.[1]

"Bajo los reinados de los Eduardos I y III, nuestra política exterior ya había empezado a asumir una forma definida, y a dirigirse hacia fines nacionales en que todavía tienen la vista puesta los modernos estadistas. La política británica de aquellos ha muerto, porque ya se ha consumado, pero su política europea ha sobrevivido después de seis siglos. Su resúmen puede hallarse en el hecho de que la llave de nuestra posición en Europa está en los Países Bajos. Es extraordinario el extremo a que ha llegado este principio que ha guiado a nuestra diplomacia a traves de las edades, y la mayoría de nuestras guerras importantes han sido resultados más o menos directos del mismo principio.

"En estas guerras se incluyen desde luego la Guerra de los Cien Años, las más cortas de Enrique VIII y María; las Campañas holandesas de Isabel, las Guerras Holandesas de Cromwell y de Carlos II; toda la larga lucha con Luis XIV; la Guerra de la sucesión Austriaca, y las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas, que empiezan en la Escalda y terminan en Waterloo. Hasta hay quien no haya vacilado en predecir que nos espera otra contienda más severa todavía, si es que hemos de asegurar la independencia de esos países . . . y la nuestra.

"Aquí encontramos el orígen de la larga rivalidad entre Inglaterra y Francia, rivalidad que algunas personas han llegado a creer permanente e incurable. Pero no es contra Francia, como tal Francia, contra la que nos oponemos, sino, contra el poder que ha amenazado con su dominación a los Países Bajos. Ahora que ya ha pasado este estado de cosas, se ha visto que es posible para los dos países unirse y perseguir cordialmente una política común. Pero hasta época muy reciente, los Países Bajos poco tenían que temer de un vecino Oriental, a no ser que se aplique este término a Carlos V.

[1] ESME WINGFIELD-STRATFORD. History of English Patriotism, p. 61.

De aquí que nuestra política ha consistido generalmente en cooperar con Alemania contra Francia, situación que ahora se ha invertido completamente. Ya desde el reinado de Juan empezamos a verlo, y un ejército anglo-alemán fué el derrotado en Bouvines. Nuevamente encontramos a Eduardo III, a principios de la Guerra de los Cien Años, ejerciendo las funciones de Vicario General del Imperio, y conduciendo un ejército numeroso y heterogéneo para forzar en vano las defensas francesas de la frontera flamenca.''

En las épocas pasadas, sin embargo, los medios de ofensa no existían en la sorprendente forma actual; el mar no había sido conquistado en su profundidad; el aire era la sede de los espíritus o de los dioses. Hoy doblemente debía haberse comprendido que Inglaterra no iba a dejar instalar fácilmente sobre la rivera opuesta del estrecho canal a la segunda nación marítima del mundo, a la que quería empuñar tan fuertemente el cetro de Neptuno como tenía la espada de Federico el Grande, a la que aspira a tener un dominio colonial extenso con vehemencia no disimulada, a su rival en el comercio del mundo, a la nación industrial que en las luchas económicas todos los días en extremas regiones como en la propia Europa se batía palmo a palmo con ella. Es extraño que no solamente el Canciller del Imperio, sino hombres como el profesor Hermann Oncken, de la Universidad de Heidelberg, se obstinen en considerar de poca importancia, un pretexto que escogió Inglaterra para intervenir en la contienda, la cuestión de la neutralidad belga. El profesor Oncken en tono doctoral dice: ''No se hace la guerra por un motivo tan pobre''. Es verdad que él considera esta cuestión de la neutralidad siguiendo la opinión de muchos escritores ingleses, entre ellos, principalicimos los miembros de la facultad de Historia Moderna de la Universidad de Oxford,[1] como una puramente moral; pero en ello estriba el mayor error. Que los ingleses quieran mag-

[1] Why We Are at War. Escrito por los miembros de la Facultad de Historia Moderna de la Universidad de Oxford.

nificar su obra está en la naturaleza humana, pero que los alemanes no hayan comprendido esta intervención necesaria, indispensable, antes de la guerra y después, es completamente inexplicable.

Inglaterra corriendo con sus tropas sobre los campos de Flandes no defiende a los belgas, defiende su propio derecho adquirido en buena lid, en perfecta reciprocidad, por medio de un pacto de cinco potencias que garantizan el mantenimiento con su palabra dada ante el mundo y con toda su responsabilidad.

Esta supuesta sentimentalidad realmente constituye todo el error alrededor del cual giran la mayor parte de los ecritores que se han ocupado del caso, error explicable por la pasión del momento, que, aún distrae la mente de los más serenos. Se ha creido que la opinión pública de Inglaterra acudía en defensa de un Tratado y de un pueblo obligando a su gobierno a declarar la guerra a Alemania. De estos errores no es capaz el pueblo inglés ni su gobierno. Para cometerlos la Historia recuerda un solo cspecimen, Napóleon III, al cual, por cierto, el sistema no dió buenos resultados. Inglaterra no estaba dispuesta a intervenir cuando Austria, a pesar de todas sus declaraciones, se preparaba a romper el reciente Tratado de Bucharest, en daño de Servia, aprobado virtualmente por las potencias; y cuando Alemania rompía el Tratado de Londres de 1867 que garantizaba, con la firma del gobierno inglés, la neutralidad del Luxemburgo. Inglaterra cuyos grandes hombres de Estado se suceden sin cesar con maravillosa abundancia, hubiera comprendido toda la ridícula misión de desfacedor de entuertos que se la quiere atribuir. En un momento en que es Jefe del Gabinete la mente electa de Asquith, y dirige las Relaciones Exteriores Edward Grey, que un escritor ha paranonado a Pitt el joven,[1] el gobierno de esta nación debía inspirarse en la defensa de los intereses del Estado sosteniendo un Tratado que le benficiaba alegándose evidentemente que la propia causa conincidiese con una toda-

[1] JAMES M. BECK. The Evidence in the Case.

vía más alta de respeto a los pactos jurados y en beneficio de un pueblo laborioso, activo, probo, industrioso, apreciable bajo todos los aspectos.

Es erróneo igualmente divinizar el acto de los belgas cuando se hace crítica histórica. Los belgas han respondido a una necesidad; la desgracia a ellos acontecido, es una más que les ha traído su situación geográfica; es una más de las que la Historia les tuvo preparada desde siglos. Los belgas dejando pasar las tropas alemanas ciñiéndose solamente a presentar convencionales protestas, no hubieran visto, por el momento, sus casas destruídas, algunas ciudades arrasadas, en fín, las mil calamidades que se nos relata con vivos colores, probablemente sus industrias, sus comercios y sus monumentos hubieran quedado intactos, pero una cosa hubiera perecido de seguro: su independencia. Llamados a la vida nacional por la voluntad de las potencias y con el fín de que el nuevo Estado fuese neutral, al demostrar la imposibilidad de esta situación internacional hubiera venido a faltar la razon de ser de su independencia. Yuste, al estudiar la vida de la Reina María de Hungría, hermana de Carlos V, dice a este propósito: "La razón y la experiencia indicaban a la Reina María el verdadero papel que convenía a los Países Bajos, nación industrial y comerciante. . . . Una *neutralidad vigilante* podría solo consolidar su prosperidad y preservarla quizás de un desmembramiento".[1] Un escritor de los actuales momentos tratando con entusiasmo del Rey Alberto I afirma algo que es doblemente verdad, al calificarlo como el segundo fundador de Bélgica.[2]

En este caso, como en el de Inglaterra, no queremos quitarle importancia al sacrificio que la entrada en la guerra actual supone. Ni queremos que menos simpatía acompañe la desventura de los que tan duramente están sufriendo. Al contrario, es más admirable un pais cuando defiende su existencia nacional que cuando lucha

[1] YUSTE. Vie de Marie de Hungrie, p. 131.

[2] M. L. DUMONT-WILDEN. Albert I., second fondateur de la Belgique. *Revue des deux mondes* de 1 de Diciembre, 1914.

por un principio abstracto; en el primer caso la idealidad tiene por base el bienes tar colectivó; en el segundo caso, es producto de un estado morboso.

El gobierno belga comprendió desde los primeros momentos el peligro que corría y, ya desde el mismo día 24 de Julio, al anuncio del ultimatum de Austria, el Ministro de Relaciones Exteriores dirige una circular a los Ministros del Rey acreditados cerca de los gobiernos signatarios del Tratado de 1839 para que, en el momento oportuno, si los acontecimientos se precipitan con rapidez, lean al Ministro de Relaciones Exteriores de sus respectivas residencias una carta que enviaba sin fecha, reclamando el respeto de la neutralidad.[1] El 29 del propio més, en vista de los acontecimientos, el Gobierno Belga decidió poner "el Ejército en pié de guerra reforzado", y el 31 decretó la movilización. Inglaterra ya en esta fecha había actuado y seguía actuando cerca de Francia y de Alemania y en esta fecha cerca de Bélgica *exigiéndole el cumplimiento de sus obligaciones.* Sir Francis Villiers, Ministro de Inglaterra en Bélgica, solicitó ver con urgencia al Ministro de Relaciones Exteriores Sr. Davignon para manifestarle que "en vista de los Tratados existentes Sir Edward Grey presume que Bélgica hará todo lo posible para mantener su neutralidad", y el Sr. Davignon le contesta que "las fuerzas militares belgas, considerablemente desarrolladas en razón de la reciente reorganización, estaban en condición de permitirles una defensa enérgica en caso de violación del territorio".[2] El mismo día el Ministro de Alemania manifiesta al Secretario General del Departamente de Negocios Extranjeros que conocía los precedentes de 1911 y 1913, sobre declaraciones por porte del gobierno alemán de respetar la neutralidad belga, más arriba indicados, y que "tenía la certidumbre de que los sentimientos manifestados en estas épocas no habían cambiado".[3] Y el 2 de Agosto el propio Ministro ale-

[1] Libro Gris Belga. Documento núm. 2.
[2] Libro Gris Belga. Documento núm. 11.
[3] Libro Gris Belga. Documento núm. 12.

mán en Bélgica repetía que si bien no tenía instrucciones para hacer ninguna comunicación oficial declaraba que su opinión personal, ya conocida, era que Bélgica debía sentirse tranquila en cuanto a sus vecinos del Este.[1]

Pero el mismo día 2 de Agosto llega el ultimatum, que es obra de perfidia burda, que si bien tiene precedentes en la Historia, no deja por esto de ser una deshonra para la Humanidad. Parece evidente que la diplomacia alemana atada a la cola de los caballos pomeranos, fué obligada a escribir esta página inverecunda. En el ultimatum se declara la necesidad de la violación del territorio belga, la intención de ocuparlo como base de operación; se hacen ofrecimientos de comprar todo al contado; de conservar la integridad del territorio después de la guerra; y se lanza la amenaza de tratarlo como enemigo, caso de no aceptar las condiciones indicadas.[2]

Gran error de fondo y de forma contiene esta nota. En ella palpita el mismo sentimiento que animó a Federico el Grande al ocupar la Silesia; en ella hay la misma despreocupación del derecho ajeno, el mismo desconocimiento de los límites de lo que puede hacerse y de lo que no puede hacerse. El gran rey decía: Yo ocupo la Silesia, luego no faltarán pedantes que justifiquen mis derechos. El Estado Mayor alemán ha pensado lo mismo, pero olvidando que los tiempos han cambiado y que el aislamiento moral en que su nación se encuentra, a pesar de haber sido la patria de tantos hombres queridos por la Humanidad, es consecuencia de esta gran falta cometida, que el derecho de guerra moderno no puede permitir, no puede autorizar, aún siendo para defender grandes intereses tácticos, aún siendo para destruir rápidamente a un enemigo y volver luego contra otro, aún para determinar la suerte de una guerra.

Porque de otro modo todo estaría autorizado, el asesinato colectivo y la esclavitud del vencido, la toma de

[1] Libro Gris Belga. Documento núm. 19.
[2] Libro Gris Belga. Documento núm. 20.

sus riquezas, el abuso de su persona. No. La Modernidad ha creado una fuerza, en el campo internacional, superior a la de las armas; una fuerza efectiva que da victorias e impone derrotas; una fuerza que se llama derecho y que encuentra sus vigorosos sostenedores en todos los que, en los principios de orden general dictados para el bien público y honradamente cumplidos, ven una garantía de su existencia propia.

CAPÍTULO XIX

EL ULTIMATUM Y LA DECLARACIÓN DE GUERRA INGLESA

Inglaterra actuó con extraordinaria rapidéz, pidió a Francia y a Alemania, como en 1870, la confirmación del respeto de la neutralidad belga. Francia dió su manifestación favorable inmediatamente a Londres y a Bruselas. Esta actitud de Francia, debida a un alto concepto de sus propios deberes, o debido a sus planes militares, que no suponían una invasión en aquel territorio, es grandemente laudable. Alemania demoraba toda contestación explícita a Inglaterra; pero la misma diplomacia tenía otro lenguaje en Bruselas. Con el Gobierno inglés no se quería asumir la responsabilidad de empeñar una palabra que al violarse hubiera constituído un ultraje; con Bélgica se quería ocultar la verdad para que no se hallase preparada, pués, no es posible que la invasión belga no estuviese de antemano acordada, ni que la diplomacia desconociese los planes militares.

En definitiva, Alemania se decidió, y ante la amenaza de Inglaterra de declararle la guerra, von Jakow no supo dar mas explicación que las necesidades militares, y más tarde Bethman Helloweg, disolvió sus ideas en un mar de palabras, condoliéndose de que por un pedazo de papel Inglaterra fuese a la guerra.[1]

[1] Miscellaneous No. 8 (1914). Documentación oficial del gobierno Inglés.

Alemania estaba en guerra con Bélgica el día 4 y en igual momento asaltaba el territorio que con contínua escrupulosidad se había mantenido por tres cuartos de siglo dentro del más estricto cumplimiento de los pactos jurados al surgir como nación. El mismo día 4 de Agosto Inglaterra previo un ultimatum declaró la guerra a Alemania. Fecha grave para este pais que había aprendido a no tener en debida cuenta al pais que no perdona, por las elucubraciones de sus escritores de cuestiones políticas que en la despreocupación de la paz y después de alegres satisfacciones, no saben el daño que hacen explotando la credulidad de las masas y el fanatismo de las clases directoras.

¿Hubiera dejado Inglaterra de intervenir en un conflicto que ponía en graves aprietos a la nación que de una manera evidente quería disputarle el dominio del mar?

Es de suponerse que no cometiera tal error. Los escritores alemanes han hablado mucho de que Inglaterra ha intervenido en la contienda para destruir el comercio de su rival. Dar al orígen de la guerra esta única hipotesis es, por lo menos, si no del todo, una exageración y significa desconocer las magníficas estadisticas del comercio Inglés de los años más recientes. Que, en efecto, la competencia alemana llevada con toda actividad y con gran audacia, no agradaba al imperio británico, no es discutible; que una de las causas, y quizás la principal, de las dificultades políticas fuese el recelo económico, es indudable. ¿No era el propio Kaiser el que había relacionado la actividad mercantil de los alemanes con la necesidad de una mayor fuerza marítima? La política internacional del Estado como necesaria protectora de los intereses comerciales y como propulsora de estos intereses fué idea del Kaiser Guillermo II, antes de ser de los modernos fenicios como se ha querido calificar a los ingleses, y antes de ser programa infecundo de un breve periodo de gobierno en una República eminentemente industrial como la de los Estados Unidos. La justificación que ante el pueblo alemán se presentaba

a fín de pedir nuevos créditos para la marina de guerra, se basaba en que ella defendería el comercio y lo aumentaría, y *sotto voce,* y a veces aún en alta voz, contando con la inperturbabilidad británica, se decía que debía servir a expulsar a los ingleses del predominio del mar.

A estos ingleses se les había amenazado, pués amenaza es que el Kaiser dijera: "Nuestro porvernir descansa sobre el mar", o la otra frase pintoresca: "Sin el consentimiento del Soberano alemán, nada debe suceder en ninguna parte del mundo". A una nación como Inglaterra, que vive solamente por su supremacia sobre los mares, no se le puede suponer que quede neutral cuando la que tales cosas concibe puede ser reforzada, y por lo tanto más decidida, de una lucha victoriosa con otras potencias.

Sin embargo, las ideas de la política inglesa parecían en los últimos años favorables al mantenimiento de la paz.

Hay un fenómeno que no podemos dejar pasar inobservado: mientras en el Continente europeo después de las declaraciones de guerra los gabinetes se refuerzan con los adversarios irreconciliables del día de ayer, concurriendo a ellos, en Francia, Jules Guesdes, en Bélgica, Vandervelde, y constituyen en Alemania, la gran masa de los que aplauden al Kaiser, los Socialistas del Parlamento junto con sus electores organizados en regimientos, tan disciplinados como los que han marchado a las fronteras, en Inglaterra salen del Gabinete tres de sus miembros, los partidarios de la paz a toda costa, y se manifiesta una oposición en el Parlamento entre los mismos sostenedores del Gabinete Liberal.

No es que en Inglaterra no se hayan terminado como por encanto todas las diferencias partidarias. La suprema voz del patriotismo habló a los oídos de todos, reclamó el sacrificio de irlandeses como de ingleses, y todos respondieron igualmenté. Pero es evidente que de no haber procedido Alemania con tanta despreocupación del derecho ajeno, del respeto a los Tratados y a

los intereses ingleses, la protesta sorda de Morley y Burns hubiera podido trocarse en acción preventiva del Parlamento, cuya mayoría estaba mucho más dispuesta a la paz que a la guerra. Los viejos liberales de Gladstone y los jovenes miembros del Liberal Labour Party, que constituyen los dos extremos de que depende, ya desde algunos años, en armonía con la voluntad repetidamente manifestada, del pais, el gobierno actual, estaban de acuerdo en desear la paz a toda costa. Al final del 1913 y principios del 14, parecía que esta mayoría debiá deshacerse y que los unos debían seguir al fogoso Winston Churchill y los otros a Lloyd George, no menos fogoso, precisamente sobre cuestiones relacionadas con una posible guerra, y solo la autoridad de Asquith, con su admirable capacidad de hombre de Estado, pudo evitarlo.

Al gobierno inglés no le hubiera sido tan fácil escojer un momento oportuno, debía contar con el Parlamento, y con el pueblo, y lo uno y lo otro no es cosa muy fácil allí donde la opinión pública no estaba preparada, agitada como en Alemania.

Debe reconocerse que Alemania por su parte, no pudo llegar a penetrar la intención del Gabinete de Saint James, a pesar de todos sus esfuerzos, pués este quiso mantenerse en todos casos con las manos libres.

Cuando el gobierno alemán hizo preguntar al ingles que si mantendría su neutralidad respetándose el Tratado de 1839, y por lo tanto la neutralidad belga, Sir. Edward Grey no quiso comprometerse y hubo de expresar que no se había considerado tal punto. En efecto, no podía Inglaterra atarse de las manos, pués estaba en el orden de las cosas que en un momento u otro hubiera debido intervenir en el conflicto por su propio interés, lo cual solo podía ser evitado por una de esas aberraciones que las muchedumbres sufren enamoradas mas de un principio absoluto que de la realidad de los hechos, de cuyo peligro hubiera podido no librarse el pueblo ingles.

Entre acudir más tarde, o hacerlo en el momento, ha-

bían ventajas y desventajas, el gobierno prefirió aquel momento, en que sorprendía la marina mercante esparcida, los barcos de guerra en sus destinaciones de paz y en que podía evitar sorpresas como la que los Rusos habían tenido oyendo como única declaración de guerra los golpes del cañon de Chemulpo.

CAPÍTULO XX

LA TURQUÍA EN EL CONFLICTO

La única nación que se ha resuelto a seguir los dos imperios germánicos en la formidable lucha por ellos emprendida, ha sido Turquía. Esta nación ha sufrido durante siglos el peso de no haber aceptado, al penetrar en Europa, el cristianismo; una sorda oposición, cuando no violenta, la hace víctima en lo político de su fé religiosa. Parece que el mundo europeo que justifica otros ídolos menos lógicos en lontanos continentes no quiere transigir con el islamismo a las puertas o dentro de la misma Europa. Pueblo de raza tártara, de la misma que envió a los búlgaros y a los húngaros a sentarse sobre sus tierras feroces, ha sido objeto de todas las oposiciones y de todas las animosidades al punto que en su daño un ideal de civilización está ligado a un interes internacional: expulsar de Europa primero y obligar a perecer después, al imperio de la media luna, parece la consigna del presente siglo.

En la existencia social nada es peor que la unión de lo sentimental con el interes cuando es dirigido a dañar determinada existencia.

La historia gloriosa del Islam, desde algún tiempo es la más llena de dolores. El curso de los años constituye una continua, ina terable disminución de su potencia, una pérdida de pedazos de su territorio, entre las generales aprobaciones, entre el entusiasmo de todo un mundo.

El turco, sin embargo, es considerado, por los estudiosos de cuestiones de aquel Oriente, como de índole buena, de gran honradez personal, de gran escrupulosidad. Aunque sufran con la afirmación los principios religiosos del cristianismo, es lo cierto que de todos los pueblos que se agitan en aquella parte del planeta, el turco inspira mayor confianza y mayor afecto. Escritores de todo género, diplomáticos, europeos y americanos allí residentes, viajeros de comercio, todos al unisono consignan igual opinión.

Esta raza que parecía dormida, supo, ha pocos años, encontrar un nuevo estado de cosas, destronar a Abdul Amid, el sultán rojo, más instrumento que instigador, para exaltar al trono con un régimen de libertad a Mahomed V. La revolución de la joven Turquía, que se había paseado por las grandes ciudades europeas, por tantos años tramando infecundos complotes, pudo vencer sin grandes luchas con un pronunciamiento.

La revolución cumplió su misión en el interior, ella, desgraciadamente, inspiró muchos recelos para cumplir la exterior constituyendo un amplio imperio que sirviera de barrera a los apetitos eslavos y a las ambiciones occidentales prestando así un gran servicio a la causa de la Humanidad. Por el contarrio, desaparecido el viejo régimen rutinario fué despertandose con mayor instinto salvaje la codicia ajena ante el temor que los nuevos gobernantes no hiciesen menos fácil la conquista.

En el campo diplomático aconteció igualmente un cambio. Inglaterra fué separándose del puesto de primera fila hasta entonces ocupado, no ya que abandonara la arena, sino que dejaba la acción principal a Alemania, decidida a abrirse un camino por aquel rumbo, y a Rusia vuelta a la política europea con nuevos brios.

La labor del Embajador alemán Von Marshall encontró el campo abandonado ya. Así el antiguo como el nuevo régimen turcos comprendían que no podían esperar nada de Rusia, que fuese favorable a sus intereses; mientras que Alemania, aún a los ojos de los más recelosos, no podía despertar sospechas inmediatas.

De seguro Von Marshall debía soplar a los oidos de los más crédulos o más ambiciosos teorías de legítima expansión que debían parecer sinceras. Los germanos y los musulmanes constituyen dos grandes masas compactas, dos razas igualmente guerreras, dos pueblos situados en favorables posiciones; la unión de los dos debía constituir su gloria y su biennestar, y debía servir para expulsar de las formidables posiciones adquiridas a los pequeños pueblos que solo una temprana osadía había llevado al gobierno del mundo en daño de más legítimos intereses. Estas y otras teorías prudentemente explicadas, pero dichas cor fé, junto con la realidad de la situación internacional inclinaron decididamente a Turquía hacia el gran imperio central.

Turquía decidió ir a la guerra el día en que perseguidas en el Mediterráneo se refugiaron en los Dardanelos dos barcos de guerra alemánes siendo por ella recibidos. Rusia, sin embargo, procuró no comprender que el momento había llegado de saldar de una vez aquella cuenta que había quedado pendiente desde el Congreso de Berlin. Inglaterra preocupada por sus posesiones africanas igualmente dejó en casa aquella arrogancia que viste bien solo en tiempos de paz.

Por su parte Turquía no tenía prisa en entrar en la lucha y le bastaba llamar al Goeben Selim Yaruz, nombre de aquel famoso sultán que tuvo por compañero de dominación en el mundo a Carlos V y conservar los prácticos marineros alemanes; preparar sus fortalezas, llenarlas de alemanes[1] y esperar que, según la tradición, los infieles la obligasen a dar la paz a Europa por medio de la guerra.

Parece que un espíritu ardiente, patriota y ambicioso, ambicioso al punto que se le atribuye la aspiración de ocupar el Califado, Enver Pascha, Ministro de la Guerra, haya sido el alma de la fase decisiva de la entrada de Turquía en la contienda. Enver es aquel que siendo bey sostuvo la resistencia en Cirenaica contra la inva-

[1] *The Times* del 11 de Diciembre 1914. Relación de Sir Louis Mallet.

sión italiana, es aquel mismo que entro en Adrianópolis cuando fué reconquistada mandando la vanguardia, es sobre todo el héroe del golpe de Estado que derrumbó sangrientamente al Ministerio moderado para que este cayera en sus manos y en las de Talaat bey con las figuras decorativas del actual gran Vizir y del Ministro de Hacienda, hombres de valor ambos, pero de escasa energía.

El prestigio de Enver Pascha era y es grande en el ejército, y por tanto Mahomed V que por una conspiración del Ejército llegó al trono, y su hijo el heredero de la Corona, no tenían autoridad para oponerse a sus planes. Si en un pais como Alemania ha podido el partido militar imponerse poco a poco a toda la Nación, ¿que no podía hacer este en Turquía?

Frente a los hechos que se iban desenvolviendo hacia una finalidad evidente, frente a la preparación de la guerra llevada a cabo bajo el manto de la neutralidad, las tres potencias aliadas dirigieron una nota colectiva pidiendo la retirada del suelo turco de los alemanes que desempeñaban funciones públicas. El Gabinete de los Ministros de Estado, vaciló, mientras tanto el partido de la guerra provocó, de acuerdo y quizás inspirado por los oficiales alemanes, las conocidas agresiones; y la guerra estalló.[1]

El Sultán debía hacer uso de la terrible arma, conservada como una amenaza, de la guerra santa para rebelar al Egipto y a las Indias contra Inglaterra, y a la Tunisia, Algeria y Marruecos contra Francia. Sus ejércitos debían asaltar a Rusia debilitándola en su frontera occidental, debían correr al canal de Suez y el Egipto para que Inglaterra abandonase a Francia para defender sus posesiones.

Hasta el momento actual no parece que el mundo islamítico deba realizar tales empeños. La guerra santa no ha dado el resultado que se esperaba, parece que el fino instinto de las masas, y las musulmanas tambien tienen este instinto, les hace comprender que la religión sirve

[1] *The Times.* Número citado. Relación citada.

una vez más para fines políticos y que en Constantinopla se invoca al profeta sin que los hombres de la Sublime Puerta crean en él. La organización de las grandes masas que tambien se esperaba tampoco parece fácil, las guerras modernas han demostrado que la máquina se ha sustituído a los hombres, y que la organización de los ejércitos no es fácil empresa.

Turquía estará al lado de los beligerantes menores, de Servia llena de bravura y resistencia, y de Montenegro fiel aliado de esta, pero no podrá representar, por el momento al menos, el brazo que debiera detener la lenta pero pesante avalancha moscovita.

CAPÍTULO XXI

LA NEUTRALIDAD ITALIANA

La razón del porqué Italia haya permanecido neutral no ha sido aún generalmente comprendida, aunque suficientemente explicada. El gobierno italiano ha dicho claramente sus causas, la prensa del pais no solamente ha llevado al conocimiento del público gran acopio de datos, sino que ha polemizado con justos argumentos contra las alegaciones contrarias, maliciosa o abiertamente presentadas. Pero el gran público que no tiene porqué analizar, ni conocer los límites del problema, con criterio sencillo afirma que *la aliada de ayer, del tiempo de paz, no ha seguido hoy siéndolo sobre los campos de batalla.* Y no solamente la gran masa se manifiesta en este sentido, sino tambien aquellos escritores que olvidando su misión de ilustrar a los demás a la luz de los hechos reales, llevados por la pasión del momento, afirman que la declaración de neutralidad italiana constituye una traición.[1]

El recuerdo de otra, declarada en 1870, cuando el gobierno francés esperaba el apoyo italiano, avalora un

[1] Hugo Münsterberg. The War and America, p. 74.

poco las afirmaciones de hoy día, en que con razón o nó, se afirma que Alemania igualmente esperaba ver sobre los campos de batalla y en su defensa los ejércitos del Rey de Italia.

Un hecho de orden general debe consignarse como base de esta cuestión sin el cual no podría explicarse la doble coincidencia de dos esperadas ayudas que han venido a faltar en el momento decisivo. Italia no ha hecho política sentimental; y más exactamente puede decirse que el gobierno italiano no ha hecho nunca política sentimental; el pueblo la ha hecho siempre. Admirable división que el maravilloso espíritu latino concibe, y que las naciones nordicas que tan ligados tienen el gobierno a la opinión pública, como Inglaterra y los Estados Unidos, o tan sometida la una al otro, como Alemania, no saben comprender; y que, sin embargo, responde a la más exacta necesidad de una etica política. El gobierno es un gestor de negocios, debe pesar las conveniencias, debe juzgar de los intereses; su mayor cuidado debe estar en armonizar el bien inmediato con el mediato, no violar los principios de orden colectivo aceptado por todos y que los otros respetan, porque esto constituye un interés, pero no debe perderse en el campo de los principios abstractos olvidando la realidad de las cosas, ni correr detrás de una quimera olvidando los sagrados deberes que se le han impuesto. El pueblo en cambio es la expresión de las distintas faces del alma humana; es sentimental, pasional, valeroso, arrojado, prudente, cobarde, a veces brutal, en el hay, con el exceso, a que siempre se llega cuando las ideas se suman a las ideas, las cosas a las cosas, los hombres a los hombres, un caleidoscopio de todos los principios, positivos o negativos, de la moral.

Así el pueblo italiano se ha batido sobre todos los campos y a favor de todas las ideas, ha luchado, dando su vida, en los distintos emisferios. La America, la Grecia, Polonia, Hungría han encontrado italianos que ofrecían sus brazos y sus vidas, aquella misma Francia, que no había visto los ejércitos de Victorio Emmanuele

II junto a los suyos, en el 70, como en el 59 lo habían estado sobre las llanuras de Lombardía, admiró en cambio las camisetas rojas de los voluntarios dirigidos por Garibaldi sobre las montañas de los Vosgos y alrededor de Dijon.

Una política sentimental por parte del gobierno del Piamonte primero, de Italia después, no hubiera hecho posible la constitución de Italia en una unidad política, y de haberla llegado a hacer en determinado momento hubiera sido efímera. La frase de Metternich "Italia es solamente una expresión geográfica" hubiera pesado sobre la península, quizás, eternamente. A la sabiduría de maravillosos hombres de Gobierno, de finos diplomáticos debe su existencia de nación, en cuyas luchas para su consecución no se sabe si jugó mejor papel el valor o la prudencia, tan grandes fueron ambos.

Esta unidad italiana se hizo de manera distinta a la gérmanica. Esta última tuvo a su disposición el mejor ejército de Europa; tres guerras las de 1864, 66 y 70, victoriosas las tres y de aquellas victorias fáciles que convencen de su inferioridad al enemigo, le sirvieron de pedestal. Además su unidad fué una amalgama, no una renovación. La italiana, en cambio, tuvo el reducido ejército del Piamonte, pocos hombres sin material de guerra y el grupo, la cohorte de los soldados de Garibaldi. Sus derrotas no eran de extrañar y sus pocas victorias no podían producir entusiasmo, ni dar esperanzas; su unidad fué toda una renovación *ab i*[illegible] *damentibus,* contra el Jefe de la Cristiandad qu[illegible] a Roma desde Carlo Magno y aún desde antes [illegible] Austria, poderosísima entonces, contra los Borb[illegible] Nápoles, monarquía secular, contra príncipes au[illegible] influyentísimos en la corte de su nacimiento. [illegible] conocedores de la Historia de este pais aparec[illegible] comprender cuanta habilidad hubo que despl[illegible] cuanta astucia para tener en el 1859 a Napól[illegible] sobre los campos de Magenta y Solferino venc[illegible] los austriacos, y en 1860 amigos a los ingleses [illegible] ron con simpatía salir de Quarto para Marsala a José

Garibaldi. Más tarde, sin enagenarse la voluntad de Francia, en el 1866, se alía con Prusia y obtiene de Austria vencida, el Veneto; y en 1870 completa su actual existencia ocupando Roma, que Napoleón III influído por los católicos franceses, poderosísimos en la Corte, denegaba, mediante aquella neutralidad que a Francia presentaba como benévola, a Inglaterra como una consecuencia de la liga de los neutrales por ella iniciada y a Prusia como un gran servicio prestado a la causa que ella sostenía.

Sin el genio secular, adquirido en la desgracia, obligada como lo ha estado a obtener derechos no por medio de la espada sino con la palabra, la actitud, el razonamiento, no hubiera podido Italia alcanzar tales resultados.

Si la política de ella hubiese cambiado, si se hubiese inclinado hacia algun principio de orden general que fuera producto de un sentimiento y no de una necesidad o de una utilidad, las consecuencias hubieran sido distintas, la unidad todavía un sueño de patriotas, una aspiración de poetas, una elucubración de filósofos.

Los cuarenta y cuatro años que han pasado, desde que Roma pudo ser Capital del nuevo Reino, han sido de equilibrio constante mirando siempre a los sagrados intereses del propio pais. Austria odiada llego a ser una aliada útil. Francia, la hermana latina, una adversaria temida. Bismarck quiso, con aquella habilidad y astucia suya, que desafiaba los acontecimientes, que Italia entrase en la Tríplice por conducto de Austria uniendo en primer término a las dos naciones rivales e Italia accedió con el beneplacito de la gran mayoría de sus hombres públicos. Mantener los mismos principios de la época de la formación de la unidad después de haberla alcanzado fué el programa de sus Gobiernos, porque el periodo de consolidación ha sido igualmente difícil, pués además de las concupiscencias externas, siempre temibles, tenía un enemigo interno, la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, con el inmenso número de fieles

que lo siguen en pié de protesta, reivindicando el poder temporal, aspirando al gobierno de Roma.

El Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Antonio Salandra, indica esta política en la Cámara de Diputados, una vez más en estos últimos días y a propósito de la guerra. No debemos ser de unos o de otros, debemos ser exclusivamente italianos. Nuestra neutralidad no es el abandono de posiciones conquistadas o el acto de Pilato despreocupándonos de los acontecimientos; es en cambio la más sólida situación para aspirar a que se nos reconozcan nuestros derechos y se satisfagan nuestras aspiraciones.

A los ruidos de la plaza, a las aclamaciones y a las protestas, los hombres de Estado italianos han sonreido benévolamente, pués han creido admirable que un pueblo aplauda las grandes ideas, aspire a nobles acciones, se haga, aún en su relativa debilidad, campeón de brillantes principios, del equilibrio ético, propagador de la virtud; pero han seguido su camino laborando por la consagración *ad perpetuam memoriam* de la obra que otros habían llevado a cabo con esfuerzos y fortuna.

En el examen de los hechos, siguiendo ya este racional criterio, se ve facilmente que la Triple Alianza fué consecuencia de una necesidad. Cuando ella se formó Alemania no tenía la maravillosa marina de guerra que posée, no había, entonces, causas de fricciones con Inglaterra, al contrario, permanecían, aunque en algo atenuados por el aumentado poderío prusiano, los mismos sentimientos que durante siglos hicieron de las dos naciones las aliadas naturales. Italia en cambio tenía en aquel entonces una marina considerada fortísima, por lo menos suficiente o más que suficiente a neutralizar toda acción naval de Francia contra Alemania, y tenía la amistad inglesa, amistad tradicional que solamente ha tenido pasajeras intermitencias. De su lado Alemania garantizaba con su poderoso ejército al nuevo reino, le defendía en el concierto europeo con su prestigio y daba autoridad a la casa reinante, todavía no considerada legítima especialmente en el Sur de

la península, en aquel entonces, y sobre todo refrenaba las veleidades de Francia, que ya estaba arrepentida de haber ayudado a crear con su brazo una poderosa rival en el Mediterráneo. El hecho de la ocupación de la Tunisia por parte de Francia convenció del peligro aún a los más renuentes italianos y a los más decididos francófilos. Garibaldi, que por La Francia se había batido y cuya tradición de simpatía no pudieron romper los retrogrados de la Asamblea de Burdeos que no lo quisieron miembro de la misma, a pesar de haber sido electo popularmente, porque no era francés, provocando el desdén de Victor Hugo y su retirada tambien de aquel Parlamento, tradición de simpatía que tampoco ha desaparecido pués aquel gran hombre la supo inculcar en sus familiares, dos de los cuales, Bruno y Constante, han caído en la hora actual sobre los campos de Francia, luchando bravamente por ella, Garibaldi, cuando la ocupación de Túnez, escribía: "El Tratado de Francia con el bey (de Túnez) derrumbó mi buena opinión que tenía de Francia, y si los procedimientos injustos continúan en Africa nos obligarán a recordarnos que Cartago y Niza eran francesas como yo soy tártaro; y que sobre la antigua Cartago los italianos tienen tanto derecho como Francia".[1]

Para Austria, la Tríplice, además de significar defensa contra el eslavismo, vino a ser como un reconocimiento por parte del nuevo reino de las posesiones italianas y una *entente* con un enemigo que estaba a sus espaldas siempre pronto a asaltarla en sus momentos difíciles como ya había acontecido en el 1866, en la guerra austro-alemana.

Los días que precedieron á la entrada de Italia en una alianza con los poderes centrales fueron difíciles. Los pareceres distintos, el Presidente del Consejo de Ministros Agostino de Pretis que en 1881 empezaba la parte de su carrera política, casi dictatorial, que debía terminar con su muerte, sucedido a Benedetto Cai-

[1] La Tríplice Alianza. Ricordi, note ed appunti di un vecchio parlamentare. En este libro so reproducen estas palabras.

roli deseaba continuar una política de amistad con Francia olvidando la ocupación de Túnez echa en daño de Italia. Pasquale Stanislao Mancini, el célebre internacionalista que dejó un nombre en la ciencia más alto aún que en la política, buscaba una fórmula armónica, amistad con Francia, pero intimidad con las potencias centrales. Un diplomático de carrera, entonces Subsecretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, más tarde Ministro, el Baron de Blanc, con menos autoridad, pero con más vigor, y más en armonía con los acontecimientos, sostenía la tesis de la alianza como una necesaria garantía al porvenir de Italia, alianza defensiva, que de no otra cosa se hablaba entonces y se ha hablado después.

Esta última tesis triunfó, el joven diplomático, por tendencia de espíritu libre de toda prevención, había visto claro en el problema, y poco a poco la opinión se formó. Bismarck exigió que se pasara por Viena para llegar a Berlin, y el hijo de Victorio Emmanuele II, Umberto I de Saboya, respondiendo a la necesidad política, fué a Viena, el 27 de Octubre de 1881, una especie de Canosa que la necesidad imponía, visita nunca devuelta por el Emperador Francisco José, a pesar de que la desgracia lo eterniza en el trono. Y el 20 de Mayo de 1882 se firmó el Tratado defensivo de adhesión de Italia al ya existente entre los dos poderes centrales, llamado más tarde de la Triple Alianza.

Esta Alianza no ha cambiado nunca de ser defensiva en sus múltiples renovaciones, por lo menos de acuerdo con lo que de ella se ha hecho público y con las repetidas declaraciones de los hombres de Estado que han conocido sus textos, y sobre todo de acuerdo con los hechos, especialmente de estos últimos años.

Cuando el emperador Guillermo II ocupó el trono, al poco tiempo, como es sabido, Bismarck hubo de retirarse, y le sucedió el General Von Caprivi, al cual costó tantos dolores el cargo por la oposición de los grandes señores terratenientes. Von Caprivi al ocupar el alto cargo dirigió a Francisco Crispi, entonces Presidente

del Consejo de Ministros, una carta oficial dándole cuenta de su toma de posesión de Canciller y manifestándole que el imperio alemán mientras él quedara en alto puesto trabajaría por la paz "sin separarse jamás del principio de quedar en toda circunstancia el amigo de sus amigos. Es esta la encomienda que me ha prescrito mi Soberano, como es tambien la de mi consciencia". Crispi contestó con gran habilidad puntualizando los deberes que su nación asumía, y en su contestación indirectamente, como debe ser en documentos de este género, insiste en el concepto defensivo de la alianza: "Lo mismo que con el príncipe de Bismarck, yo trabajaré concienzudamente al mantenimiento de la paz. Pero si por desgracia tuviese que llegar el día en que Italia o Alemania, *atacadas,* se hallasen en la dolorosa necesidad *de defenderse,* me veríais, siguiendo el ejemplo del Rey, mi Soberano, y de acuerdo con la nación italiana, toda entera, pronto a cumplir dignamente y hasta lo último, el deber que nos estaría impuesto".[1]

Estas palabras, dado el hombre que las escribió y el agrado conque fueron recibidas en Berlin, indican algo más de lo que dicen. Crispi era el político de la época más inclinado a las potencias centrales. Cuando no estaba en el poder, estas deseaban su vuelta, y el Emperador Guillermo II decidió un viaje a Italia especialmente para conferenciar con él; [2] Crispi era odiado en Francia a causa de sus manejos políticos, y si alguien hubiera podido llevar a efecto un cambio de las bases del pacto que liga tres potencias, este hubiera sido precisamente él y ningún otro en Italia. Es más, el Ministro italiano ligado tan estrechamente a Alemania, insistentemente intentó cambiar el Tratado considerándolo en su forma existente insuficiente, toda vez que no evitaba, dado sus términos de estrictamente defensivos, que solo obligaba a los aliados a cooparticipar en *casus foederis,* las dificultades que Italia sufría continuamente; pero para

[1] Francisco Crispi. Questioni Internazionali. Diario y Documento, p. 3 y 4.

[2] Francisco Crispi. Obra citada, p. 291.

la buena suerte de Italia, cada vez que parecía posible un cambio de este género, el Ministerio por él presidido debía abandonar el poder. Y tambien porque Alemania temía, que este hombre de Estado inquieto, el único imprudente en una larga política de sabia consolidación, pudiera llevarla a una guerra en un momento en que ella no estuviese moral y materialmente preparada y por un interés que no fuese el suyo. Decia Hohenlohe: "El Ministro Crispi mantiene en inquietud así a Caprivi como a Marshall y Holstein, porque no se puede preveer de que es capaz este hombre agitado; a esto se añade que ha cogido para el Ministerio de Relaciones Exteriores a una cabeza caliente como Blanc."[1] Cuando el Emperador Guillermo II hizo la visita que hemos indicado con la idea de entrevistarse con Crispi, probablemente para cambiar las cláusulas de la Triple Alianza, ya la política italiana había vuelte o su habitual tendencia, y el imperialismo de los golpes violentos y audaces había terminado, sepultado en los campos de Adua, en la derrota africana, consecuencia constante de todos aquellos actos internacionales que no llevan la debida proporción entre los medios y el fin.

Después de Crispi nadie tuvo veleidades imperialistas, sino que con la cautela debida se continuó la política de Cavour procurando poner las bases de crecimientos territoriales, sin dificultar a los otros en su propia acción, conservando la tradicional amistad inglesa, celebrando pactos con Francia, a fin de resolver una inútil y dañina lucha económica y regular las cuestiones mediterráneas, separándose, en fin, de los brazos demasiado apretados de la Tríplice, a fin de no correr los riesgos de los otros componentes, ni tener solidaridad demasiado estrecha con todas las distintas cuestiones que pesaban sobre los imperios centrales.

La Tríplice, que había estado en su apogeo, empezó a declinar, y en 1899 el Ministro Guicciardini que tenía la Cartera de Relaciones Exteriores, pudo afirmar en pleno Senado que aún el *casus foederis* no alcanzaba a

[1] Memorias del Príncipe Clovis de Hohenlohe. Vol. III.

una guerra con Inglaterra.[1] Esta afirmación no desmentida ni por Austria ni por Alemania es extraordinariamente interesante. Sin conocer los pactos secretos que pudieran haber, nos parece muy aventurado generalizar al punto de creer que Italia estaba desligada de su compromiso con sus aliados en todo casus belli provocada por Inglaterra. Pero sea cual fuere el alcance de las palabras del Ministro italiano, en aquella fecha, ellas suponen en todos los casos que la importancia de las cláusulas de la Tríplice, lejos de aumentar, como erróneamente había deseado Crispi, fué disminuyendo.

En el Parlamento italiano ha habido la revelación de un hecho que demuestra evidentemente no solo la permanencia del caracter defensivo de la Tríplice, sino que el caso presente, por haber tenido aún precedente idéntico, había sido objeto de interpretación en el seno de la propia alianza. El ex-presidente del Consejo de Ministros, Giovanni Giolitti, con toda la autoridad que le rodea, pronuncia las siguientes palabras: "Para que nuestra lealtad esté por encima de toda discusión, deseo esclarecer un precedente que demuestra que proclamando nuestra neutralidad el Gobierno ha dado al Tratado de la Tríplice una interpretación exacta, admitida como tal tambien por las potencias aliadas.

"El 9 de Agosto de 1913 recibí estando ausente de Roma un telegrama del Hon. Di San Giuliano (Ministro de Relaciones Exteriores en aquel entonces) en el cual se decía: Austria ha comunicado a nosotros y a Alemania su intención de obrar contra Servia, y define tal acción un *casus foederis* para la Tríplice, que por el contrario yo estimo no aplicable. Procuro ponerme de acuerdo con Alemania para impedir esta acción, pero podrá ser necesario que digamos que no consideramos esta posible acción como defensiva y que por tanto no creemos que existe el *casus foederis*.

"A lo cual contesté": Si Austria interviene en con-

[1] Benedetto Cirmeni. *Deutsche Review.* Número de Noviembre, 1914.

tra de Servia es evidente que no existe el *casus foederis;* es evidente que esta es una acción que cumple por su propia cuenta y no en su defensa, porque nadie piensa atacarla. Es por tanto necesario que se declare todo esto a Austria de la manera más formal, y debemos augurarnos que Alemania tome alguna acción para disuadir a Austria de su peligrosa aventura.

"Así se hizo, y nuestro proceder no perturbó en manera alguna las relaciones con los aliados".[1]

Este discurso provocó largos comentarios en toda la prensa extranjera, y ninguna desmentida ha sido dada ni oficial, ni privada. Todos han aceptado el hecho tan solemnemente declarado no solo como cierto, sino como concluyente.

El hecho, por otra parte, es tan evidente que discutirlo sería necio, tanto más que Italia en su guerra contra Turquía se había debido aplicar idéntica teoría, con la agravante de tener la hostilidad de Alemania y Austria que le limitaron el campo de acción de la guerra.

Así es que al estallar el conflicto, la obligación que pesaba sobre Italia era la siguiente: Seguir a sus aliadas si la guerra era defensiva, tomar su libertad de acción en caso contrario. A pesar de todo lo que en un sentido u otro se ha dicho, de los distintos pareceres que en todos los acontecimientos humanos surgen, nadie ha podido considerar que la actual contienda haya surgido por el ataque de Rusia o de Francia, o de Inglaterra, o de Bélgica, o de Servia, pués los hechos son de por sí evidentes. El hecho formal consiste en que Alemania ha declarado primero la guerra a Rusia. Y sobre las relaciones entre Austria y Servia nada más evidente de que no solamente fué la primera que declaró la guerra a la segunda, sino que, por declaración de las dos potencias centrales, se trataba de una cuestión entre ambos Estados que no obligaba a nadie, pués esta fué la tesis sostenida por ellas hasta el día primero de Agosto. El hecho substancial no revela tampoco cosa

[1] Sesión del 5 de Diciembre de 1914 del Parlamento Italiano.

distinta del formal, porque si Rusia se armaba, lo hacía para impedir que su prestigio balcánico sufriese, para buscar una solución, por virtud de la cual no apareciese que Austria tenía las manos libres sobre los Estados balcánicos, y para que estos, por el miedo consiguiente, no se lanzasen en los brazos de aquella a cuya merced hubieran sido dejados. Y, sobre todo, porque no fué Austria a dolerse de la actitud de Rusia y a declararle la guerra, sino Alemania, inopinadamente, y en los precisos momentos en que parecía haberse encontrado los términos de una avenencia.

Esta declaración de guerra partida de Alemania y no de Austria, es la más explícita indicación de que el *casus foederis* no existió y que Alemania quiso forzar la mano a la propia Austria y envolverla en el conflicto europeo.

Los escritores más benévolos para Alemania y los documentos óficiales de esta nación, han sintetizado su tesis en los términos siguientes: "La Triple *Entente* bajo la pérfida dirección de Inglaterra se preparaba para una guerra cuando estuviese en condiciones de hacerla con ventajas, Alemania sabiéndolo ha escogido ella el momento, en lugar de esperar que sus enemigos lo escojieran." Es probable, es quizás cierto que así sea; puede admitirse que estas fuesen las recíprocas intenciones de los contendientes, y dejando a un lado todas las causas ocasionales que en el curso del tiempo se hubieran podido presentar, como se presentan siempre, y evitar la conflagración, y admitamos que Alemania acudió a una guerra ofensiva para evitar una defensiva mañana, no por esto cambia el problema, porque para este caso de prevención no existía la Triple Alianzza y había que contar con sus componentes para esperar su ayuda. La guerra actual hubiera debido ser decidida por las tres potencias con igual derecho.

Italia no fué nunca consultada, no fué avisada. La nota de Austria a Servia sorprendió a Italia como sorprendió a la Triple *Entente,* sorprendió más a Italia que a Inglaterra, pués a esta nación parece que algo

se le revelaba para obtener una declaración de neutralidad. Todo indica que se temía que Italia por sus buenos oficios evitara el golpe de audacia que se quería dar, y se le hizo permanecer en el mayor desconocimiento. No se puede obtener que una nación por una causa no suya vaya así a la guerra. Aún si hubiese habido un Tratado de un género distinto del de la Tríplice, si hubiese habido un Tratado ofensivo, Italia hubiere tenido todas las razones para negarse a marchar diciéndole a las dos potencias centrales: "Yo soy vuestra aliada pero no vuestra esclava". La diplomacia teutónica una vez más demonstraba sus pocos alcances. Decididamente Bismarck había absorbido los talentos de toda una época.

Desligada Italia de ir a la guerra por una obligación contractual, hacerlo hubiera sido una traición a sus propios intereses. En primer término significaba romper con la amistad tradicional de Inglaterra, que si en los últimos años quedó un poco empañada, no dejó, sin embargo, nunca de ser sincera, y útil para el nuevo reino; y como corolario de esto, Italia, hubiera, sola, sufrido las consecuencias de la guerra marítima, con miles de kilómetros de costa y con una marina inferior a la que los aliados sostienen en el Mediterráneo, hubieran sido destruidos su comercio y sus ferrocarriles, casi todos costeros; y sus grandes ciudades hubieran estado a merced del enemigo, porque, en cuanto a estas, aunque amparadas por los usos y convenios sobre la guerra marítima, hemos visto el grado de respeto que se tiene por las prescripciones dictadas en tiempo de paz, y un pretexto cualquiera se hubiera facilmente encontrado para bombardearlas. Por otra parte el pueblo italiano no tiene la concepción germánica de su organización interna, no está acostumbrado a una ferea disciplina social, y pronto, paralizadas las industrias, hecha difícil toda exportación e igualmente las importaciones, que de no ser el mar no hubieran tenido otra vía que la de Austria, empeñada en la guerra también, llevado, por añadidura, a una contienda inpopular, la tranquilidad hubiera peli-

grado sin que se pueda determinar el grado de la agitación, ni sus consecuencias.

La opinión italiana, a pesar de que los jefes militares tienen un alto concepto de la organización de los ejércitos alemanes, ha creido siempre que Inglaterra no puede ser vencida, porque su escuadra poderosa, teniendo el indiscutible dominio de los mares, neutraliza toda victoria terrestre y obliga al enemigo, en último caso, a pactar en forma decorosa para ella, lo que le hace inútil la victoria obtenida por no redundar en beneficio práctico. Solo cuando el enemigo queda a merced del vencedor se pueden dictar pactos y puede haber una compensación de los sacrificios de sangre y de dinero hechos, y, aún en este caso, dado los sufrimientos y la ruina que una guerra moderna supone, la compensación no es nunca adecuada.

Más, aún en la hipotesis de que el éxito de la guerra hubiese en un todo sonreido a las armas de la Triple Alianza, Italia no hubiera alcanzado grandes beneficios. Las aspiraciones italianas se dirigen desde algunos años, después de haber aceptado el hecho consumado de la ocupación francesa de la Tunisia por medio de las convenciones franco-italianas de 28 de Septiembre de 1896, hacia el Mediterráneo oriental buscando las vías comerciales del Asia. Ahora, estas aspiraciones coinciden con las de Alemania y Austria y lesionan los intereses de la Turquía. Austria desea bajar a Salónica para dominar en aquellos mares, Alemania sueña con el gran imperio del Mar del Norte al Golfo Pérsico, y Turquía disminuída, hasta lo exiguo en Europa, desea mantener sus posesiones asiáticas.

Otra aspiración italiana, que representa a su vez una necesaria defensa de sus costas, es Albania, en cuyo territorio sus intereses reclaman o un estado débil o su propia bandera, pero Albania despierta tambien todas las concupiscencias austriacas. Una guerra victoriosa pués significaba para Italia el abandono de su política en el Asia mediterránea, y, como preludio, la retirada de sus tropas de las islas ocupadas en el mar

Egeo al tiempo de la guerra italo-turca, la instalación de Austria en Varona y Durazo, frente a sus propias costas meridionales y a pocas horas de las mismas. Quizás hubiera recibido, en cambio, como, según se afirma, le fué ofrecido para que entrase en la guerra a favor de las potencias centrales, la Tunisia y la Córcega, muy pobre cosa en comparación de lo que puede aspirar con una neutralidad benévola hacia Inglaterra, Francia y Rusia, modesta compensación desde el punto de vista económico y completamente negativa desde el militar, pués debilitada a sus espaldas y roto el equilibrio europeo existente, hubiera pasado a ser de aliada, vasalla de los imperios centrales, que, sin dudas, la guerra afortunada y la muerte de Francisco José uniría con lazos más estrechos, quizás en un común vínculo nacional haciendo retrogradar la situación internacional de Europa a la de los tiempos del Sagrado Imperio romano germánico, que no fué para la península el periodo de mayor fortuna y de mayor gloria.

La derrota, hubiera significado el desastre, peligrando todas sus colonias y probablemente las islas de Sicilia y Sardinia, que representan parte integrante de su territorio.

A los teóricos y defensores de los actos germánicos, estas consideraciones sobre los resultados de la guerra debe parecer suficiente para que Italia se desligara de las potencias centrales, aún cuando hubiera estado obligada a seguirlas en una guerra ofensiva. Ellos han defendido el acto de Alemania rompiendo el Tratado de neutralidad belga porque lo imponía una necesidad de Estado, el Canciller Bethmann Hollweg, desde lo alto de la tribuna del Reichstag, pronunciaba la teoría de que un Tratado podía ser roto cuando los grandes intereses del Estado lo imponían, algo como la *razón de Estado* de los retrogrados del derecho interno, aplicada en la primera mitad del siglo pasado, llevada al derecho internacional, Von Jakow expresaba esta misma necesidad el Embajador de Inglaterra. Pués bien, si Italia hubiese estado comprometida a cooperar a la guerra junto a sus aliadas, con estos mismos razonamientos,

usando esta misma teoría, se hubiera podida desligar, hubiera debido romper el pedazo de papel que le dictaba una obligación anti-nacional.

Pero dicho esto solamente para demonstrar cuan deleznable es la lógica humana cuando está influída por la pasión, es preciso insistir en el hecho de que ningún pacto obligaba a Italia a concurrir a una guerra en contra de sus intereses, cuando esta guerra debía considerarse a todas luces como ofensiva, casi agresiva. Hizo pués bien el gobierno italiano en declararse neutral el día 3 de Agosto y comunicarlo a los beligerantes todos.

Una cuestión grave queda sin solución: La Tríplice contïnua o ha terminado. Este problema gravísimo desde el punto de vista teórico es tambien de grandes consecuencias prácticas. Evidentemente un Tratado termina por expirar el periodo de tiempo por el cual fué concertado, sucede con él, lo que en el campo del derecho privado con los contratos. Pero como en el derecho privado en casos análogos, un Tratado no puede existir cuando desaparece la causa del mismo. La Tríplice tuvo por base la recíproca defensa de los contratantes en caso de ser atacados. Hoy *de facto* Alemania y Austria no pueden cumplir esta obligación, si Italia fuese objeto de este ataque por una tercera potencia no beligerante. Ni Italia puede esperar tal apoyo, después de haber asistido, arma al brazo, a la actual contienda, por no tratarse de un caso de aplicación de las cláusulas del pacto. Atacada Italia, y probado que el caso entra en las previsiones de las cláusulas concertadas, quedaría siempre el hecho patente que mientras en una guerra que comprometía seriamente a Alemania y a Austria, Italia quedaba neutral, en otra que comprometía a Italia, Alemania y Austria no debían estar obligadas a más. Los distingos jurídicos no serían comprendidos. La justicia para medir un caso y otro no existe en el derecho internacional, y, como en este más que en otro alguno, domina el interés, de seguro, aún pudiendolo las dos potencias, no cumplirían el Tratado en el momento oportuno.

Presentamos el caso improbable del ataque a Italia para demostrar que las clásulas del pacto de la Tríplice no pueden tener práctica aplicación y que por lo tanto la alianza ha desaparecido.

Una guerra es una solución de continuidad en el mundo internacional, debilitando a unos, fortaleciendo a otros, rompe los pactos que los ligan. Aún una guerra victoriosa cambia las relaciones de los vencedores. Cualesquiera que sean los acontecimientos futuros el Tratado que liga a Alemania y a Austria, será ciertamente cambiado. Una guerra altera el campo de acción diplomático y por tanto todas las relaciones y los Tratados, cuando estos no tienen especiales condiciones y no se refieren a situaciones determinadas. La Tríplice surgió para mantener un supuesto equilibrio europeo y en el interés de la paz. Debía servir para impedir los deseos de revancha de Francia contra Alemania, el predominio ruso en los balcanes contra los intereses austriacos, y limitar la expansión de Francia en el Mediterráneo en contra de los intereses italianos. Prevenir por consiguiente la guerra fué su misión, y en esto estribaba su caracter defensivo. Hoy de estas finalidades queda una sola, impedir que Francia extienda su poderío en el Mediterráneo, en daño de Italia, y esta sola posibilidad se halla confiada al cañon por razones ajenas al caracter defensivo de la Triple Alianza. El contrato además de ser unilateral sería completamente ineficaz.

La Tríplice ha desaparecido de hecho y de derecho el día que Alemania le declaró la guerra a Rusia y Francia, ni Italia puede, después de su declaración de neutralidad, esperar apoye alguno, ni las potencias centrales pueden darle este apoyo, ni de ella recibirlo. Por falta de causa el Tratado ha terminado, suponerlo existente significa obligar a Italia a no sacar beneficio alguno del conflicto y a no poder obrar libremente en defensa de sus intereses, al propio tiempo que el mantenimiento de una *umbra sine corpore.*

Las consecuencias prácticas, relacionadas con este debate, son de si Italia tiene las manos libres para incli-

narse en uno u otro lado. La opinión de los hombres de Estado italianos está por la afirmativa. El Presidente del Consejo, Antonio Salandra, así lo ha repetidamente indicado. Opinaba de igual manera el difunto Marqués Di San Giuliano, Ministro de Relaciones Exteriores, y así tambien su sucesor Sr. Sidney Sonnino.

Lo creen así, y desean forzar la mano del gobierno para entrar en la guerra, hombres de estudio, pacifistas de la víspera y socialistas como Napoleón Colajanni y Arturo Labriola. Lo entienden un poco con más atenuación, hombres como Enrique Ferri, como Sacchi, como Bissolati, como el mismo viejo hombre de Gobierno Giovanni Giolitti, por las manifestaciones hechas en célebre sesión parlamentaria, lo entendió igualmente toda la Cámara al votar la resolución de Bettolo y todo el Senado, con la ligera protesta de unos cuantos socialistas ortodoxos.

La neutralidad pasiva espantaba y la palabra del Gobierno vino a tranquilizar los ánimos afirmando que la catástrofe europea no la dejaría con las manos vacías.

Terminada la Tríplice, es indiscutible que la exaliada se halla completamente libre; solo queda aquel estado moral que suponen las antiguas relaciones. Pero sería estulto hacer depender los intereses de un pueblo de estas preocupaciones y ellas no influirán en la mente de los directores de la cosa pública, en Italia menos que en otros países. Cuando se habla de manos libres, realmente se quiere entender que Italia desea poder inclinarse al lado de Rusia, Francia e Inglaterra y no otra cosa, porque para inclinarse del lado contrario bastaría un poco de sentimentalismo bien explotado.

La entrada en batalla en las filas de los llamados aliados tenía una gran dificultad por los intereses encontrados, de Servia, Montenegro y Grecia conjuntamente y de Italia, en la cuestión adriática. Los tres Estados balcánicos aspiran a ocupar una parte de la costa, e Italia, conjuntamente con Austria, no solamente se oponía, sino que obligó a retirar tropas victoriosas de los lugares ocupados, durante la guerra de los balcanes en

que Turquía fué vencida, bajo la amenaza de una intervención. La aspiración servia de manera especial, de poseer un puerto en el Adriático, tiene una mayor importancia pués está apoyada fuertemente por Rusia que ve en ello una salida de sus productos mejor y mas segura, que la de los Dardanelos. Toda cooperación italiana a los aliados debe ser precedida por un arreglo con estos Estados, a los cuales Italia había ya dedicado todos sus cuidados viendo el rápido crecimiento de los mismos; y había pactado, según se afirma, una alianza con Rumania despertando los antiguos lazos de origen común.

El acontecimiento diplomático de mayor relieve de los primeros meses de la gran guerra segun se anuncia es que los distintos intereses han tenido una solución.

La guerra se reduce para Italia a una cuestión de oportunidad y de conveniencia. Si la paz puede satisfacer las aspiraciones de la nación, será mentenida, si no ella acudirá a los campos de batalla a reclamar lo que se le debe para que su situación no quede determinada en el concierto europeo.

La maravillosa obra iniciada por Cavour se ha hecho y se va completando con el mínimo esfuerzo y con el máximo de beneficio, que es la gran ley de todos los éxitos. La National Zeitung recordábale a los italianos la opinión dada por Marquiavelo a Vettori sobre la neutralidad, pero el agudo diario no examina que no se trata de la neutralidad que condenaba el secretario florentino, sino de otra, toda inspirada en las maravillosas doctrinas, no suficientemente conocidas y menos apreciadas por el vulgo estulto, sentimentalista solo cuando de agenos intereses se trata, del gran italiano. "Ha cuatrocientos años, precisamente, el 4 de Diciembre, Maquiavelo tenía oportunidad de exponer su pensamiento sobre la neutralidad. Contestando a Francesco Vettori Enviado florentino en Roma, que le preguntaba cual debía ser la actitud del Estado pontificio colocado entre Francia, Inglaterra y Venecia por un lado, y los suizos, España y el Emperador por el otro.

Maquiavelo contestó que quedar neutral no fué nunca útil a quien no es más fuerte que los beligerantes. El neutral se expone al odio del vencido, al desprecio del vencedor, está obligado a tener convenios ora con el primero, ora con el segundo, y cada uno de ellos piensa que será engañado, su suerte muy a menudo es de quedar preso del vencedor''.[1]

Las palabras de Maquiavelo eran aplicadas a una neutralidad que confiara en las palabras de los beligerantes y en los principios del derecho internacional que garantiza su tranquilo disfrute de la paz a los neutrales. Pero el buen criterio italiano comprende facilmente que adormecerse sobre los tranquilos cánones del derecho no es de este siglo, después de los casos de Bélgica y del Luxemburgo, como no lo fué de la época de Maquiavelo. Los hombres de Estado italianos no necesitan el recuerdo de las palabras de su ilustre antepasado, ni la velada amenaza del periódico de Berlin. Ellos saben el porvenir que le pueden preparar las distintas u opuestas soluciones militares, y para ello se apresta.

La neutralidad italiana es mas peligrosa que la guerra para aquellos de los beligerantes que sin poder refrenar su propio ímpetu aspiran a vencer a sus enemigos y a . . . los que no lo son.

CAPÍTULO XXII

LA LITERATURA GERMÁNICA Y LOS ACTUALES ACONTECIMIENTOS

Durante largos años hemos admirado la portentosa labor intelectual que, en el arte y en la ciencia, nos ha dado la antigua tierra barbárica a la que Tácito dedicó su mejor prosa. Hemos de ella aprendido a salir de tantos errores, a admirar las espléndidas producciones artisticas de profundo sentimentalismo que consti-

[1] *National Zeitung* del 5 de Diciembre de 1914.

tuyen la mejor parte del periodo romántico, a concebir, sobre todo, con más exactitud los problemas de la vida de las sociedades.

Sería grave error someter todo lo que ha constituido nuestra admiración y nuestra escuela a un proceso de revisión en un momento en que los ánimos se hallan conturbados y las pasiones excitadas. No es de desear que el mundo intelectual siga los ejércitos en sus éxitos y en sus derrotas, para declarar caído hoy lo que ayer ensalzó o para hacer triunfar mañana lo que hoy desprecia. Que las cuestiones diplomáticas se debatan, que los ejércitos se lancen unos contra otros, que la conflagración asuma las mayores proporciones, es cosa dolorosa, pero si la cultura humana pierde el punto de apoyo de la verdad y abandona el procedimiento de la serenidad, llegaremos a aquella bancarrota total de las ideas y de los principios que es el peor indicio que puede presentar un ciclo de civilización que muere.

Es tan fácil el camino de la destrucción en tiempos como los actuales, que no debemos ofrecer a los odios del momento lo que se ha creado permanentemente no en honor y beneficio de una nación sola, ni de los contemporáneos sino del género humano hasta la más lejana posteridad.

De la cultura germánica guardamos, sin confundir al hombre de ciencia con el soldado, todo lo que de grandeza secular tiene, y no encontremos hoy deleterio lo que ayer aplaudimos; que el mapa de Europa cambiado no lleve consigo un cambio de tendencia de la mentalidad del siglo basado en acontecimientos de fuerza, pués estos cambios, cuando acontecen deben ser consecuencia de una sola fuerza constituída por el frote de la materia gris con las nuevas necesidades humanas.

Hemos visto concurrir a la candente arena del actual momento a los hombres de ciencia, a los poetas, a los artistas, desmentirse los unos a los otros, y agriamente tratarse. Ellos que hubieran podido en un momento preciso, ante las favorables condiciones, que el cansancio y la depauperación traerán, decir la palabra serena

de paz, han preferido, como en otras épocas, vestir el traje de cortesano de su propio Estado, y poner al servicio de la lucha homicida, con parcialidad manifiesta, su genio o su cultura, a fín de que encuentren en sus palabras, los que van a la muerte, la justificación del sacrificio o el entusiasmo que lo haga más fácil.

Una de las formas de la intervención intelectual en la contienda es la de desacreditar la cultura alemana. Otra es, por parte de los alemanes, desconocer otra intelectualidad que no sea producto del suelo que ellos habitan. Parece que la lucha de las armas no era suficiente, pués los combatientes han querido llevarla a todos los terrenos.

Ficte dormía en su hermoso panteon que una labor genial le había preparado cuando los clarines de la presente guerra lo han despertado llamándolo al mundo de los vivos. Ficte ha sido declarado uno de los incitadores de la lucha presente. Es él que en 1807 en su "Discurso a la Nación alemana" fija la teoría del imperialismo; es él que amonesta a los soldados que vuelvan vencedores o que queden muertos sobre el campo de batalla parafraseando el antiguo lema "con el escudo o sobre el escudo". Nietesche había caido en brazos de literatos olvidando los sociólogos, que sus contrasentidos y su fín lastimero no podían hacerlo objeto de mayores estudios, cuando la guerra lo devuelve al cruel anatómico para que lo declare el inspirador de la política de supremacia y de la amoralidad internacional puesta en práctica por el gran imperio central. Treitsche, que quizás busque el continuador de la historia de Alemania de la cual preparó entre los cuidados de la cátedra y de la política cinco sendos volúmenos, en el más allá, es devuelto a la vida, no para que se le juzgue como el continuador del espíritu extraordinario de Teodoro Mommsen, sino para que sobre el, especialmente sobre él caiga la responsabilidad de todo lo malo de la hora presente.

Contra estos tres principalmente caen las iras anti germánicas. No olvidan otros menores; pero, si, olvi-

dan la amplitud humana del pensamiento de Goethe, el principio de libertad de Schiller, el anti-germanismo de Heine. Olvidan examinar esta cuestión bajo otro aspecto que no sea el de ir espurgando fraces y palabras que sin estar relacionadas con los acontecimientos del periodo en que fueron dichas y con la teoría general que las anima, poco o nada pueden significar.

Es verdaderamente extraño que se hayan unido estos tres nombres, expresión de distintas tendencias.

Fichte, al cual no se le reprocha su teoría científica, es acusado de llamar a su pueblo a la unión, de que lo aliente para que no pierda la fé después de la famosa batalla de Jena, que constituye la destrucción de los regiménes existentes con la patria del filósofo, batalla que fué de un éxito militar incalculable en que el genio de Napoleón viose más en el hecho de haber aprovechado de la victoria, que en la dirección de la misma. El periodo en que hablaba Fichte era el del mayor apogeo de la fuerza, por virtud de ella una nación y un hombre se imponían al mundo, cambiaban su mapa, destronaban reyes, creaban otros, vencían enormes coaliciones. Era el periodo de mayor desgracia para el pais en donde había nacido y que amaba. Hoy recordar su discurso pidiendo a sus conciudadanos que tuviesen fé en los destinos germánicos y esperanzas en si mismos, que la derrota no le quitaba sus cualidades morales sino que por el contrario ellos representaban el bien, recordar esto que significa traernos á la mente en parangón las proclamas imperiales y de la prosa y los cantos de aquella época, resulta muy poco convincente a quienes quieran permanecer imparciales.

El más platónico de los filósofos de cualquier nación, ha pensado en idéntica forma de como se expresa el "Discurso a la Nación alemana".

No comprendemos como se hayan unido especialmente los nombres de Nietzsche y Treitschke. Si dos escritores pueden tener tendencias mental y teorica distintas en alto grado, estos son ellos.

El uno quiere el triunfo de la colectividad con férrea

organización, el otro es individualista en exceso. El primero confunde sociedad y Estado, y el segundo es el creador del superhombre.

Frederic Nietzsche ha tenido en mayor renombre fuera de Alemania. En Francia sirvió admirablemente al pesimismo en boga entre los literatos menores, con la añadidura que la patriotería más exagerada podía quedar satisfecha de esta admiración, porque Nietzsche no había comentado siempre con entusiasmo las glorias y las costumbres de su patria.

A Nietzsche puede oponérsele teorías contrarias, puede criticársele haber exagerado el concepto de la fuerza, según algunos, a nuestro entender de haberlo limitado a un sentido directo, inmediatamente eficaz, pero no puede suponérsele el instigador, o el precursor de una guerra de naciones. Ni las pocas frases recojidas aquí y allí en sus contradictorios escritos, producidos bajo la fiebre interna de una locura que poco después debía revelarse, pueden por un momento hacer suponer conexión mental, psicológica alguna entre su difícil prosa y los acontecimientos del momento actual. Si tuviésemos que seguir el método de algunos escritores de estos días podríamos hasta conectar las páginas del Apocalipsis del Apostol San Juan, con las duras penas de esta lucha sin cuartel.

Un cuidadoso investigador recuerda que Gerhart Hauptmann en 1914 ha dicho que Zaratustra de Nietche era un clásico que todo soldado alemán que fuese culto debía llevar en su mochila, y con esto avalora la tesis que sostiene de la influencia nietzchiana en los actuales acontecimientos.[1] Pero Hauptmann, que en tiempo de paz fué nombrado doctor *honoris causam* de la Universidad de Oxford, quería que este mismo soldado llevase la Biblia, Homero y Fausto. Buena compañía se le daba a las palabras de Zaratustra. No es fácil suponer porqué Hauptmann recomendaba estos libros, otros muchos tiene la Humanidad de gran valor, si tuviéramos

[1] WILLIAM HARCHER. Fighting a Philosophy. *North American Review*, 1 de Enero de 1915.

que adelantar una hipótesis diríamos que la indicación tenía más un sabor literario que político, pués los cuatro indicados, con las debidas diferencias entre ellos, son de los que nunca han recibido la última lectura; pero sin temor de equivocarse puede afirmarse que ninguna idea pangermanista animaba el consejo dado. La filosofía de Nietzsche es más de tesis inglésa que no alemana. Ella rompe con toda la dominante tendencia de su pais; rompe en la forma y en el fondo.

Esta concepción del hombre todopoderoso dominando las masas ignaras, y triunfando sobre ellas, parece más bien una deducción darwiniana o de las teorías de Huxley. Es muy cierto que Darwin y Huxley no generalizaban al punto de extender teorías de destrucción a la Humanidad civilizada [1], pero la obra de selección, de mejoramiento no por esto deja de estar fundada en una lucha oculta que da la victoria al mejor.

Esta ha sido toda la teoría inglesa que se ha revelado en las distintas ramas de la cultura de Inglaterra, y esta es su gran teoría del progreso, que solo en estos últimos años lleva tendencia de ir perdiendo el dominio absoluto de la intelectualidad humana. El propio Nietzsche cuando escribía: "El odio, la maldad, la rapacidad, el afán de dominación y cualesquiera otra cosa considerada como un mal pertenece a la asombrosa economía de la conservación de la raza, una economía costosa, inútil y muy tonta, es cierto, pero justificada pués hasta aquí ha conservado nuestra especie", afirmaba que esta teoría es inglesa y que para ella la palabra "bueno" es aplicada a todo lo que sirve a la conservación de la raza y "malo" a lo contrario.[2]

La filosofía opuesta que limita la fuerza del individuo, que contra el poder de uno solo presenta las exigencias de la sociedad, que somete todo a estas exigencias renovando el dogma: Salus populi suprema lex est, que cree el concepto del Estado moderno, integración de to-

[1] Sir Oliver Lodge. "The War—A British View." *North American Review*, 1 de Enero 1915.

[2] William Harcher. Artículo citado.

das las voluntades individuales en una fuerza común para el bienestar de todos, es precisamente alemana. La que Nietzsche no aprobaba llevando la desaprobación hasta el odio y haciéndole hasta pronunciar conceptos no loables para su patria.

La afirmación de escritores de menor importancia presentada en daño de Nietzsche, a saber, de haber influído en el ánimo del actual Kaiser con sus escritos al punto de considerarse el verdadero superhombre, no merece los honores de la discusión.

Si Guillermo II por megalomania ha pasado las fronteras del equilibrio mental no es cosa probada, ni puede afirmarse a la ligera. De todos modos aún en el caso que se indica Nietzsche quedaría limpio de toda culpa.

Es contra Treitschke que van las mayores censuras, es él considerado como el padre espiritual de la actual contienda. Bermbardi, Frobemius y los múltiples gaceteros son sus discípulos. "El (Treitschke) más que ningún otro infundió en los estudiantes alemanes—la generación que lucha hoy en contra de nosotros—la envidia y el desprecio de Inglaterra. El, más que ningún otro, dió un alto sentido moral y religioso a las ambiciones militares de Alemania. El vivió dentro de la formación del imperio aleman é imprimiendo esta concepción en la mente de la nueva generación creó la ambición que indudablemente ha sido causa de la presente confusión en Europa."[1] "Enseñados por Treitschke, al cual miran como su gran historiador nacional, y cuyas conferencias sobre *Política* han llegado a ser un evangelio, los Alemanes de hoy día estiman como un último objetivo y una alta finalidad lo que ellos consideran el estado nacional alemán."[2] Y las citas podrían seguir numerosísimas. Casi representa una manifestación de intelectualidad refinada considerar el ingente conflicto como consecuencia de la psicología individual de Treitschke actuando sobre la moderna generación ale-

[1] JOSEPH MCCABE. Treitschke and the Great War, p. 12.

[2] Why We Are at War. Por los miembros de la Facultad de Historia Moderna de Oxford, p. 108.

mana. Si el historiador pudiera oir desde su tumba el ruido que alrededor de su nombre se hace y ver como a efecto tan complejo se le dá causa tan simple, él tan humano, tan materialista en su concepción, tan mecánico en su ideación, sonreiría de burla y no de satisfacción.

Reducir, en primer término, una cuestión internacional que tiene sus raices en intereses múltiples, que es producto de tantos años de Historia, que es consecuencia de toda la fase industrial moderna, a un mero fenómeno psicológico, es retrogradar de algunos siglos en el estudio de los acontecimientos humanos. La actividad propagandista del profesor de la Universidad de Berlin por grande que hubiese sido, no hubiera podido alcanzar la influencia de un Cristo o de un Mahoma, en la moderna civilización, y en pocos años subvertir, con una religión de odios, la mayor parte del mundo civilizado. Creer semejantes cosas es cambiar el efecto por la causa. Aún si Treitschke hubiese sustentado las teorías que le suponen y hubiese tenido la extraordinaria influencia que se afirma, su actuación como sus ideas para ocupar la conciencia del público hubieran debido responder a necesidades muy sentidas de aquel pueblo.

Más Treitschke no tuvo la autoridad popular que se le supone, ni las ideas que se le atribuyen.

Al leer el párrafo reproducido del folleto publicado por los profesores de la Facultad de Historia Moderna de Oxford, tal parece que las conferencias sobre "Política" constituyen un apostolado del historiador, o por lo menos algo que él dijera a las masas o que hiciera profusamente circular a fin de que entrando en el hogar alemán preparase al hombre y al niño para los futuros destinos. En cambio el autor nunca le dió más importancia que la academia. Ellas fueron dadas en la Universidad de Berlin, en el curso que él seguía y nunca fueron escritas, ni publicadas por el autor. Algunas notas de él, tomadas como de costumbre hacia el dar la clase, y otras de alumnos diligentes, sirvieron para publicar con fidelidad dudosa, un libro que nunca, ante

de ahora, alcanzó los honores de una enorme circulación.

Como profesor tuvo estimación y afecto. Sus grandes conocimiento le daban derecho a ello. Pero nunca llevó tras de sí la masa estudiantil, como con otros ha acontecido. La influencia que ejerció sobre sus discípulos fué mental pero no moral.

Diputado en el Reichstag, debido a su casi absoluta sordera fué útil solamente en algunos discursos, pero no para la lucha activa del Parlamento, del cual se retiró sin conservar mucho entusiasmo por el ambiente en el cual había vivido, sin gran brillo, algunos años. Hombre político lo fué aún fuera del Parlamento; pero con éxito modesto. De Sajonia, lugar de su nacimiento, habia llevado a Berlin ideas liberales, pero en Prusia, poco a poco, debido a la admiración que tenía para Bismarck, fué abandonando sus teorías juveniles para adherir en un todo a la política del gran estadista. Su adhesión hacia él y su entusiasmo por los gigantescos pasos que daba su patria en el breve transcurso de diez años, en lo político, y luego el no menos portentoso desenvolvimiento económico que siguió, hicieron de él un turiferario de Bismarck y de la Monarquía.

En toda esta situación política no llegó a tener el nombre de Wirchon, de Richter, de Lehr, de Manteuffel, Arendt, Lieber, Vollmar y tantos y tantos otros, de distintos partidos. Su actuación política fué siempre limitada, más requerida por los otros que producto de su voluntad. Al ofrecerle la dirección de un gran periódico contestó que el prefería juzgar los acontecimientos cuando tuviese todos los datos y no emitir opinión desde el primer momento. En esta contestación se halla la confesión de lo que él creía ser su misión: historiador más que político.

En el caso de Treitschke no ha acontecido, como por otros, que inmediatamente después de su muerte empieza la fama; en 1896 muere sordo desde la juventud, casi ciego en los últimos años, de una enfermedad de los riñones, probablemente del mismo orígen artrítico que

le hizo, cruelmente, esclamar a él al anuncio de la muerte de Napóleon III: "Hasta el fín este hombre ha quedado antiestético". Y sus funerales no constituyen un duelo nacional, y de él no se habla más de lo que de otros se ha dicho. Su cultura, su labor, su inteligencia lo han llevado a la historia literaria de Alemania y del mundo, pero sin el estrépito que se supone, como hombre de estudio es reverenciado, pero hasta ahora había sido desconocido como *condottiere* de pueblos.

La guerra actual le está creando una enorme popularidad, que no tuvo en vida, ni después de muerto, antes de que esta estallara.

Sus ideas, en el campo científico como en el de la política, no fueron muy distintas de las que otros han sustentado en Alemania y fuera. El creyó firmemente en la teoría del Estado, teoría dominante, aceptada dondequiera, infiltrada en la misma Inglaterra: y como historiador alemán, casi historiador oficial, sintió toda la influencia de los grudes acontecimientos prusianos sobre su neutralidad de escritor. Es erróneo culpar a los alemanes del actual periodo porque sienten el entusiasmo de su grandeza. Otros pueblos cuando han pasado por un periodo histórico igual no han tenido menos veleidades. Desde el *civis romanus sum* de la antiguedad hasta la arrogancia napoleónica y la altanería inglesa, los ejemplos no son pocos. Treitschke era producto de este periodo de gloria que Alemania disfrutó, asistía al desenvolvimiento de una política de hegemonía; en sus horas de estudio vivía las glorias del pasado, en las de la actividad cotidiana las del presente. Enérgico, vigoroso, fuerte personalmente, era con facilidad llevado a robustas concepciones del porvenir.

Este era el hombre, no el mago que se quiere crear.

El había ligado a la idea de Estado el concepto de la fuerza, siguiendo las hormas de Maquiavelo.[1] Muy cierto, pero esta afirmación no constituye una novedad, ni es una herejía; lo contrario, si, sería lo uno y lo otro. Sin fuerza no hay Estado; el atributo del Es-

[1] Why We Are at War, p. 109.

tado es la fuerza; antes que Treitschke lo habían dicho todos los manuales de derecho político.

No puede negarse que el ideal de este hombre de ciencia era la grandeza siempre creciente de su patria, que la cultura gérmanica constituyendo lo util debía ser llevada a todos los rincones de la tierra, y su opinión arraigada que siendo Inglaterra el verdadero opositor de una expansión germánica contra ella debía dirigirse todos los esfuerzos, y comienza, no pudiendole hacer la guerra él solo, a vilipendiarse.

Tal procedimiento es deplorable, pero, desgraciadamente, es general. Los hombres de todos los pueblos proceden de la misma manera. ¿Cuantos actos internacionales no han comenzado con la calumnia? Hasta con las pequeñas naciones se procede de la misma manera.

La idea de Treitschke era la siguiente, en contra de Inglaterra: Esta nación, dejando algo a Prusia, está ocupando el mundo, está constituyendo imperios, y nosotros, en cambio, debido a ella, no podemos ocupar nisiquiera estas tierras que nos rodean, que son germánicas, puramente germánicas. De allí toda la oposición, todo el odio, toda la injuria lanzada, aún en tiempos en que otros muchos todavía pensaban en la tradicional amistad de Prusia é Inglaterra.

Todo esto, repetimos, no es bueno, pero es normal, pués no conocemos a otros que hayan procedido de distinta manera.

Pero, es más, las ideas de este político son de un equilibrio grande, con las cuales podrá no estarse de acuerdo, pero nadie podría dejarlas de suscribir por una repulsión moral. Algunos ejemplos serán suficientes para demonstrarlo. A propósito de la relaciones internacionales, fija los puntos de vista de las dos opuestas tendencias y luego el suyo. Nadie animado de un espíritu de justicia práctica, real y no llevado por aspiraciones de futuras felicidades, podría negar su asentimiento, a las palabras por él consignadas: ¿Existe realmente una ley internacional? Existen dos teorias sobre las relaciones internacionales, contraria la un

a la otra, y las dos insostenibles. Una, la llamada teoría naturalista, data desde Maquiavelo. Está basada en la noción de que el Estado es una fuerza personificada y que tiene derecho a hacer todo lo que puede serle beneficioso. Desde este punto de vista el Estado no puede ver limitada su acción con leyes internacionales; sus relaciones con otros Estados dependen simplemente de las fuerzas respectivas que cada cual tenga. Esta teoría llega a un absurdo. Es desde luego verdad que el Estado implica fuerza fisíca. Pero si el Estado fuese únicamente fuerza física, si no fuese inspirado por la razón y la conciencia, nunca quedaría en buenas condiciones de seguridad.''[1]

Luego pasa a examinar la teoría de los liberales alemanes meramente sentimental diciendo: ''Precisamente contrario a este concepto del Estado hay otro igualmente falso. Este es aquel que le atribuye una finalidad ''moral'' y es el sostenido por el liberalismo alemán. El Estado aquí es considerado como un buen niñito que debe ser lavado y cepillado para ser enviado al colegio; al cual hay que tirarle de las orejas para que se porte bien, y él en cambio debe estar muy agradecido y considerado, y Dios sabe que más. Este doctrinarismo alemán ha hecho tanto daño a nuestra política como a las otras formas de la vida alemana. Todos nuestros pecados políticos son consecuencia de esta noción, explicable en una nación culta, que supone que la enunciación de algunas verdades científicas es suficiente para cambiar el curso de los acontecimientos del mundo''.

Y examinadas las dos opuestas tendencias, expone su teoría: ''Todo Estado siente la necesidad de demostrar positivas consideraciones para los Estados vecinos. Cálculos prudentes y un mútuo reconocimiento de las ventajas alimentarán un siempre creciente sentido de justicia; nacerá la conciencia de que cada Estado está ligado a la vida común de los Estados adyacentes, y que

[1] HAMRATH. ''Treitschke—His Life and Works.'' *Internacional Lan*, p. 158.

voluntaria o involuntariamente debe tratar con ellos como una Corporación de Estados. Esta consideración no nace de ningun sentimiento filántropico sino por un sentimiento de recíproco beneficio. . . . No obstante la existencia de la ley internacional es precaria; es una *lex imperfecta,* porque no hay un poder más alto que gobierne a los Estados en sus relaciones. Todo depende del sentimiento de reciprocidad entre las naciones; y en efecto, como ya se ha dicho, de una autoridad suprema los competentes y la opinión pública jugarían una parte importante''.[1] Véase en las siguientes palabras publicadas en el Anuario prusiano sus opiniones sobre los paises neutrales: ''El deseo de robarnos a los vecinos Estados neutrales, que personas imaginativas de Bale y Bruselas nos atribuyen, es expresado solamente por algunos aislados *chauvinistas* alemanes. . . . Especialmente aquellos paises que deben su existencia al desmembramiento del imperio alemán, como Bélgica, Holanda y Suiza, se quejan amargamente de que un arrogante pangermanismo ha destruido el sentimiento de justicia de nuestro pueblo. Es el odio que le dá vida a estos cargos; ninguna persona imparcial puede negar que la idea del pangermanismo es tan extraña a Alemania como su nombre, y que se originó en los alarmantes temores de paises extranjeros''.[2]

Sobre el Ejército Treitschke sostiene ideas generalmente aceptadas. El Ejército es una necesidad inherente al Estado. Las teorías del pacifismo son rechazadas por irrealizables, pero el Ejército debe ser permanente para tener el culto del honor y del deber, condiciones necesarias a su alta misión. Los ejércitos que se reunen en el momento de la guerra no responden a esta finalidad. Hablando de una opinión de Wellington dice: ''El Mundo no es tan materialista como Wellington suponía. Wellington tenía la costumbre de decir que el entusiasmo en un Ejército podia solamente producir confusión y otros males''. . . ''yo les pido una

[1] A. Hansrath. Obra citada, p. 162.

[2] *Anuario prusiano,* vol. 26, p. 605. Reproducido por Hansrath.

ves más que observen, la influencia ejercitada en el arte de la guerra por estos nuevos metodos militares. La tendencia general de este sistema es marchar hacia la paz. Una nación armada no es tan fácilmente llevada a una guerra frívola como lo sería un ejército de conscriptos. Las guerras serán más escasas y de mas corta duración, aunque más sangrientas.[1]

Y todos los conceptos que emanan de este autor tienen por base esta teoría. La misma de Bernhardi, que cree al mundo preparado para asaltar a Alemania, la misma de Frobenius, que contesta a Homer Lea y virtualmente á Von Bulow, el ex-canciller del Imperio y hoy Embajador en Roma que en su "Germania Imperial" aboga por la preparación absoluta, de como si siempre al día siguiente, tuviese que entrar en guerra.

Pero todo no por malvada perversión, sino por un concepto lógico de los intereses de un Estado, todo en armonía con las ideas ambientes de la civilización que atravesamos. No más ni menos que en otras naciones. Estas ideas no podían constituir la biblia del agresor. Alemania ha tenido en gran auge el militarismo, un poco más que los otros paises, es cierto, y es este su error que hoy la tiene en la prueba más dificil de su existencia. Sus hombres de Estado creyeron que una preparación militar era suficiente y valía más que una perspicaz acción diplomática; y que bastaba crear un entusiasmo entre las masas germánicas para vencer. Creyose igualmente que el bienestar de la Nación lo daba este militarismo absorbente que le gastaba sus ahorros y que le tenía puesta sobre la cabeza de sus magnificas industrias y su floreciente comercio una espada amenazadora. Un escritor americano de procedencia alemana se hace eco de este criterio en las siguientes afirmaciones: "Militarismo en su verdadero sentido es la defense del hogar y de la familia". . . . "El militarismo alemán es la aplicación de las artes y de las ciencias así como de la más perfecta organización y administración para la defensa del territorio". . . . "Los ejér-

[1] A. Hansrath. Obra citada. El Ejército.

citos permanentes han sido considerados por un autor americano como la más grande Universidad democrática del mundo". . . . "El militarismo germánico significa progreso en toda la línea: ley, orden y justicia".[1]

Estas exageraciones se decían y se repiten, aún cuando no venían a constituir toda la conciencia nacional. El partido liberal fúe perdiendo electores y como consecuencia diputados en el Parlamento, y los discursos amplios, sanos de Richter, no se oyeron más en aquel ambiente dejando el paso a las diatribas socialistas que llegado el momento hemos visto a que cosa debían servir.

La juventud reaccionó igualmente, en esto siguiendo un movimiento general de los paises de alta civilización. La juventud culta en todas partes se ha hecho conservadora y reaccionaria yendo a formar las agrupaciones nacionalistas que en Alemania no son distintas de las de Francia y viceversa, que sostienen ideas y principios muy distintos de aquellas generosas cohortes de jovenes que sobre las barricadas o en el campo de batalla ganaron las instituciones de libertad que con mayor o menor amplitud se disfrutan.

En el momento actual, mientras todo cae y se destruye, deseariamos que quedase lo que fué ensueño de Wolfgango Goethe, sin mancha alguna para reanudar la vida de la civilización: el concepto de la Literatura Universal. Las amargas palabras de Max Nordau, sin embargo, son más humanas que nuestra esperanza: "La apreciación estetica de la obra se cancela ante la parcialidad nacional y la simpatía literaria no resiste al odio político".[2]

Rudyard Kipling, Wells, Rolland, Maeterlinck, D'Annunzio, France expulsados de Alemania que un día apreció lo que hoy llama su ligereza o frivolidad, y los es-

[1] Dr. Hugo Schwertzer. "German Militarism and Its Influence Upon the Industries," en *The Popular Science Monthly* de Diciembre 1914, p. 581 y 589.

[2] Max Nordau. Letteratura Universale-periódico *La Tribuna de Roma* del 11 de Dic., 1914.

critores y pensadores alemanes supuestos complices o instigadores de los perores actos, no abren horizontes favorables a la esperanza nuestra.

Por lo menos procuremos impedir que ante la opinión publica imparcial tomen cuerpo ciertas creencias que nos harían creer que el momento de la prueba suprema ha llegado para indicarnos la gran bancarrota de la Ciencia y del Arte.

CAPÍTULO XXIII

CONCLUSIÓN

Un libro debe encontrar su conclusión en la mente del lector. Pero en este caso con tantas ideas que a primera vista pueden parecer contradictorias y con tantas prevenciones en el ánimo de aquel que lee debido a las pasiones que animan el ambiente una conclusión puede ser útil.

La guerra actual estaba preparada no por unos o por otros sino por los propos acontecimientos. En primer término en el órden cronológico está el precedente de 1870; una nación vencida, humillada, debe esperar el momento favorable de la revancha. Luego la lucha de dos razas, la eslava y la germana buscando ambas nuevas tierras, por un prodigioso crecimiento debían chocar. La expansión de Oriente hacia Occidente, camino secular de los pueblos, debía encontrar hoy a los germanos en lugar de las cohortes romanas; y tercero, y el más importante, la emulación por el dominio del mar, entre Alemania e Inglaterra; esta queriendo mantener lo adquirido, elemento indispensable de su grandeza nacional, la otra queriendo obtener lo que debe seer corolario de un gran Estado, poderoso en todas las esferas de la actividad humana.

En este triple orden de ideas corrían los acontecimientos y cada uno se preparaba para el dificil momento a

su manera. Alemania y Austria con una constante preparación interna. Las otras potencias, sin abandonar esta preparación, con una eficaz labor diplomática. Alemania no descuidaba tampoco la labor diplomática, pero esta nación no debe tener fé en este arte, a pesar de haber poseído aquel faro luminoso que fué Bismarck desde aquel Congreso de Viena en que Taillerand supo tan facilmente burlar las aspiraciones de Prusia.

La guerra fué provocada por Austria, aparentemente, pero Alemania fué la verdadera causante de que se rompiesen las hostilidades. Este rompimiento de hostilidades no tuvo ninguna forma, ni buena, ni mala, nisiquiera se supo acudir a la socorrida forma de una provocación como supo hacerlo Bismarck en el 1870. El sello de la absoluta falta de perspicacia acompaña la labor que precedió a la guerra.

Parece que a ella se quiso llegar para no diferir el conflicto y por esto se ha afirmado que esta guerra es preventiva. Aún siendo cierta la afirmación, como que estamos inclinados a creerlo, no justificamos la actitud asumida. Un mal tan grande puede ser siempre evitado y no está nunca sometido a fórmulas lógicas. En los graves fenomenos sociales solo el hecho vale, puesto que dada su complejidad nosotros no podemos *a priori* determinar más que tendencias, y estas, amenudo cambian de curso. Basarse sobre una de estas tendencias para provocar toda la ruina de una época no puede hallar justificación ni aún en el caso en que se estuviese animado por el más puro patriotismo.

El ultimatum y la declaración de guerra de Alemania a Rusia es un acto de altanería que tiene pocos precedentes, y es la prueba fehaciente del interes de Alemania de provocar la guerra general.

Los actos posteriores son consecuencia de este menos en lo que se refiere a las violaciones de las neutralidades del Luxemburgo y de Bélgica, con la consiguiente entrada de Inglaterra en el conflicto. La guerra con Francia estaba, pués, prevista en los dos paises, la de

Austria con Rusia era tambien consecuencia natural de las cosas.

Nada más contrario al progreso de nuestros tiempos, que la violación de las dos neutralidades. No son dos naciones que han sufrido, sino es el derecho de tercero desconocido, atropellado; es algo más, todas nuestras conquistas perdidas, nuevamente el más fuerte lo podrá *todo* en el Mundo. Aquella parte de derecho internacional conquistada, ha caido para volver a emprender la marcha secular. En este punto Alemania ha dado el mayor mentis a toda su civilización interna. Inglaterra acudiendo a la guerra ha encontrado una causa brillante, pero en realidad ella defiende un interes propio, santo y respetado, pero interes.

De los seis grandes poderes europeos uno queda fuera de la contienda, hasta el momento que escribimos, con las manos libres y preparado. Si Italia podrá obtener en la paz la satisfacción de sus aspiraciones no ira a la guerra, de lo contrario nuevos combatientes se unirán a los que hoy batallan en múltiples puntos. En lugar de la península mediterránea, una nación asiática ha bajado a la lucha, pero circunscrita al Asia, por voluntad de Inglaterra sobre todo y habiendo ya llenado su misión por haber barrido el podería alemán en aquellas regiones.

Turquía ha quedado fiel a Alemania, pero sean cuales sean las suertes de la guerra el Islam habrá visto su injusta ruina, y los campos de su dominio servirán para otras luchas no menos sangrientas.

Europa parece dispuesta a diario a tejer nuevas telas en que enredarse.

Los pretextos de la guerra como sus causas no pueden buscarse en la literatura o en otra, tienen otras fuentes menos nobles e ideales. Injuriar hoy la cultura alemana después de haber bajado ante ella la cerviz en señal de sumisión en los tiempos del dominio político de aquel pais, es hacer de la ciencia y del arte tornadizos instrumentos de la guerra.

No creemos que esta guerra traiga la paz como se ha

afirmado[1]. Estas luchas reclaman otras nuevas, y hoy por hoy solamente puede contestarse que las Americas casi generalmente tranquilas conservan la bandera de la civilización y que un siglo de esfuerzos a favor de una sociedad internacional, realizados por los de arriba y los de abajo, ha caido en una común embriagez de sangre.

[1] ARTURO LABRIOLA. "International Disarmament," en *The Forum* de Enero, 1915.

(1)